

JAZMIN®

Los caprichos del destino

Susan Fox

Lillian tenía una misión que cumplir: impedir la boda de su hermana. Su abuela no sólo desheredaría a ambas si Lillian no conseguía su objetivo, sino que, además, su hermana entraría a formar parte de la familia de Rye Parrish, que era el hombre más egoísta y vanidoso que Lilly había conocido en su vida.

Por suerte, Rye también estaba dispuesto a cancelar aquella boda, porque creía que su hermano era demasiado bueno para Rachel, a la que consideraba una caprichosa e insoportable millonaria. Pero el orgullo de Rye le impedía cooperar con Lilly. Sólo porque ella fuera irresistiblemente bonita, no significaba que no fuera tan caprichosa y absurda como su hermana. Lo que ocurría era que Lilly, de alguna manera, comenzaba a parecerse cada vez más a su ideal de mujer…



Susan Fox

Los caprichos del destino

Jazmín - 1360

ePub r1.0
LDS 22.11.16

Título original: *A wedding in the family*
Susan Fox, 1998
Traducción: Teresa López
Publicado originalmente: Mills and Boon Enchanted (ME) - 163 / Harlequin Romance (HR) - 3509
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



Capítulo 1

Rye Parrish odiaba a las mujeres que se parecían a su madre. Ricas, mimadas, obsesionadas con su físico, su ropa y la cuenta bancaria de sus maridos. Su madre nunca quiso la gran casa que Rand Parrish construyó para ella en Tejas. Soportaba las atenciones de su marido y su compañía, siempre que ella pudiera seguir gastando su dinero como si fuera agua y vivir la mayor parte del año en la ciudad. Pero, después de haber tenido dos hijos, ella decidió que la maternidad era un precio demasiado elevado a cambio de la fortuna de Parrish. Entonces, se había marchado, abandonando a su marido e hijos. Se fue, sin mirar atrás, cuando su hijo menor seguía llevando pañales y el mayor tenía ocho años.

El hermano menor de Rye, Chad, recordaba vagamente a su bella madre. Rye recordaba todo de aquella mujer atractiva, que nunca había sido capaz de demostrar cariño por sus traviesos vástagos. Rena Parrish se horrorizaba de la cara y la ropa sucia del niño. Gritaba al ver las rodillas llenas de rasguños o una enfermedad propia de la edad. Nunca los había consolado y rara vez los atendía, sólo los criticaba.

Incluso así, su marcha le había herido profundamente. El abandono de la madre había sido tan definitivo que, algunas veces, había llegado a odiarla. Y hasta sus treinta y tres años, había comparado con su madre, cada mujer a la que había conocido. Juzgaba desproporcionadamente los más pequeños defectos, igualándolos a los de Rena, y no había encontrado ninguna mujer que le mereciera un poco de respeto. Incluida la rubia elegante que

caminaba junto a él, en la Terminal del aeropuerto.

Rye la observó, entornando los ojos cínicamente, y admiró el corte masculino de su melena rubia. Su rostro aristocrático tenía rasgos delicados, su piel perfecta, de color claro y sonrosado. La blusa de seda rosa que llevaba, y los pantalones de color verde, eran de marca. Las sandalias que envolvían sus pequeños pies habían sido diseñadas expresamente para ella, junto con el bolso de piel a juego. Detrás de ella iba un muchacho, llevándole las cuatro maletas; pero la actitud de ella, su caminar recto y elegante parecía despreciar completamente su presencia, como si el equipaje fuera de otra persona.

A Rye Parrish le disgustaban casi todas las mujeres; sin embargo, a primera vista, esa mujer le provocó algo más que desprecio. Incluso, aunque no hubiera adivinado que la muchacha había ido desde Nueva York a Tejas para expresar el rechazo de su familia al compromiso entre su hermana pequeña y el hermano pequeño de él, no le habría gustado. El desprecio que sentía por las mujeres de su categoría lo aseguraba.

* * *

Lillian Renard atravesó el vestíbulo, tan cansada por el viaje que tenía el estómago revuelto. Había estado mirando por la ventanilla cuando el avión había comenzado a perder altura, horrorizada por el territorio baldío al que llegaba. Los pocos edificios desperdigados, no más de seis, aumentaban la sensación de que estaba a miles de kilómetros de la civilización.

Lillian no soportaba las situaciones nuevas. De hecho, era bastante cobarde. Viajar a una zona, considerada poco más que una lejana y salvaje frontera del oeste, era terrorífico para una mujer joven que se había criado en la ciudad y nunca había salido del entorno urbano. Seguía sin entender por qué su abuela había insistido en que fuera ella la que viajase hasta Tejas, para dar un ultimátum a su rebelde hermana Rachel.

Y es que Rachel era la nieta favorita de su abuela. Lillian había vivido continuamente tratando de conseguir una mínima parte del cariño de su abuela. Pero Rachel, una muchacha excéntrica, que

continuamente se escapaba de casa para meterse, una y otra vez, en escándalos, era la que había conseguido apropiarse de todo el amor de la anciana. Hasta que huyó con un vaquero de Tejas.

Aunque Rachel tenía apenas veintidós años, Chad Parrish era su quinto novio. Como era un vaquero, de los que agrupan el ganado a caballo, la abuela había hecho oídos sordos al asunto hasta que supo que había heredado únicamente la mitad de una de las primeras fortunas de Tejas; lo que no estaba a la altura de lo que su nieta merecía. La abuela estaba furiosa. Si Rachel no dejaba a su vaquero y volvía a Nueva York, la desheredaría, rápida e irrevocablemente.

No sólo eso, si Lillian no conseguía su propósito, también sería despojada de sus propiedades como heredera.

Su corazón temblaba ante la idea de ser tan terriblemente avergonzada. Después de haberse criado entre la élite de Nueva York, no soportaba imaginarse separada de ella, sin dinero en el bolsillo. El escándalo y la humillación eran inimaginables. Había sido mimada cuidadosamente, y separada de los que su abuela creía desmerecedores de su amistad, a los que investigaba cruelmente. Debido a ello, su abuela había dominado y controlado a todas las personas de su entorno.

Las había educado en internados y colegios mayores exclusivos, donde estaba asegurada la presencia de señoritas de las mejores familias. Se había descartado darles una verdadera educación que las capacitara para vivir de algo que no fuera su herencia.

Lillian estaba segura de que aquello había sido una manera más de ejercer su poder sobre ellas. Lillian y Rachel habían sido enseñadas a dar órdenes a todo un equipo de criados de una casa, a participar en actividades de caridad o a alternar con personas importantes, así como a ser la esposa perfecta de la persona que su abuela eligiera como marido para ellas. Ninguna de las dos sería capaz de trabajar para mantener el nivel de vida al que estaban acostumbradas. La idea de tener que vivir sin la herencia de su abuela era algo espantoso.

Por ese motivo, Lillian había ido a Tejas a rescatar a su díscola hermana. Rachel se comportaba como si la posibilidad de perder su herencia fuera tan improbable como absurda. De hecho, ya se había gastado importantes sumas de dinero en viajes y caprichos. El

amante de turno se había beneficiado de ello, y ella se había convertido en una presa fácil de hombres con pocos escrúpulos que buscaran mujeres adineradas. Si la joven Rachel de repente fuera desheredada, su vida, seguramente, se convertiría en una carrera hacia el desastre.

Los ojos de Lillian contemplaron el pequeño aeropuerto. Aunque le hubiera encantado ser recibida por el bonito rostro de su hermana, se estaba resignando a la idea de que ésta hubiera enviado a alguien para recogerla; alguien del rancho de Parrish, claro está.

Y ésa era seguramente la razón del nerviosismo que la invadía. Estaba completamente fuera de su terreno. Había oído que los tejanos eran personas difíciles de trato, aunque simpáticas, a veces. Orgullosos y exageradamente satisfechos, no sabía por qué, de su enorme y tosco estado; los tejanos eran considerados personas de maneras bruscas, groseros, y casi imposibles de civilizar, a pesar del tamaño de su tierra, y de la riqueza de su ganado y del petróleo. Su abuela la había avisado de todo aquello.

La joven tenía miedo.

Y si aquel vaquero alto y ancho de hombros, que estaba apoyado en la pared, era un ejemplo del hombre sin educación al que iba a tener que enfrentarse, desde luego, el miedo estaba justificado.

Desde su sombrero negro hasta sus botas de cuero gastadas y llenas de polvo, el hombre era un ejemplo vivo de la arrogancia tejana. De aspecto extremadamente viril, parecía tan duro e implacable como el granito. La camisa de algodón se ceñía a su impresionante pecho, hombros y musculosos brazos. Los vaqueros gastados resaltaban sus estrechas caderas y los potentes muslos.

Pero fueron los rasgos pronunciados de su rostro y la casi brutal línea de sus labios lo que llamó la atención de la muchacha, y provocó su miedo a encontrarse con sus ojos. Cuando lo hizo, aquellos brillantes ojos azules encogieron su corazón. Incluso bajo la sombra del ala de su sombrero, aquellos ojos tenían intensidad y magnetismo. Su color quedaba resaltado por su piel bronceada. La mirada azul se posó en el rostro de la mujer con la frialdad de un rayo láser, con una indudable hostilidad.

El nerviosismo de Lillian aumentó, pero se resistió a apartar la mirada. Un primitivo instinto la decía que no debía mostrar ante

aquel hombre la más mínima debilidad. Si pudiera aguantar un segundo más aquellos ojos y pasar a su lado, seguramente tendría éxito en su misión en el Rancho Parrish. De repente, un rancho de ganado en la lejana Tejas le pareció mucho menos intimidante que aquel hombre que parecía odiarla nada más verla.

Finalmente apartó la vista, a pesar de la dificultad que le supuso romper el contacto con aquellos ojos. Levantó la barbilla ligeramente, y pasó junto a él.

La voz grave que oyó a los pocos segundos, hizo que se estremeciera de horror.

—¿Señorita Renard?

De alguna manera, ella había sabido que aquella voz grave tenía un matiz insolente. Pero ¿cómo había podido adivinar también que iba a ser lenta e inquietante, como el gruñido de un perro guardián? Lo que no se había imaginado era que iba a tener ese matiz tan extraordinariamente sensual, a pesar de todo. El hecho de que le viniera a la mente la imagen de un guante de terciopelo cubriendo el puño de un hombre, no cambió en nada su reacción como mujer.

Si ése era el vaquero con el que Rachel se había escapado, entendía perfectamente que su hermana se hubiera enamorado. También entendió, en ese momento, lo peligroso de aquella situación.

Lillian se detuvo bruscamente y se volvió hacia el vaquero, poniéndose tensa al notar la marcada hostilidad del hombre. Recordó aterrorizada que se ponía muy nerviosa cuando no caía bien a alguien. Y mucho más, si la persona en cuestión era dominante y segura de sí. Ese hombre parecía poseer todas las cualidades que la ponían nerviosa.

La muchacha arqueó ligeramente las cejas, intentando luchar contra las mismas inseguridades con las que se había enfrentado toda la vida.

—¿Sí? —dijo, pronunciándolo como un símbolo de que ella era una mujer que debía ser respetada.

Sin embargo, pareció darle carta blanca para tratarla de cualquier modo. Era evidente que a ese vaquero no le gustaba ser demasiado educado.

—Me imagino que es la entrometida hermana de Rocky. No vienen muchos turistas ricos desde Nueva York en esta época del

año.

El hombre ignoró deliberadamente la respiración alterada de Lillian. Su mirada insolente la examinó de arriba abajo, antes de alcanzar dos de las maletas que el muchacho llevaba.

—Tome —ordenó el vaquero.

Las maletas que le daba no eran ni las más pequeñas ni las menos pesadas. Cuando ella no las agarró inmediatamente, él la miró duramente.

—Nadie del Rancho de Parrish va a tratarla como una princesa, señorita. Si espera usted eso, será mejor que se vaya en el mismo avión que la ha traído.

Las mejillas de Lillian enrojecieron violentamente. Leyó en aquellos ojos duros el peligro. Su hostilidad era como un muro grueso que se elevaba implacablemente entre ellos. Su primer impulso fue el de abandonar las maletas y marcharse corriendo hacia el avión. El segundo fue dejarse seducir por la provocación de aquel hombre duro y primitivo.

Y ésa fue una de las mayores sorpresas de su vida. Era increíble que aquel hombre provocara un deseo de enfrentamiento en ella, una mujer que llevaba veintitrés años atemorizada, que había vivido la mayor parte de su vida obedeciendo sumisamente a su caprichosa abuela. Y que se sintiera tentada a luchar contra sus miedos y contra él era mucho más sorprendente.

El hombre volvió a tenderle las maletas, sin dejarle un momento de respiro. Sin darle tiempo a que se parara a pensar en el significado de aquellas palabras.

La muchacha estuvo a punto de dejar caer su bolso al intentar agarrar las maletas sin rozar las poderosas y grandes manos del hombre. A continuación, él tomó las otras dos maletas y se dio la vuelta.

Caminó rápidamente hacia la salida. Lillian lo siguió, y recordó de repente al botones. Entonces se detuvo, y dejó las maletas para abrir su bolso y darle una propina.

—Gracias —dijo con una sonrisa, dándole un billete.

El muchacho, al ver la cuantía del billete, se lo agradeció con una sonrisa radiante.

Cuando volvió a agarrar las maletas y se volvió hacia la salida, vio que el vaquero era una pequeña figura, más allá de las puertas

de cristal, ya en el aparcamiento. Lillian se apresuró.

Una vez que hubo pasado las puertas automáticas, el calor de la luminosa Tejas golpeó su cuerpo delgado como un camión pesado que fuera a mucha velocidad. El sol era tan brillante que tuvo que entornar los ojos antes de continuar.

A pesar de la opresión del calor, tragó saliva y continuó caminando hacia delante, en la dirección del vaquero.

No se le veía, pero ella creía saber por dónde había desaparecido. Cuando llegó al final del aparcamiento, apenas podía respirar por el esfuerzo. Se giró, y examinó todos los coches y furgonetas. Vio a algunos hombres con sombreros, pero ninguno de ellos llevaba un Stetson negro como el del vaquero que la había ido a recoger.

Decidió, entonces, volver hacia la terminal. ¡La habían dejado allí, bajo aquel sol! Las manos le temblaban tanto, que casi se le cayeron las maletas en el camino. De hecho, lo que se estrelló contra el suelo fue el bolso, desparramándose el contenido sobre el asfalto caliente. Se agachó a recogerlo y se le llenaron los ojos de gotitas de sudor.

Una sensación de mareo y náusea hizo que se incorporase y se llevara una mano a la frente. Se imaginó a sí misma como una aventurera, con una misión importante y peligrosa, que apenas podía soportar, sobre sus hombros.

No se dio cuenta de que una furgoneta se había parado en la acera, a escasos centímetros.

—¿Qué pasa? ¿Estás enferma?

La voz grave, oída tan de cerca, la sobresaltó. Se negó a alzar la vista para comprobar si la ligera preocupación de aquella voz, se reflejaba en el duro rostro. Se giró, y se volvió a agachar para recoger sus cosas.

—No, se me ha caído el bolso —explicó, mientras recogía su cartera y algunas pinturas y las metía en el bolso.

Las enormes botas sucias del vaquero se acercaron a su campo de visión. Atemorizada, se levantó.

Estaba a punto de retroceder, para asegurar la distancia mínima que intentaba mantener entre ella y aquel hombre, cuando la tomó de la barbilla con una mano fuerte contra la que era imposible luchar. El roce inesperado provocó en ella un estremecimiento de

placer, y le hizo olvidar todos sus temores. Luego, a pesar del poder que podía haber utilizado para dominarla, levantó suavemente su barbilla para mirarla a los ojos.

—Tu cara está tan blanca como unas braguitas nuevas.

La comparación, deliberadamente grosera, que hizo entre su cara y la ropa interior, resultó todo un insulto para ella. Un insulto duro. Intentó apartar su mano, con un gesto de orgullo, pero ésta no se movió. Le agarró de la muñeca y, sin querer, le arañó con sus uñas perfectamente arregladas. Él retrocedió enfadado.

—Creí que la familia Parrish criaba ganado, señor-cómo-se-llame —declaró la muchacha con dignidad—. No sabía que también criaran cerdos.

Una vez que le escupió un insulto comparable al que ella había recibido, se sintió mejor. Miró hacia abajo, y se arregló la blusa y los pantalones, para hacer algo con sus manos temblorosas.

Para Rye, la muchacha era un pequeño pájaro que se arreglaba las alas alborotadas. Su aspecto era tan elegante y limpio como el de cualquier otra mujer vividora y egoísta, pero ver aquellas manos delicadas revoloteando para alisar su blusa exquisita y sus pantalones, era tan divertido como su intento de insultarle. Le resultaba excitante.

—Rye Parrish.

El nombre identificaba al grosero vaquero con el propietario del Rancho Parrish. Lillian no pudo evitar contener el aliento.

—¿Usted es Rye Parrish?

Una sonrisa dura torció la boca del vaquero.

—El mismo —fue la respuesta.

Lillian arqueó una ceja, pero no dijo nada. En lugar de ello, se volvió para recoger sus maletas. Él llegó primero, así que ella lo siguió hacia la furgoneta polvorienta aparcada a pocos centímetros. Parpadeó cuando él tiró las maletas sobre la parte de atrás; a continuación las colocó debidamente, junto con el resto de sus otras cosas. La fuerza de su cuerpo musculoso la impresionó, a pesar del rechazo a admirar nada en él. La hostilidad que había dirigido hacia ella desde el principio, se hizo presente una vez más, al abrirle la puerta y decirle con un gesto de la mano que entrara.

Ella vaciló un momento, luego se apoyó en la ventanilla de la puerta para ayudarse a trepar al asiento. La puerta se cerró

limpiamente, nada más sentarse. Se puso el cinturón de seguridad, justo cuando él rodeó el vehículo y se puso delante del volante.

—¿Ha estado antes en Tejas?

—No. Nunca —dijo con cautela ante la expresión relajada de él, y aquellos ojos azules, que parecían abarcarla.

Tenía la impresión de que su educación esmerada le estaba sirviendo, de alguna manera, de protección contra él.

El hombre miró hacia otro lado, como si de repente hubiera perdido todo interés. Arrancó el coche y salió a la carretera que conducía a la autopista. Lillian se relajó de repente, a la vez que agradecía el aire acondicionado de la furgoneta.

Consiguió incluso disfrutar de la vasta extensión que atravesaban. De vez en cuando, se veían grupos de ganado, a pesar de que las estaciones petrolíferas salpicaban la zona con una frecuencia regular. La novedad de ir despacio por la autopista, y no encontrar apenas vehículos, era algo sorprendente para alguien acostumbrado al tráfico de Nueva York. El paisaje que los rodeaba era increíble. El cielo era tan azul como inmenso, y Lillian se dio cuenta, sorprendida, de que aquella grandeza le resultaba a la vez relajante y sobrecogedora.

* * *

Rye observó que la señorita Lillian Renard contemplaba con ojos asombrados cada vaca, cada pozo de petróleo y cada accidente del paisaje. Dos veces, la carretera se había elevado ligeramente sobre los alrededores, y ella había suspirado suavemente al llegar a la cima. La primera vez, creyó que se había alarmado por algo. La segunda, se había dado cuenta de que aquel suspiro significaba que el paisaje la estaba impresionando. No había imaginado que ella se interesara por nada de lo que Tejas o el Rancho Parrish pudiera ofrecer.

Rye no quería llevarla allí todavía. Porque ella había ido para mirar con desprecio la perfecta y aristocrática nariz de su hermano, y negarse a aceptar las nobles intenciones que tenía hacia su caprichosa e impulsiva hermana. No la quería cerca de su casa.

No es que pensara que su hermana era la compañera ideal para

su hermano. No lo era. Rachel o Rocky, como insistía en que todos la llamaran, era una de las personas que menos le gustaba, y no quería que entrase en su familia. Había sido muy difícil guardarse aquellas opiniones, pero lo había hecho. Por cariño hacia su hermano, había sonreído y soportado las bromas de mal gusto de Rocky. Tenía un miedo horrible a que cualquier asomo de rechazo suyo hacia ella provocara en su hermano una mayor predisposición a casarse.

Pero la hermana mayor de Rocky iba a meter la nariz en ello. Su intromisión ponía en peligro su plan y él no pensaba consentirlo. No quería que nadie pudiera poner a la pareja a la defensiva y facilitar que todo terminara como temía.

Lo peor de todo era que la paciencia que había tenido durante aquellas interminables semanas, parecían estar comenzando a dar su fruto. Tal como había esperado, Rocky tenía un vocabulario que escandalizaría al santo Job, por lo que había enfadado últimamente a Chad en dos ocasiones. La primera vez se habían peleado, y Chad se había marchado al extremo más apartado del rancho hasta al día siguiente. La segunda vez, su hermano pequeño se había quedado allí, y había sido Rocky la que se había marchado, en uno de los coches, a uno de los bares de la ciudad, volviendo al alba tan borracha que había sido una sorpresa que no se matara o hubiera matado a alguien.

Desde entonces, Rye se había dado cuenta de que era sólo una cuestión de tiempo, quizá días, quizá horas, que Chad volviera a la realidad y se diera cuenta de que Rocky era una persona incapaz de ofrecerle una vida normal.

Pero, justo en ese momento, cuando sentía que Chad estaba a punto de cambiar de opinión y olvidarse de la boda, llegaba alguien que podía hacer que los amantes se unieran sólidamente.

El día anterior, había llamado la abuela de Rocky al rancho, y ésa había sido la única advertencia de la llegada de Lillian. Chad había contestado a la llamada, pensando que la visita de la hermana suavizaría el rechazo de la anciana. Había prometido ir a buscarla al aeropuerto.

Chad había querido ir a buscarla, pero Rye, imaginando los propósitos de la visita repentina de la hermana, había insistido en hacer él los honores. Especialmente, cuando dos días más tarde él

había sido el que había contestado una llamada de la abuela, en la que ésta había expresado su negativa a aceptar la unión de las dos familias. La anciana no se había mordido la lengua, así que no había razón para pensar que la visita de Lillian iba a modificar la actitud de la familia Renard hacia el compromiso.

Pero la frágil niñata que estaba sentada a su lado, no parecía capaz de repetir las palabras de su abuela. Por lo poco que la conocía, también le parecía difícil que se enfrentara a su hermana y consiguiera de ella algo distinto de la risa.

Hasta él había estado a punto de reírse cuando ella había intentado insultarlo. Sus preocupaciones eran, probablemente, infundadas. Después de semanas de soportar el temperamento y la personalidad de Rocky, no podía imaginar que fueran hermanas. Y, mucho menos, creer que la hermana mayor fuera capaz de obligar a su hermana a cambiar de opinión.

El hecho de que la abuela hubiera enviado a una persona tan débil a hacer el trabajo sucio, podría haberle hecho sonreír divertido, si no fuera porque la situación le fastidiaba bastante. Especialmente cuando era él quien tenía que desmontar lo que la abuela y ella habrían planeado. Y como la única manera de conseguirlo era ganar su confianza, Rye reconoció que era mejor intentar disimular el rechazo que sentía hacia ella.

Pero después de haberla provocado un poco.

—Así que de la ciudad, ¿no? —preguntó, con un tono algo cínico.

Lillian contempló su perfil fuerte y descubrió que tenía una belleza excitante.

Esa virilidad fuerte hacía tambalearse a una muchacha que tenía poca experiencia con los hombres. Todo en su interior le advirtió que debía mantener una distancia prudencial.

—Estoy segura de que ya lo sabe, señor Parrish —respondió secamente. Era evidente que no gustaba a aquel hombre y se lo quería demostrar.

—Una verdadera vividora neoyorquina —continuó.

Lillian se sobresaltó ante el tono de burla de su voz.

—¿Es así de antipático por algún motivo en concreto, señor Parrish, o es tan grosero que no se da cuenta de su falta de educación? Ya sé que la invitación para que visitara el rancho

proviene de su hermano. Si le gusta tan poco la idea, quizá podía haberlo discutido con él antes de que yo llegara hasta aquí.

—¿De qué invitación está usted hablando, señorita Renard? —quiso saber, con ironía—. Yo no llamaría invitación a la manera en que su abuela pidió que la viniéramos a buscar al aeropuerto para llevarla al rancho.

Lillian lo miró con los ojos abiertos de par en par. Se sonrojó, ante la sinceridad de aquellas palabras. Así era como había hecho las cosas su abuela. La idea de tener que cumplir aquella tarea era ya suficientemente odiosa para ella. Asumir que ni siquiera había sido invitada, insoportable.

Su abuela no esperaba que los hermanos Parrish tuvieran ninguna educación, al ser personas de campo que vivían en Tejas. De repente, entendió la hostilidad y la grosería de Rye hacia ella. Como había sido educada para convertirse en una persona lo más correcta e inofensiva posible, el comportamiento de su abuela, la avergonzaba.

—Mis disculpas, señor Parrish —dijo, impulsivamente y le tocó el brazo con un gesto sincero—. Yo supuse… si hubiera sabido que habían sido obligados…

Se detuvo, incapaz de terminar la frase. El saber que su abuela la hubiera obligado de cualquier manera, no la dejó terminar. Retiró la mano y continuó mirando hacia delante. El temor que tenía de llegar a Tejas acababa de multiplicarse en aquel instante por cien.

Capítulo 2

Rye seguía por la autopista, atento a la conducción y también a la frágil flor de invernadero que estaba en el asiento de al lado. Ella estaba verdaderamente avergonzada por la conducta de su abuela. No podía disimular las manchas de sus mejillas que enrojecían su pálido rostro.

—Así que su abuela la ha enviado para que estropee la historia a los tortolitos —dijo él.

El color que había comenzado a disiparse de sus mejillas volvió a ellas de nuevo.

—¿Qué es lo que hace que usted piense eso, señor Parrish? —preguntó ella. Lo que quería era tener una entrevista privada con su hermana para transmitirle el mensaje de su abuela. Esperaba que fuera suficientemente lista como para abandonar a Chad Parrish de un modo educado. Pero en esos momentos estaba atemorizada por la idea de que Rye la asociara con la desagradable situación que seguiría a su llegada, y creía que hasta podía leer en sus ojos que estaba al tanto de lo que ella iba a hacer.

—Imagino que algo que su abuela dijo acerca del rudo y soberbio carácter del tejano —su atractiva boca se curvó al advertir el horror en los ojos de Lillian—. Pensaba que ya no nos consideraban como granjeros a caballo, sino más bien como vaqueros. Pero seguro que lo que molesta a su abuela es que un Parrish carece de pedigrí. No tenemos suficiente color azul en la sangre para un Renard, ni nuestra fortuna es tan grande para que Chad pueda merecer a su hermana.

—¡Oh, no! —se quejó, apartando la cara con cierta desesperación. Se daba cuenta de que su abuela había ofendido a Rye Parrish a conciencia. Era cierto que se había opuesto de un modo feroz a los planes de boda de Rachel, pero Lillian no podía pensar que la anciana hubiera expresado su opinión con tal atrevimiento a nadie que no fueran ella o su hermana.

La sobresaltó la enorme mano que se posó sobre su muslo. El chillido que se le escapó ante la sorpresa hizo que se avergonzara aún más.

—Así que, a juzgar por el comportamiento de su abuela y de su encantadora hermana, no se puede decir que los Renard tengan más educación que los incultos Parrish —comentó, mientras dividía la atención entre la carretera y ella. Su mano no se movió de donde la había dejado.

Lillian se había quedado muda. Al sentir la manaza de él asiendo firmemente su muslo se había quedado sin aliento; una agresiva sensualidad la invadía. Debería haber apartado su mano de ahí. Debería de haberle abofeteado por la ofensa, pero también por la risa burlona que había en sus ojos. Sin embargo, se había quedado helada por la sacudida de las sensaciones que la atravesaban, no podía hacer nada más que quedarse mirando fijamente su arrogante rostro.

Lo que hizo que él se riera entre dientes de esa forma en que lo hacen los hombres cuando están de buen humor. Parecía que, por un breve instante, la hostilidad hacia ella había cesado. Rye apartó la mano del muslo a la vez que disminuía la velocidad. Como ella estaba todavía impresionada por el tacto de la mano no se dio apenas cuenta de que él estaba desviándose de la autopista para tomar el camino del rancho. Detuvo el vehículo antes de que llegaran a una placa metálica donde se podía leer: *Rancho Parrish*.

Lillian resistió el impulso de retroceder cuando él se giró de pronto hacia ella. El hecho de que tuviera un brazo apoyado sobre el respaldo de su asiento y el otro sobre el volante le causó una sensación claustrofóbica.

—¿Cómo espera su abuela que usted consiga que rompan su relación los amantes? —preguntó, sin ningún rastro de buen humor en su atractivo rostro. La intensidad de su mirada parecía implacable.

La eterna cobardía de Lillian luchaba con su orgullo, mientras intentaba mantenerse firme ante la intimidación del señor Parrish.

—¿Estamos compartiendo confidencias, señor Parrish, o está usted a favor del compromiso?

Él echó hacia atrás la cabeza con la mirada fija sobre el pálido rostro de ella. Era evidente que había esperado una respuesta más precisa.

—Está bien, seremos confidentes, señorita Lilly —dijo, arrastrando las palabras. El tono de la voz era íntimo, a pesar de que la curvatura en su boca transmitía cierta amenaza.

Su atrevido «usted primero» hizo que él se acercara a unos pocos centímetros. Ella apenas podía soportar el hecho de tenerlo tan cerca. El olor a loción de afeitar y el sutil cutis se hicieron más pronunciados; su osada masculinidad se hizo todavía más patente. Y, además, el no saber cómo debía tratarlo era otra fuente de angustia.

—¿Quiere eso decir que aprueba los planes de matrimonio? —preguntó, algo dubitativa.

El juramento que soltó él no fue muy fuerte, pero sirvió para asustarla.

—No, no los apruebo —refunfuñó—. Pero si se lo dice a ellos, juraré que es usted una mentirosa.

El saber que ninguno de ellos aprobaba el matrimonio debería de haber supuesto un alivio; sin embargo, ella no conseguía relajarse debido a la brusquedad de él.

—¿Por qué opina eso, sabiendo que es algo tan importante para su hermano?

Después de vivir con dos personas que opinaban tajantemente acerca de todo lo que a ella concernía, le parecía algo extraño que otras familias mantuvieran ciertas cosas en secreto.

—Porque es mejor para mi hermano que se dé cuenta, por él mismo, de que Rocky no es nada más que una basura con mucho dinero.

Esa brutal opinión hizo que el corazón se le sobresaltara. Su mirada se apartó de la dura expresión que transmitía el rostro de él. La lealtad hacia su familia debería haberla impulsado a defender a su hermana de tales ofensas. Sin embargo, la amarga verdad de sus palabras hizo que se le rompiera el corazón y permaneciera callada.

Ella sabía lo salvaje que su hermana podía llegar a ser y los pocos principios que tenía. Lillian parecía ser el único miembro de su familia que se preocupaba de esa manera por la horrible conducta de su hermana; estaba realmente atemorizada de cómo podía terminar todo.

En lo más hondo de su corazón, esperaba que el vaquero de Rachel fuese suficientemente fuerte para manejarla; para hacer que cambiase y se estabilizara. Pero la brutal frase de Rye le decía que nada había cambiado acerca de Rachel. A Lillian no le habría importado que ella y su hermana perdieran su herencia si el matrimonio le sirviera para poner fin a su carrera hacia el desastre.

De repente, Rye sintió cierta vergüenza de sí mismo. Si alguna vez había conocido una mujer más frágil o educada que Lillian Renard, no podía recordarlo. Era todo lo contrario de su hermana, tanto en el carácter como en la forma de comportarse. Se había propuesto ser desagradable con ella, pero después de conocerla se sentía como un matón.

Y eso le hizo pensar en lo que todavía tenía que decirle.

—Hay algo más que debería saber —dijo bruscamente. Observó cómo se ponía rígida, mientras levantaba la cabeza hacia él.

—Chad no le dijo a Rocky que su abuela la había enviado a usted aquí. Quería que fuese una… sorpresa.

A juzgar por la señal de alarma que transmitieron sus ojos azules, que trató de ocultar, Lillian sabía perfectamente qué clase de recibimiento le daría su hermana.

Él apartó la vista de ella y se quedó mirando fijamente la luna trasera de la furgoneta.

—Así que, si cambia de opinión, podemos dar la vuelta e ir a otro sitio. Le diré a Chad para que se quede tranquilo que… —dejó que su voz se apagara.

Nada le hubiera gustado más a Lillian que abandonar Tejas y volver a casa. Pero Eugenia la había enviado para que llevara de vuelta a su hermana y no podía regresar hasta que lo consiguiera.

—Necesito verlos a pesar de todo señor Parrish —dijo con calma —. Y prefiero darle la sorpresa con mi llegada, si a usted no le importa.

—Lo que usted diga, señorita Lillian.

A pesar de que la brusca forma de hablar de Rye se estaba

volviendo algo más cortés, ella no se dio cuenta de que la actitud del vaquero era algo menos hostil. No la miró ni una sola vez durante los diez minutos que tardaron en llegar a la casa principal.

* * *

La siguiente sorpresa para Lillian llegó cuando alcanzaron finalmente la cresta de la subida hacia el sur de la casa principal. Después de viajar tantas millas a través de las vacías tierras de Tejas, los edificios y corrales más allá de la casa parecían abarcar al menos una milla de ancho. Lillian no se había imaginado que el rancho fuera tan grande.

Pero era la enorme casa que tenía frente a sí la que acaparaba toda su atención. Estaba construida con piedra y adobe. La luz del sol del atardecer parecía convertir en llamas el tejado de teja rojiza, lo que le daba un aspecto magnífico. Seis arcos formaban una terraza de piedra más allá de la fachada. Macetas con plantas llenas de flores adornaban los arcos, y Lillian pudo ver varios grupos de muebles de hierro negro. La terraza continuaba alrededor de los laterales de la casa sostenida con nuevos arcos, dando una mayor sensación de amplitud al conjunto.

La evidente riqueza de la casa de los Parrish la dejó algo aturdida. Era evidente que su abuela se había equivocado al decir que los Parrish no tenían suficiente dinero para su hermana.

—Tiene usted una bonita casa, señor Parrish —concedió, algo rígida. La casa era estupenda. No habría sido honesto ocultárselo.

—No es una mansión de Nueva York, pero tenemos agua corriente —dijo con parsimonia, mientras su mirada mostraba que se estaba burlando.

—¿Es que no le caigo bien o es que odia a las mujeres, en general? —le desafió. Sintió calor en la cara por su tan inhabitual como audaz comentario.

Rye torció su atractiva boca.

—Me gustan las mujeres que están bien, señorita Lilly —dijo él —. Es decir, la mayoría de ellas.

Lillian se dio cuenta de que no la incluía en esa categoría. Ella sabía que le faltaba algo, pero la clara indicación del vaquero de

que no le gustaba, la hirió especialmente.

Cuando él detuvo la furgoneta al final del camino principal, ella abrió la puerta y salió a toda prisa. Acordándose de que le había dicho que no recibiría trato de princesa, rodeó la furgoneta llena de polvo y alcanzó su equipaje.

Lo sacó, sintiendo que se le encendía la cara con el ejercicio. Por supuesto, esa maleta era una de las que más pesaba, pero no estaba dispuesta a reconocerlo. A pesar de que no la estaba mirando directamente a ella, se dio cuenta de cómo torcía, de un modo algo cínico, el borde de su atractiva boca.

A Lillian casi se le cae la maleta cuando intentó dejarla en el suelo. Para su alivio sólo quedaba por bajar la más pequeña. Miró sorprendida a Rye, pero éste ya se había dado la vuelta. No sólo le había dejado la maleta más pequeña, sino que además se la había dejado donde la pudiera alcanzar.

No sabía por qué eso le hizo sentir cierta excitación. Rye Parrish era demasiado grande y rudo para que ella lo encontrara atractivo. Seguramente era una reacción normal ante la pequeña señal de consideración. El sombrío recuerdo de que había malinterpretado ya dos veces las intenciones de ese hombre, le hizo temer que volviera a hacerlo en ese momento.

Levantó la maleta pequeña, pero cuando se volvió, Rye se la quitó suavemente de la mano. Ignoró su «Puedo llevarla», al mismo tiempo que se agachaba a agarrar el asa de la maleta más pesada.

Con asombrosa facilidad, se alejó de ella agarrando las asas de las cuatro maletas con sus grandes manazas. Parecía como si sólo llevara cuatro bolsos de mano. Lillian se quedó impresionada; a pesar de que sentía una aversión natural hacia los hombres musculosos.

Le siguió hasta el camino principal y, luego, bajo el tejado que cubría la terraza. Se adelantó corriendo para abrir a Rye la puerta, y la sostuvo mientras él metía las maletas en la casa.

El frío helado que se sentía, gracias al aire acondicionado, suponía un alivio respecto al calor de fuera. Rye se adentró, dejándola al lado de la puerta. Echó un rápido vistazo a su alrededor, mientras sus ojos se acostumbraban a la luz eléctrica.

La enorme sala de estar, que comenzaba casi en la entrada, pertenecía a la zona central de la enorme casa. En el lado opuesto a

la puerta por la que habían entrado, había dos grandes puertas. La de la izquierda, dejaba ver una gran cocina. Se le hizo la boca agua con el delicioso olor de la comida. La doble puerta de la derecha daba paso a un comedor, en el que se podía ver una mesa grande y elegante. Lillian podía ver cómo brillaba a pesar de la distancia.

La decoración de la sala de estar, con mobiliario de cuero y madera, que se complementaba con las toscas vigas del techo, era estupenda. El suelo lo cubrían alfombras de colores brillantes, hechas por los indios americanos, que prolongaban los vividos colores de los cuadros del oeste que cubrían las blancas paredes.

Era una habitación que podría haber salido en las páginas de una revista de decoración, y ella estaba impresionada. A pesar de que estaba en las antípodas de la fría elegancia de la casa de su abuela, que a ella siempre le había parecido algo estéril, los colores y arreglos de esa habitación eran muy interesantes a nivel visual. A pesar de su renuencia inicial a visitar esa casa, en ese momento, estaba impaciente por ver el resto.

Lo único que perturbaba la belleza del lugar, era el vaquero que se había detenido en el ancho pasillo de entrada y que miraba hacia atrás.

—¿Viene?

Con esa concisión característica en él, desapareció a través de la puerta, golpeando con los tacones de sus botas sobre la alfombra que cubría el pasillo.

Lillian le siguió hacia el ala oeste del rancho. A medio camino del corredor, Rye se giró y atravesó una puerta abierta con su carga. Lillian, poco después, entró en una de las habitaciones más maravillosas que nunca hubiera visto.

El cuarto era más grande de lo que esperaba. Lo adornaban tres frondosas plantas que eran tan altas como ella, aproximadamente. La habitación tenía un aspecto muy femenino. La cama estaba rodeada por una tela color marfil que caía desde lo alto de los cuatro maderos que la rodeaban. Esa misma tela cubría las puertas de estilo francés que daban al patio interior. El ropero era de madera oscura pulida; lo atravesaban unos pesados lazos que caían sobre él de un modo elegante. Esos mismos lazos caían sobre un cofre y las mesillas que rodeaban la cama. La alfombra que cubría el suelo de madera era de color melocotón, y las paredes estaban

cubiertas de alegres acuarelas con motivos floreados. Dos cuadros ovalados y antiguos estaban colgados con gusto; la mujer que se veía en las fotografías color sepia debía de ser la señora Parrish. A pesar de que los viejos retratos no dejaban adivinar el color de sus ojos, el oscuro pelo y la forma de la cara recordaban vagamente al actual propietario del rancho de los Parrish.

Lillian observó con calma los dos cuadros, intrigada por lo que sólo pudo describir como dos mujeres del viejo oeste de ruda feminidad. La voz de Rye la sacó de su ensimismamiento.

—El baño está allí —dijo, señalando a su derecha. Avanzó hacia las puertas de estilo francés y descorrió la cortina de gasa con una mano—. Aquí, el patio y la piscina. Esta habitación es la mitad de la *suite* principal —soltó la cortina y señaló hacia la puerta situada a su derecha—. Ésa es la otra mitad, donde duermo yo.

Ella había apartado su mirada hacia la puerta, pero al decir él «donde duermo yo» se encontró con los ojos de Rye, que brillaban.

—Si le asusta algún aullido en la noche o algo que se arrastra por el suelo, me tendrá usted a mano —torció la boca de un modo algo exagerado.

Lillian se sintió invadida por cierto enojo ante su no muy sutil intento de enfadarla. Arqueó una ceja.

—Estaré perfectamente, señor Parrish —replicó desafiante. Le sonrió de la misma manera que él lo estaba haciendo, sin quitar la vista de sus ojos azules.

Se quedó bastante satisfecha al ver la sorpresa en su rostro antes de oscurecerse. La hostilidad que sentía hacia ella en un principio y que, parecía, había remitido algo, volvió a incrementarse a la vez que se dirigía hacia la puerta.

—Nos está esperando la cena que ha preparado Dovey. Comeremos cuando esté usted lista —le dijo, mientras salía al pasillo, cerrando la pesada puerta detrás de él.

* * *

Lillian, que había convivido con la impaciencia de su abuela durante mucho tiempo, se observó detenidamente en el espejo del baño, se pasó un cepillo por el pelo, se lavó las manos y salió hacia

el pasillo. Se dirigió hacia el cuarto de estar andando tranquilamente. El silencio que dominaba la casa, a pesar de lo grande que era, le dio la sensación de que Rachel no podía andar cerca.

Sintió cierto pavor en su interior, y pensó que no era el miedo a entrometerse en la vida de su hermana. Estaba harta de los problemas de su familia. No quería volver a ser el blanco de las iras de nadie. El hecho de que hubiera sentido tal rechazo por parte de su huésped la había dejado hundida.

Por otra parte, se dio cuenta de que, por lo menos, a Rye Parrish sólo le tendría que aguantar unos pocos días. En poco tiempo estaría de vuelta hacia el aeropuerto y la civilización. Esa idea le hizo sentirse mejor.

Llegó al vasto salón y se dirigió hacia las voces que provenían de la cocina. Casi había alcanzado la puerta cuando algo que oyó le hizo dudar.

—No me has contado qué te parece ella, jefe —oyó decir a una voz masculina.

—¿Se parece a Rocky? —preguntó una voz de niño—. ¿Es tan mocosa como ella?

Esa pregunta no le gustó nada a Lillian y el silencio que siguió la hizo ponerse algo nerviosa, ya que estaba esperando la respuesta de Rye.

—Deberías de poner ésa cazuela fuera del alcance de tu perro, Joey —se oyó decir a Rye, con un tono de ligero reproche. Podía imaginarse perfectamente la mirada que lo acompañaba.

—Sí, señor, lo haré ahora mismo —dijo Joey sumisamente.

Lillian oyó el ruido de una cristalera que se abría y cerraba. Apenas había dado un paso hacia la cocina cuando oyó que Rye continuaba hablando.

—Ella parece ser tan inútil y estar tan mimada como cualquier otra mujer de su clase —dijo con tono sombrío—. Pero no parece una mocosa, sino una muñeca de porcelana. Ese tipo de persona que es capaz de desmayarse porque se ha despeinado o se le ha arrugado el vestido.

Lillian sintió cómo el calor le subía a las mejillas, mientras oía cómo el otro hombre se reía entre dientes. Rye continuó.

—Espérate a que conozca a Joey o a Buster. Seguro que nunca

ha tenido cerca un perro. Sólo Dios sabe lo que haría si el animal se lanza a saludarla.

—Seguro que el viejo Chad se enfadaba bastante —comentó el otro, con su voz grave.

Rye no dijo nada más. Lillian se sentía ofendida y apenada. Le angustiaba la precisión con la que Rye la había descrito. Realmente se comportaba como una muñeca. ¿Qué clase de persona podría permitir que su abuela y su hermana la manejasen durante años? Claro, que no creía que estuviera mimada; aunque, para los esquemas de él, seguramente sí lo estaba. Quizá fuera justo decir que era una inútil, ya que no se mantenía a sí misma ni había trazado un camino para integrarse en el mundo; pero en cuanto a lo de cuidar su figura o acicalarse, eso sí que lo veía necesario. No se atrevía a aparecer en público si no era en perfectas condiciones. Había acertado hasta con lo de los perros.

Sin embargo, no era cierto lo de los niños. No sentía recelo hacia ellos, a pesar de que raramente había tenido la oportunidad de estar con alguno. Le dolió que él pensara que debía de proteger a los niños para que no se acercaran a ella.

Además, el comentario del chico hacia Rachel llamándole mocosa, indicaba que él se preocupaba de que Joey no quisiera seguir el mismo camino que ella. El hecho de saber que Rye era sensible con los niños y que quizá estaba intentando proteger a Joey, hizo que se le pasara algo el enfado.

Lillian puso un gesto agradable a la vez que avanzaba hacia la cocina, haciendo un pequeño ruido con sus sandalias sobre el suelo de madera para advertir a todos de que iba a entrar.

La cocina era incluso mayor de lo pensaba. El cocinero estaba en medio de los preparativos para la cena; había confinado todos lo utensilios de cocina y alimentos en su área de trabajo. A pesar de que la habitación era predominantemente blanca, se veía una gran cantidad de colores. Desde las cacerolas que colgaban en el centro, hasta la colección de libros de cocina y los botes de especias distribuidos por todas partes. La vista del patio y la piscina, más allá del ventanal, añadía todavía más colorido al lugar.

La zona para cenar dentro de la cocina era suficientemente espaciosa para incluir una mesa redonda de roble y varias sillas, además de un pequeño sofá y una tumbona. Había una televisión

empotrada al lado de la puerta que daba paso a la cocina, situada a la altura precisa para que se pudiera ver desde cualquier parte dentro de la habitación.

Rye estaba sentado a la mesa, con su plato, su servilleta y cubiertos desplazados hacia el centro de la mesa. Más cerca de él tenía una taza de café. La saludó con la cabeza cuando la vio entrar, para luego hablar con el cocinero.

—Aquí está ella, Dovey.

El cocinero era un hombre bajo y musculoso de mediana edad. Llevaba el pelo muy corto. Lillian le sonrió, mientras Rye se levantaba para presentarlos.

—Señorita Lillian Renard, éste es Dovey Smithers. Su principal ocupación es cocinar, pero también lleva la casa. Dovey, ella es la hermana mayor de Rocky.

Ella hizo más amplia su sonrisa, mientras le ofrecía la mano en señal de saludo. Dovey se limpió la suya rápidamente en una paño de cocina para poder estrechar la de ella.

—Me alegro de conocerla, señorita Renard. Espero que se divierta mientras se quede con nosotros —dijo, mientras soltaba su mano—. Ahora estoy preparando una comida que espero que le guste, pero si no fuera así no dude en decírmelo y le prepararé otra cosa. No me gusta que nadie coma a disgusto lo que yo he cocinado.

—Si es tan especial como su hermana, tendrás que convertirte en un cocinero que prepara mentís a la carta, Dovey —intervino Rye.

Dovey hizo una mueca de complicidad hacia su jefe, pero sus ojos oscuros brillaron, mostrando su bondad.

—Estaré de acuerdo con lo que usted haya planeado cocinar, señor Smithers —comentó Lillian—. De hecho, lo que está haciendo huele estupendamente.

—Llámeme Dovey, señorita Lillian. Si quiere sentarse, serviré la cena; a menos que prefiera que pongamos la mesa en el comedor. No hay ningún problema si usted prefiere una cena más formal.

Lillian negó con la cabeza.

—Aquí estará bien.

Pero casi no se oyeron las palabras de ella debido a la enérgica intervención de Rye.

—¡Por todos los diablos, no!

A esto siguió un silencio incómodo. Lillian sintió cómo se le encendía la cara.

—No me sentiría bien haciéndote trabajar más, Dovey —sonrió, algo nerviosa—. Preferiría huir de las formalidades, si es posible.

Dovey le hizo otra mueca a Rye.

—¿Ve usted eso, jefe? Es tan fácil de contentar como parece —el cocinero corrió hacia la mesa y apartó la silla contigua a la de Rye —. Si quiere usted sentarse, señorita Lillian.

Lillian se acercó a la mesa y se deslizó sobre la silla que él seguía sosteniendo.

—Gracias —dijo con suavidad, una vez que se había sentado.

Sonrió algo tensa a Rye, que la observaba cauteloso; luego se volvió hacia las noticias que estaban dando en la televisión. El sonido estaba bajo, pero ella podía oírlo perfectamente.

Volvió la cabeza hacia la cristalera, al escuchar que ésta se abría. Vio que un niño estaba intentando entrar dejando fuera al perro que lo acompañaba. Pero éste, que tenía el pelo oscuro y corto, y que era tan grande como un pequeño poni, estaba determinado a entrar.

—¡Buster! —le gritó el chico, mientras el perro metía las patas e irrumpía, finalmente, en la cocina.

Buster, que era un perro grande y musculoso, se puso a ladrar sonoramente hacia Lillian, para luego acercarse a ella; tenía unos salvajes ojos oscuros, y a través de la enorme boca abierta, enseñaba unos dientes letalmente afilados.

Lillian, aterrorizada, saltó de la silla y la usó a modo de barricada. El enorme perro empezó a dar la vuelta alrededor de la silla, con lo que ella se puso a chillar de un modo histérico. Cuando se disponía a salir corriendo, un brazo musculoso la agarró, levantándola y salvándola del inminente peligro.

—No.

La orden de Rye no fue exactamente un grito, aunque resonó en la gran habitación. A pesar de que Lillian estaba subida en alto, vio cómo el monstruoso perro se quedaba parado sobre el suelo de vinilo y comenzaba a golpear con sus patas la punta de las botas de Rye.

—Abajo.

El perro reaccionó a esta segunda orden como si le hubieran

disparado. Se echó, al momento, a los pies de Rye, poniéndose a lloriquear. Luego levantó la mirada hacia el vaquero con verdadera adoración en sus grandes ojos marrones.

—Buen perro.

Como sabía que le habían perdonado, el perro abrió la bocaza y sacó la lengua en lo que parecía una sonrisa, pero no se atrevió a levantarse.

Mientras tanto, el corazón de Lillian latía a toda velocidad, tanto por el terror suscitado por el perro, como por el sentimiento de estar siendo sostenida contra el musculoso cuerpo de Rye, con muy poco esfuerzo de su parte. La había levantado como si no pesara nada y la virilidad de su protectivo gesto le había hecho estremecerse.

—Lo siento, Rye. No debí dejar entrar a Buster —dijo el niño, con el rostro reflejando su ansiedad.

Rye dejó en el suelo a Lillian.

—¡Bajo la mesa! —gritó al perro, con lo que éste se sentó junto a una de las cuatro patas de madera que sostenían el tablero.

Lillian, aún algo agitada, se dio cuenta del estado de su ropa, y se puso a estirar las arrugas de su blusa. Luego se pasó las manos por el pelo para retocarse el peinado, dándose cuenta del silencio que había en la cocina.

Se giró hacia Rye y se ruborizó al darse cuenta de que él estaba observando cada uno de sus movimientos. Al encontrarse sus miradas, se fijó en el brillo de diversión que reflejaban sus ojos azules. Ella se había comportado tal como él esperaba.

Luego, Rye se volvió hacia el niño. Éste parecía aterrorizado. Pensó que, sin duda, Rye Parrish era un bruto; por eso se sorprendió al oír sus palabras.

—No quiero que Buster se coma a los invitados. Él ya tiene su comida para perros.

El niño se empezó a reír y Rye sonrió. Fue en ese instante cuando Lillian le perdonó por su rudeza. Si tenía siempre esa paciencia con el niño y con su perro, significaba que no era el bruto que intentaba aparentar.

Desafortunadamente, eso hizo que le pareciera a Lillian más atractivo de lo que resultaba prudente.

Capítulo 3

—Señorita Lillian, éste es mi primo, Joey Parrish —dijo Rye, haciendo un gesto al niño para que se acercara.

—Joey, ella es la señorita Lillian. Es la hermana mayor de la señorita Rocky.

—Encantado, señora —balbuceó Joey.

—Yo también estoy encantada de conocerte, Joey —dijo ella con una sonrisa, estrechándole la mano—. ¡Vaya perro que tienes! ¿Es juguetón?

Lillian quería ser amable con el muchacho, que éste se sintiera cómodo con ella.

Joey le dio tímidamente la mano.

—Es mi amigo —respondió, con candor infantil.

El niño tenía un pelo rubio que le caía liso sobre el cuello y enmarcaba un rostro angelical. Sus grandes ojos marrones brillaban con una mezcla de inteligencia y seriedad que gustó inmediatamente a Lillian.

Ambos se quedaron mirándose sin decir nada.

—Vamos, Joey, siéntate. Dovey está esperando para servir la comida.

Como si Joey se alegrara de poder escapar de la mirada de Lillian, se dio la vuelta y se sentó a la mesa. Lillian se sentó también y tomó su servilleta. Rye también se sentó.

Dovey sirvió una ensalada de lechuga, patatas cocidas, tomates con orégano y filetes de solomillo hechos a la parrilla. Rebanadas de pan casero, tostadas por una cara, descansaban al lado de cada

plato.

Lillian no pudo evitar sentirse un poco alarmada por la abundancia de la comida. Después de haber pasado la mitad de su vida comiendo cantidades supervisadas por su abuela, se sentía incómoda.

—¿Pasa algo?

Las palabras bruscas de Rye la sobresaltaron. Lillian miró inmediatamente hacia él, y vio un gesto de desagrado en su mandíbula. La muchacha hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No, nada —dijo, mirando al cocinero, que estaba ordenando la encimera. Éste apartó la vista, como si estuviera escuchando. Entonces, Lillian se dio cuenta de que estaría preocupado por si a ella no le gustaba su comida.

—Todo tiene un aspecto fantástico. No sé por dónde empezar —aseguró.

El cocinero sonrió y le guiñó un ojo.

Finalmente, la muchacha miró su plato, se puso la servilleta sobre el regazo y, entonces, agarró el cuchillo y el tenedor.

* * *

Lillian siguió el ejemplo de Rye y de Joey y dejó su plato limpio. La verdad era que la comida estaba tan buena que le fue sorprendentemente fácil terminárselo todo. Aunque después, cuando se fueron al patio, se sentía como un elefante. Le parecía oír a su abuela regañándola por haber comido así.

—Lillian, no toleraré a una niña gorda —le había dicho muchas veces, sólo porque engordaba unos gramos.

La verdad era que Eugenia Renard tenía una lista bastante extensa de cosas que no toleraría nunca. Casualmente, eran cosas que a ella le hubiera gustado hacer o intentar. La peor parte, sin embargo, eran asuntos relacionados con el aspecto de Lillian.

La repentina tristeza que la invadió, hizo que intentara olvidarse de ello. Giró la cabeza y miró hacia la piscina.

El gran cachorro, Buster, estaba a su lado. Tan silencioso que llevaba allí un rato y ella no había reparado en él. Al girar la cabeza se encontró de frente con él y se asustó. El perro dio un ladrido y

ella se levantó inmediatamente.

* * *

Rye estaba en la cocina, mirando hacia fuera. Había estado observando al perro y estaba esperando divertido a que ella descubriera que estaba tan cerca. No le preocupaba el perro, parecía encantado con la huésped. Le vino a la memoria una canción de cuna que hablaba de una muchacha y su perro. De repente, la muchacha se volvió, vio al perro y se levantó como un resorte.

Rye hizo un ruido con la boca, luego siguió observando a Lillian, que, siempre mirando al perro, se ponía al otro lado y dejaba la mecedora entre ella y el animal. Rye se dijo que momentos antes la había rescatado del perro por el niño. Éste era muy sensible y quería mucho a Buster y, si la señorita de la capital montaba un escándalo, sería un mal trago para todos.

Cuando Rye estaba a punto de abrir la gran puerta y salir, vio que Lillian estiraba una mano hacia Buster. Aunque la mano le temblaba ligeramente, el hecho de que hiciera un pequeño intento de acercamiento al perro, le sorprendió.

La boca de Buster se abrió y sacó la lengua, para lamer con alegría aquella mano delicada, pero Lillian la apartó. El disgusto en su rostro molestó a Rye.

Abrió la puerta, salió, y se acercó silenciosamente. Dio un silbido y Buster fue hacia él. Rye permitió al animal que bailara alegremente a su alrededor, a continuación se agachó y le acarició el cuello y las orejas.

—¿Dónde está el palo? —dijo Rye con voz ronca.

Y el movimiento de su mano lanzó a Buster corriendo hacia el fondo del patio, y a través de la verja abierta. Rye se incorporó y miró a Lillian. La mirada de fascinación que vio en ella, provocó en él un ligero estremecimiento.

Más de una vez había pillado a aquellos ojos azules mirándolo, observándolo. Aunque él no se consideraba a sí mismo presumido, sabía reconocer la atracción femenina cuando la veía. La pequeña aristócrata debía de haber encontrado algo en él que merecía la pena observar, pero él no se sentía halagado. Las mujeres como ella

no ofrecían nada más excitante que rabietas, salones de belleza caros y facturas de *boutiques*. El sexo era simplemente un medio de manipulación y amar a alguien aparte de a sí mismas les era imposible. Sería un estúpido si caía en la misma trampa que su padre.

—Mi hermano ha llamado hace unos minutos —declaró. Se detuvo, dándose cuenta de lo antipático que estaba siendo. Le era muy difícil suavizar su tono de voz—. Rocky ha decidido que quería ir a Dallas. Allí hay más diversión, lo reconozco.

Lillian ignoró su sarcasmo y asintió.

—¿Le ha dicho su hermano que he llegado?

—No me ha dicho lo que le ha contado.

Como parecía tan enfadado, Lillian se sentía tan mal recibida como si fuera una plaga. Miró hacia otro lado un momento y se esforzó por no ponerse nerviosa. ¡Odiaba molestar a ese hombre! No porque fuera un anfitrión amable, que no lo era, sino porque tenía una capacidad especial para hacerla sentirse un estorbo.

Considerando que había sido tratada así toda su vida, no le sorprendía mucho que aquel extranjero mal educado se comportara igual que su familia.

Parecía que nunca se vería libre de ese algo misterioso que evitaba que los demás la quisieran, o incluso les cayera bien. Aunque, a veces, estaba convencida de que era posible morir de la falta de amor, el hecho de haber llegado tan lejos sin afecto, le hacía pensar que podría seguir así muchos años más.

Emocionada de repente, miró al niño, que parecía jugar con una de las velas de su barco.

—Creo que necesita ayuda —dijo, comenzando a caminar hacia la piscina.

Pero cuando llegó allí, el muchacho había puesto derecha la vela y se había metido al agua con el barquito. Estaba tan absorto en lo que hacía que Lillian se detuvo, temiendo molestarlo.

El pequeño barco se balanceó cuando Joey lo puso en el agua. Lo empujó, y éste navegó por la superficie hasta que la resistencia del agua lo hizo detenerse. Cuando esto ocurrió, el niño fue a buscarlo.

Lillian se dio la vuelta y se dirigió hacia la mecedora. Rye, al parecer, no había dejado de observarla, y su silenciosa

contemplación la inquietaba. Estaba demasiado nerviosa para sentarse.

—El niño sabe divertirse solo. Debería de haberlo sabido —dijo, deseando poder mostrarse más relajada.

Incapaz de soportar la penetrante mirada de Rye, Lillian miró hacia otro lado. Pero enseguida se volvió de nuevo.

—Sé que mi presencia aquí puede ser un poco… molesta. Seguro que hay algún hotel o motel en la zona —se detuvo, al ver que Rye hacía un gesto de desagrado—. Cuando Rachel vuelva de Dallas, buscaré alojamiento.

Rye hizo un gesto negativo con la cabeza, antes de que terminara de hablar. Luego sus labios carnosos se torcieron en una mueca.

—Me imagino que por lo menos esperará a estar sudorosa, polvorienta y aburrida, antes de que comenzar a lloriquear por marcharse.

Lillian sintió el insulto como una bofetada. Y el impulso de abofetearlo a su vez fue muy fuerte.

—Me imagino que todos los lugares en Tejas serán calurosos, polvorientos y aburridos, señor Parrish, pero yo nunca lloriqueo. Sin embargo, sé cuándo no soy bien recibida. Si la situación fuera a la inversa, usted haría lo mismo.

Algo oscuro brilló en los ojos de Rye y la burla en sus labios se hizo más evidente.

—Si la situación fuera a la inversa, usted tendría que soportarme hasta que terminara lo que había venido a hacer.

—Y ésa es una de las diferencias que hay entre nosotros, me imagino —dijo despacio—. El hecho de que usted sea lo suficientemente antipático como para imponer su carácter irritable a otros, hasta conseguir lo que quiera, no me sorprende. Pero yo no me comporto así y no me gusta soportar ese trato en otros.

Rye se rió entre dientes y Lillian se sonrojó.

—Puede que no se comporte así, pero imagino que está acostumbrada a gente que lo hace, le guste o no.

Lillian no respondió nada a eso, no había razón para hacerlo. Ese hombre evidentemente lo había descubierto. ¿Y cómo no iba a hacerlo? Conocía a su hermana y su abuela había hablado con él por teléfono de manera no muy agradable. Seguramente, no iban a

llevarse bien.

—Sin embargo, señor Parrish, creo que sería mejor que buscara habitación en cualquier otro sitio. Los dos estaríamos más cómodos.

—Algo me dice que a su abuelita no le importa lo más mínimo la comodidad de nadie que no sea ella. Y de todas maneras, ¿cómo iba a explicarle que se había ido a un hotel a cincuenta kilómetros, si ella cree que se va a quedar aquí?

Lillian notó que se ruborizaba de nuevo.

—Gracias por su preocupación, pero me temo que ése es mi problema.

—Cariño, si no me aguanta a mí, estoy seguro de que no aguantará a su querida hermana cuando aparezca. Puede que haya sido siempre insoportable, pero desde que está aquí ha empeorado.

Lillian no dijo nada, pero se dio la vuelta y salió dignamente hacia el patio.

—¿Qué quiere decir con que ha empeorado? —preguntó temerosa.

Rye observaba a Lillian y vio perfectamente la ansiedad que hizo que sus bonitos ojos azules se volvieran plateados una milésima de segundo. ¿Era ansiedad por su hermana, o por ella misma? Pero él no iba a ser amable.

—A menos que me diga que su hermana es normalmente cruel y despiadada, que odia a los niños y a los animales; que le gusta beber, decir tacos, y jugar con cualquier persona del sexo masculino que tenga más de dieciséis años y se le ponga cerca, tengo que decir que ha empeorado.

Rye notó el suspiro nervioso de Lillian y vio que sus mejillas se quedaban sin color. La había impresionado. La muchacha miró a Joey, que jugaba con su barco. Rye observó el ligero temblor de sus hombros estrechos.

—La descripción que hace de mi hermana me lleva a preguntarme por el tipo de hombre que debe de ser su hermano para querer casarse con ella.

—Es uno de tantos hombres que se enamoran de un rostro y un cuerpo bonitos y creen que han encontrado el amor de su vida. A veces se dan cuenta de que se han enamorado de un físico y que ese físico esconde sólo fealdad.

Lillian parecía no poder respirar. El miedo que sentía por su

hermana era más fuerte que nunca. Una cosa era saber que su hermana tenía defectos horribles y otra muy distinta que alguien se lo dijera.

—Me gustaría irme al motel —le dijo—. Esta noche, si puede ser.

Rye asintió.

—Primero tengo que hacer una llamada de negocios. Luego, conseguiré el número de teléfono y puede preguntar si tienen habitaciones. Para turistas, ya me entiende —dijo, con una mueca.

* * *

Rye pocas veces intentaba manipular a los demás. No lo necesitaba. No cuando podía conseguir lo que quería comprándolo, dando una orden o usando su persuasión. Lillian Renard era demasiado rica para ser comprada o sobornada. No trabajaba para él, así que no podía darle órdenes y tampoco era el tipo de mujer a la que quisiera convencer de nada. Pero todos sabían que había llegado a casa de Parrish y no podía dejar que se marchara. Habría demasiadas preguntas.

Y por eso había llamado a los tres moteles más cercanos y había reservado varias habitaciones, ordenando que las cargaran en su cuenta, y luego había dejado los teléfonos a Lillian.

La muchacha había parecido tan incómoda al comunicarle que no había habitaciones vacías en ninguno de los moteles que él había estado a punto de sentirse culpable. Casi.

Poco después, Lillian ya estaba en su dormitorio. Rye había dejado de escuchar el grifo de la ducha, pero seguía viéndose una línea de luz por debajo de la puerta que comunicaba ambas habitaciones, de manera que seguía despierta.

Rye llevó a Joey a la cama, pero Buster estaba tan inquieto que en lugar de dejarlo en la habitación del niño, le dejó fuera para que corriera. Volvería antes del amanecer y arañaría la puerta para que le dejaran entrar.

Rye se fue a la cama cuando vio que se apagaba la luz del otro lado de la puerta.

Lillian pocas veces dormía bien cuando estaba en una cama

extraña, pero no era la cama lo que aquella noche no le dejaba dormir. Su mente daba vueltas a miles de pensamientos pocos tranquilizadores. Se preocupaba por su hermana, y el temperamento de su abuela le provocaba ansiedad. Por último, la hostilidad de su anfitrión hacia ella y hacia su hermana, hizo que se levantara en mitad de la noche, incapaz de relajarse.

El murmullo suave del aire acondicionado disimulaba todos los demás ruidos, el chirrido de los insectos, el ladrido de un perro lejano, pero, irónicamente, no eran los sonidos de la noche lo que provocaba su nerviosismo. Era la falta de sonido. No se oía tráfico, ni equipos de música, ni alguna televisión encendida…

Finalmente se quedó dormida. Soñó con el enorme perro, que la perseguía. El sueño se hizo tan real, que Lillian se despertó a punto de gritar y se incorporó inmediatamente con los ojos abiertos.

La luz del patio iluminaba su dormitorio. De repente oyó un ladrido y una enorme forma negra se subió a la cama. Lillian sofocó un grito.

Podía ver lo suficiente para saber que era el perro de Joey, Buster, pero en el momento en que iba a relajarse y encender la lamparilla, vio otra forma oscura sobre la cama. Escuchó un sonido característico…

* * *

Rye oyó el grito, nunca había oído nada tan penetrante en su vida, y se despertó instantáneamente. Se levantó de la cama y, sin pensarlo, abrió la puerta que comunicaba las dos habitaciones.

En el segundo siguiente, una figura delgada con un camisón de satén se metió corriendo en su dormitorio y cerró la puerta. Al entrar se chocó con él, golpeándole con tanta fuerza que Rye se balanceó y estuvo a punto de caer.

Intentó sujetarla por la cintura, pero ella lo estaba agarrando del cuello. El pequeño cuerpo de la muchacha temblaba y le recordó a las pesadillas que solía tener Joey. Antes de que pudiera sujetarla con firmeza, ella levantó el pie y le dio una patada en la espinilla. A continuación, se puso detrás de él. Rye notó algo húmedo cuando le agarraron del cuello. La combinación de lágrimas salpicadas y

arañazos en su espalda, le produjo un estremecimiento.

No podía hacer otra cosa que poner los brazos alrededor de ella.

—¿Qué demonios te pasa? —Gruñó.

La reacción de ella fue apretarse aún más contra él, sin dejar de temblar. Rye intentó apartarla, pero al oír sus sollozos, se detuvo.

Un sonido extraño al otro lado de la puerta la hizo sobresaltarse y tratar de mirar, por encima de su hombro, hacia la puerta. Buster lloriqueó en el dormitorio de al lado y Rye supo lo que había pasado. No pudo evitar disgustarse.

—Es sólo el cachorro —protestó.

Y continuó intentando soltarse de ella. Sus manos grandes la sujetaron por las caderas. Los pulgares rozaron sus pechos, pero no hizo caso. Intentó apartarse de ellos, pero los brazos de ella seguían apretados a su cuello.

Se dio la vuelta para hablarle al oído.

—Por si no se ha dado cuenta, señorita, yo duermo sin nada y su camisón es tan grueso como un papel de fumar —dijo, tocando sus caderas, como para enfatizar el comentario.

Sus manos acariciaron la suavidad esférica de sus nalgas y se movieron sobre ellas provocadoramente, apretándola tan firmemente contra él que el camisón parecía haber desaparecido.

Pero se preocupó cuando vio que nada cambiaba, que ella, como si no lo hubiera escuchado, seguía colgada de él tan fuertemente como al principio. Fue entonces cuando notó lo suave que era, lo femenina. Olía a algo dulce y exótico, y su cabello dorado rozaba sus mejillas y su hombro.

Su excitación fue tan repentina e intensa que se balanceó. Intentó de nuevo apartarse, pero el fuego que sentía en su interior le hizo empujarla hacia la cama.

* * *

Lillian estaba histérica. Temblaba tanto que le dolía el cuerpo. El miedo no le permitía hablar. No podía entender el sentido de las palabras de Rye, sólo sabía que estar a su lado, respirar su olor de hombre, y oír su voz grave le daba seguridad.

Sentía de algún modo que él no tenía miedo. Por eso quizá,

porque ella siempre había tenido miedo en su vida, necesitaba desesperadamente aferrarse a alguien que no lo tuviera. ¡Oh, Dios! Necesitaba agarrarse a la fuerza sólida de alguien y sentirse como en ese momento.

Sintió que se movía, sintió que se daba la vuelta y se iba hacia la puerta que tanto la aterraba. Lo próximo que supo era que estaba tumbada boca arriba en la cama de Rye, bajo el peso de su cuerpo. Y él vaciló un segundo antes de que sus labios calientes encontraran los suyos.

El beso de él fue carnal y apasionado, y eso la hizo relajarse de repente. Rye apretó los labios un poco más y el beso se hizo más profundo, devorándola tan salvajemente que a Lillian le faltó el aire. Las manos fuertes de él se introdujeron por debajo de su camisón, para cubrir sus senos desnudos y jugar con sus pezones.

Un estremecimiento dulce recorrió todo su cuerpo. Entonces no pudo evitar corresponder a sus caricias y Rye pareció encenderse aún más. Sintió que se apretaba contra ella y la besaba más apasionadamente. Se estaba ahogando y se abandonó a las sensaciones más increíbles que había experimentado jamás. Las más increíbles y las más peligrosas.

Lillian apartó los brazos del cuello de Rye y trató de empujarlo, para salvarse. Pero las manos de él la agarraron por la espalda mientras se movía sensualmente sobre ella.

Lillian gritó. Le asustaba la agresión de él y, por otra parte, no quería dejar de sentir el placer que invadía todo su cuerpo. Podía notar el calor de su piel en las partes más íntimas y supo que tenía que detenerlo antes de abandonarse por completo. Consiguió empujarlo. Estaba demasiado cerca de ser barrida por aquella terrible y maravillosa locura. Demasiado cerca, demasiado…

Rye se incorporó, para mirarla fijamente a los ojos.

—¿Qué le pasa, Princesa? ¿Ha cambiado de opinión?

Lillian necesitaba respirar, necesitaba esconderse de él. Pero, al separarse, su boca anhelaba aquella presión y dominio masculino. Deseaba que sus manos volvieran a los lugares donde habían estado para mitigar el dolor de su abandono.

Rye se apartó blasfemando y Lillian se hundió en el colchón, viendo que el camisón se le había subido por encima de la cadera y que uno de los tirantes se había roto. Se dio la vuelta y se levantó

de la cama, sujetándose el camisón para que no se le cayera.

—Hay varios nombres para designar a las bromistas como usted —dijo Rye, con una mueca.

—Hay una… —comenzó Lillian, intentando no escuchar las palabras que él iba a decir. Tratando de salvar la situación horrible, pero su boca permanecía apretada.

—Hay un perro en su habitación, es todo. Un maldito cachorro tan grande como un caballo, pero tan inofensivo que no merece perder un minuto de sueño.

—No. Hay una serpiente —dijo en voz baja.

Rye, sin escucharla, se levantó de la cama y se dirigió hacia la cómoda, donde abrió uno de los cajones, blasfemando.

Lillian temblaba. Rye Parrish, que la conocía desde hacía menos de doce horas, estaba harto de ella.

La muchacha fue hacia la puerta. No quería quedarse un segundo más en aquella habitación, pero temía volver a la suya. Buscó el pomo a tientas y salió al vestíbulo oscuro.

Buscó refugio en una habitación que había al otro lado de la casa. Todavía muerta de miedo y de manera casi irracional, inspeccionó el dormitorio.

Recordó la serpiente y notó que se le llenaban los ojos de lágrimas. En vez de darle ayuda y seguridad, Rye la había tirado en la cama y la había besado como un bárbaro. ¡Y ella lo había besado a su vez! Lo había besado y había sentido cosas que nunca había imaginado. Pero, antes de perder por completo la cabeza, había intentado detenerlo. Había hecho bien en detenerlo, en detenerse a sí misma.

El recuerdo del odio en la voz de Rye, al llamarla bromista, la había herido profundamente. El hecho de que no quisiera escuchar lo que ella quería decirle, era una demostración palpable del desprecio que sentía por ella. Era como si estuviera viviendo una pesadilla.

Cuando se aseguró de que no había nada en el dormitorio, quitó la colcha de la cama y se tumbó en ella; se tapó hasta la barbilla, e intentó dejar de temblar. Si podía sobrevivir hasta la mañana, encontraría el modo de volver a su habitación, recogería las cosas y dejaría esa maldita casa.

Si hubiera sabido lo traumático que iba a ser el viaje, habría

intentado evitarlo. Por primera vez en su vida, Lillian se dio cuenta de que había en la vida cosas peores que la cólera de su abuela.

* * *

En el momento en que Lillian había salido del dormitorio de Rye, éste había abierto la puerta que conectaba con el otro cuarto, donde había dormido Lillian, y había dejado a Buster entrar en su dormitorio. Cerró la puerta, sin molestarse en encender la luz, se quitó los pantalones que había sacado hacía unos momentos de la cómoda y los tiró sobre una silla. A continuación, ordenó al perro que se tendiera en la alfombra y, finalmente, se metió en la cama, sintiendo todavía la excitación del deseo frustrado.

Se quedó un buen rato tendido, mirando las sombras que se formaban. No podía dejar de pensar en la Princesa. Habría sido mejor no haberla olido, no haber probado su boca. No haber tocado aquel cuerpo pequeño. No había sentido nunca antes aquella excitación tan violenta, nunca había soñado que el sexo pudiera provocar un deseo tan poderoso.

¡Maldita sea, habían estado a punto de hacer el amor! El recuerdo de lo cerca que habían estado, de lo agradable que resultaba y de la impotencia que había sentido cuando ella de repente lo había rechazado, le hizo blasfemar de nuevo.

Como tenía los sentidos todavía alerta, su nariz notó un olor extraño. Reconoció su dulzura oscura y la ráfaga fría que le pasó por encima. Cerca había una serpiente de cascabel.

Rye se volvió y buscó el interruptor de la lámpara de la mesilla de noche. Luego miró hacia la alfombra, donde estaba Buster, y tomó los vaqueros. El perro estaba en pie y el olor dulzón se hizo bruscamente mucho más fuerte.

Rye se quedó mirando al perro, cuando de repente le vino algo a la cabeza. Se puso apresuradamente los vaqueros y se volvió hacia la puerta que conectaba las dos habitaciones.

¿Habría vuelto Lillian a su cuarto? Él había estado tan absorto en sí mismo que no la había escuchado. Ahora se imaginaba la situación completa: Buster había olido una serpiente y había entrado en el dormitorio, asustándola. Pero eso no quería decir que

la serpiente hubiera entrado en el cuarto. Probablemente, Buster había estado jugando en el patio con la serpiente, quizá la había mordido, o la había encontrado muerta.

El hombre, totalmente fuera de sí, sacó una linterna de un cajón y fue hacia el otro cuarto.

Lillian no había vuelto allí y, una vez que hubo encendido la luz y mirado en su cama, supo exactamente por qué no lo había hecho.

Allí, en la colcha, había una de las mayores serpientes de cascabel que había visto en su vida. No tenía cabeza y su cuerpo era grueso y oscuro.

Buster pasó a su lado, saltó al centro de la cama y se sentó orgulloso al lado de su trofeo. Trofeo que había presentado a la señorita Lillian Renard, como una prueba de cariño canino.

Capítulo 4

Lillian, sentada en silencio en la habitación, con todas las luces encendidas, se subió un poco más la colcha. Seguía sin poder dejar de temblar. Oyó pasos de alguien en el vestíbulo y se encogió al reconocer a Rye. Escuchó que llamaba a la habitación donde ella había dormido anteriormente y, luego, escuchó que cruzaba de nuevo el vestíbulo.

—¿Lillian?

—Aquí —contestó ella, nerviosa—. Hay serpientes en su casa, señor Parrish.

Como si le hubiera insultado, Rye abrió la puerta con un golpe seco, vaciló, y luego la abrió del todo. Se quedó en la entrada, vestido únicamente con unos vaqueros gastados.

Lillian recordó cómo se había abrazado a ese cuerpo alto y fuerte, revivió la maravillosa sensación de estar bajo su desnudez. Todavía le parecía sentir el calor de aquella piel contra la suya, el sabor de su beso. El recuerdo de sus labios apretándose y dominándola, provocaron un estremecimiento en toda ella. Lillian lo miró.

Como si él hubiera leído su mente, la expresión de su rostro cambió.

—Buster le llevó una serpiente muerta. Era una muestra de cariño.

Lillian permaneció en silencio, intentando disimular lo mucho que le repugnaba la idea. Rye continuó.

—He quitado la serpiente, he encerrado a Buster en el garaje y

Dovey está cambiando las sábanas de su cama. Aunque me imagino que no querrá volver a dormir allí.

La mueca en sus labios sugería lo remota que esa posibilidad le parecía. Lillian sintió el peligro en el tono de su voz y notó que se ponía pálida.

¡Dios! ¿Podría ella volver a aquel dormitorio y dormir en aquella cama? Miró a los ojos de Rye, y le pareció ver claramente en ellos una palabra: cobarde.

—Pero ya he usado esta cama —dijo, intentando salvar la situación.

—Un cuarto de hora nada más. Estírela, y parecerá intacta.

Rye no podía haber dejado más claras sus expectativas y el corazón de Lillian se contrajo.

—Lo… lo pensaré.

El hombre miró la colcha que cubría su cuerpo, luego sus ojos se clavaron en los de ella.

De repente, Lillian deseó estar en Nueva York, deseó volver a su vida rutinaria, a su entorno. Donde no había tejanos con actitudes viriles, cuerpos fuertes y niveles hormonales peligrosos.

Quería estar en Nueva York, donde los hombres guapos y civilizados la miraban y raramente se acercaban a ella. En Nueva York, donde los hombres estaban educados de manera exquisita y nunca se les pasaría por la cabeza tirarla sobre una cama y besarla con la agresividad y experiencia con que Rye Parrish lo había hecho. En Nueva York, donde no sólo estaría a salvo de él, sino que también sería capaz de olvidar el cúmulo de sensaciones con las que su cuerpo se había estremecido con sólo mirarla de aquel modo.

—A menos que se sienta más segura en mi habitación.

Lillian pareció derretirse. No podía apartar sus ojos de él. Y Rye pareció leer sus pensamientos y saber lo atemorizada que estaba y a la vez lo hambrienta de sus atenciones.

Incapaz de articular una negativa, Lillian hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Entonces, buenas noches —dijo Rye. Fue hacia la puerta y agarró el pomo, volviéndose—. Le debo una disculpa por llamarla bromista.

Lillian observó sus hombros desnudos y los músculos del pecho y los brazos antes de que cerrara la puerta.

Tembló bajo la colcha, el corazón palpitante. Así que eso era la lujuria. Ese anhelo intenso, irracional y violento deseo por alguien sin el cual tu cuerpo, de repente, está convencido de que morirá.

Tardó mucho tiempo en relajarse y quedarse dormida.

* * *

Durmió hasta las diez de la mañana. Encontró una bata, se la puso y salió al vestíbulo para ir corriendo a su antiguo cuarto. Pensaba recoger algunas cosas y volver, para prepararse y enfrentarse a otro nuevo día. Pero cuando vio el bonito cuarto, donde no quedaba huella del acontecimiento de la noche anterior, decidió quedarse.

Salió poco después. Llevaba el pelo bien arreglado, la cara con el maquillaje justo, y unos pantalones azules y una blusa limpios.

Luego, cuando estuvo totalmente despierta, recordó los incidentes de la noche anterior y sintió remordimientos por su histerismo. El recuerdo de cómo había ido en busca de su anfitrión y de cómo se había agarrado a él, la hicieron estremecerse de espanto. Pero el saber que tenía que verlo en algún momento y dar la imagen de una mujer bien educada y discreta la hizo continuar hacia el salón. Cuanto antes se encontrara con él, antes se sentiría cómoda. Por lo menos, hasta que su hermana volviera al rancho.

Dovey la saludó al entrar en la cocina.

—Buenos días, señorita Lillian. Siento mucho lo que pasó ayer noche.

—Muchas gracias por limpiar todo, Dovey.

—Esa serpiente era una de las mayores que he visto por aquí. El pobre perro quiso llevarla para que la viera. —Lillian esbozó una sonrisa—. ¿Quiere ya el desayuno?

—Es muy tarde ya, puedo esperar a la comida.

A continuación miró hacia el patio. Buster estaba en la sombra y enseguida miró hacia ella.

—No me importaría tomar un café, si está hecho —dijo al cocinero.

—Muy bien —dijo, tomando una taza y llenándola. Lillian se acercó a la encimera. Dovey miró hacia el patio—. Buster siempre se mete en problemas, por eso suele estar atado. El niño se

preocupó mucho cuando el jefe le contó lo de ayer noche en el desayuno.

Lillian miró hacia el cachorro, súbitamente preocupada.

—No le pasará nada al perro, ¿verdad?

—No lo sé. Sé que este rancho es suficientemente grande para un perro como él, mientras que no sea un peligro para las personas. Así que, depende de si el jefe piensa que traer serpientes muertas a la casa es un peligro. La tía de Joey ha dejado claro que no quiere al perro, así que si se va de aquí, no le acogerán en ningún sitio.

—¿Joey no vive con sus padres?

—Los padres de Joey murieron en un accidente a principios de año —explicó Dovey—. Joey y Buster se fueron a vivir con la hermana de su madre, pero resultaban un poco ruidosos para sus dos primas pequeñas, así que el jefe invitó a Joey a pasar aquí el verano. Este lugar es un paraíso para niños y perros —agregó, haciendo un ruido con la boca—. Es un lugar amplio, hay mucho espacio, mucho que hacer, todo tipo de lugares para explorar…

Lillian miró de nuevo al perro. El animal había empezado a ladrar y saltaba inquieto, atado a la cadena. Ella no podía imaginar tener en su casa un perro de ese tamaño y energía.

Se acordó de su propio perro y eso la entristeció. Lillian era aún más pequeña que Joey cuando sus padres murieron. El terrier que su padre le había regalado por navidad dos años antes era pequeño y estaba bien educado, pero eso no impidió que su abuela se negara a aceptarlo.

—No entiendo cómo tu padre tenía un perro en casa —había declarado.

Lillian se quedó con el corazón destrozado y su abuela nunca quiso decirle dónde había llevado al perro.

Con el paso de los años, Lillian sospechó que su abuela no había dado el perro a nadie, sino que lo había matado. En ese momento, Lillian sintió de deseos de ayudar a salvar a Buster para que Joey siguiera con su mascota.

Quizá podía hablar con Rye y convencerlo de que no echara al perro. Seguro que había lugares en Tejas para amaestrarlo y convertirlo en un perro guardián. Los perros eran utilizados para agrupar las ovejas, ¿no se podrían usar también para agrupar el ganado? Si el niño tenía que ser separado de su perro, seguro que le

dolería menos si sabía que su perro vivía y era útil en el rancho de Parrish.

—¿Está el señor Parrish en casa?

—Creo que está en el establo. Le diré a alguien que la lleve allí. El jefe tiene uno de los caballos más bonitos de Tejas —añadió orgulloso.

Lillian no pudo evitar cierto agrado.

—Me encantaría verlo, pero no creo que haga falta que nadie me lleve. Si me dice cuál es la dirección, estoy segura de poder encontrar yo sola al señor Parrish.

Enseguida se puso en camino. Dovey había insistido en que se pusiera un sombrero y ella lo agradeció. Aunque no eran todavía las once, el sol era agobiante.

Al ir hacia allí, oyó el sonido del ganado y de los caballos en las cuadras. Cuanto más se acercaba a ellos, más polvo había en el aire caliente. Divisó el establo y se dirigió hacia él.

De repente salió un semental de color marrón, con la brida suelta. Dos vaqueros salieron corriendo detrás, pero el animal los esquivó. Cono si estuvieran provocando a sus perseguidores, el semental se quedó de repente inmóvil, como una estatua, y permitió que uno de los hombres tocara la brida, pero, en ese momento, el caballo se apartó y salió corriendo de nuevo.

Se dirigió en dirección a Lillian. Ésta miró al caballo unos segundos, admirando su cuerpo esbelto.

El sendero por donde iba Lillian no era muy estrecho, pero había dos cercas a cada lado. La muchacha se puso en el centro, se quitó el sombrero, y estiró los brazos, para bloquear el paso del caballo.

El animal continuó hacia ella y, cuando Lillian vio que no se paraba y estaba a punto de apartarse, para evitar que la golpeara, el animal se detuvo, visiblemente enojado por ser detenido. Lillian intentó disimular el miedo y permaneció inmóvil. Entonces, el semental se quedó quieto. Lillian se acercó y agarró la cuerda. El caballo no luchó.

—Eres precioso —le dijo, encantada. Luego, soltó una carcajada cuando el enorme animal la tocó delicadamente con la nariz—. Y lo sabes —murmuró, frotando su nariz.

Los dos vaqueros se aproximaron con cautela, pero Lillian hizo un gesto con la mano.

—¿Os importa si lo llevo yo misma al granero?

—Me importa, aunque no parece importarle a usted, ni al maldito animal —dijo la voz de Rye, tras ella.

Lillian miró por encima de su hombro al ganadero, que caminaba hacia ella.

—¿Sabe de caballos, o lo ha hecho por puro azar?

—Tenemos varios caballos en casa, señor Parrish. Saber montar a caballo se considera una cualidad.

La muchacha frotó la nariz del animal y, sin esperar a oír lo que dijera Rye, se dio la vuelta y comenzó a llevar al caballo hacia el establo.

Rye la siguió y, una vez que la muchacha dejó el caballo, éste se dio la vuelta y la miró, exigiendo atenciones.

Rye se detuvo a pocos centímetros y Lillian era consciente de su presencia. Recordó la noche anterior y, de repente, su seguridad fue barrida. Se sentía frágil ante Rye y supo que esa fragilidad era sexual. Estar a solas con él le parecía la situación más peligrosa en la que podía hallarse.

—Es realmente bonito —le dijo a Rye.

—Es útil.

—¿Lo utiliza para trabajar en el rancho, o únicamente como semental?

—Depende de la época del año.

Era evidente que Rye no estaba muy dispuesto a conversar. Ella había esperado poder comentar el problema del cachorro de manera más sutil. Miró a Rye brevemente y sintió que sus mejillas ardían al notar la intensidad de sus ojos sobre ella. Su inquietud se multiplicó súbitamente y tardó unos segundos en recordar para qué había ido a buscarlo.

Cuando lo recordó, dio un golpecito cariñoso al animal y retrocedió un paso para alejarse un poco de Rye.

—Me preguntaba esta mañana qué pasará con Buster.

—¿Por qué? Me imagino que esperaba que me deshiciera de él.

—¡No! Claro que no. El animal no es un peligro para nadie. Después de todo, la serpiente estaba muerta. Me gustaría que Joey pudiera conservar su mascota.

—¿Por qué demonios le preocupa el animal o el niño? A menos que crea que soy una persona sin corazón.

A Lillian le sorprendió que adivinara sus pensamientos. Que había ido a buscarlo porque de verdad temía que actuara brutalmente contra el perro.

—Lo siento. Es evidente que no me conoce.

Lillian se dio la vuelta para escapar hacia la casa, pero el sonido fuerte de la voz de Rye la detuvo.

—Creí que las mujeres como usted sólo se preocupaban por ellas mismas.

Lillian se giró para mirarlo. Rye estaba de pie, con los brazos cruzados sobre el pecho y un gesto arrogante en el rostro.

Esa seguridad no sólo hería sus sentimientos sino que también la enfadaba. Lillian esbozó una sonrisa.

—Siga creyendo lo que quiera. No creo que sea un hombre que cambie de opinión fácilmente.

Iba a salir, por segunda vez, cuando él habló.

—¿No quiere saber lo que voy a hacer con el perro?

—¿Qué hará? —dijo, atemorizada.

Sin saber cómo, supo en ese momento que había algo duro, cruel e imperdonable en Rye Parrish, algo que la avisaba de no confiar en ningún gesto amable suyo.

—Simplemente lo que he hecho: encerrarlo en el garaje por la noche y tenerlo atado durante el día. Lo dejaré libre un rato antes de comer. ¿Le parece bien, Princesa?

—Entonces, ¿el niño podrá seguir con su perro? —inquirió, aturdida.

—Mientras siga en el Rancho Parrish, Joey puede conservar su perro. Si en el otoño tiene que irse con su tía, el perro se quedará aquí con nosotros.

Lillian no pudo evitar una sonrisa.

—Y eso es más de lo que alguien como usted tiene derecho a saber —añadió.

La sonrisa de Lillian desapareció. Por un momento, había creído captar algo tierno detrás de aquella fachada que su anfitrión estaba decidido a presentar ante ella. El comentario final fue el castigo a esa ilusión.

—Gracias por decírmelo —declaró, en una voz que no fue más que un murmullo.

Entonces se dio la vuelta y fue corriendo hacia la casa.

* * *

Lillian, Rye y Joey, comieron en la cocina. La tensión entre los dos adultos parecía atemorizar al muchacho, aunque Lillian trataba de hablar con él de vez en cuando. Cuando estaban acabando, escucharon la puerta de la entrada.

Joey se disculpó y se levantó corriendo para ver quién era. Poco después apareció por el patio.

—¿Me puedo ir ya, Rye? —preguntó, con la mano en el picaporte.

Rye hizo un gesto apenas perceptible con la cabeza y el niño salió de nuevo.

Lillian observó que Dovey se quitaba el delantal y luego salía de la cocina por la puerta que daba al salón.

—¿Hay alguien en casa? —gritó una voz.

Rye la miró.

—¿Está lista, Princesa? —dijo Rye, retirándose de la mesa, aunque sin levantarse—. Ven a verlo tú mismo —añadió, al visitante invisible.

—Hola, vaquero —dijo la voz de Rachel y Lillian sintió un escalofrío.

El hecho de que su hermana estuviera de buen humor, demostraba que todavía no sabía que ella estaba allí.

Lillian se limpió con la servilleta y miró hacia Rye que, a su vez, la estaba mirando. Luego, intentó relajarse. Seguramente su hermana no se atrevería a enfadarse demasiado, delante de su novio o de Rye, únicamente se pondría en plan irónico, aunque ciertos comentarios ácidos de su hermana podían ser mucho peores que una de sus rabietas.

Finalmente, Lillian se preparó mentalmente para lo peor. Rachel siempre hacía lo que le daba la gana; miró hacia la puerta y ensayó una sonrisa neutral.

Rachel Renard era guapa, con pelo rojizo, piel de porcelana y ojos azules transparentes. Las semanas que llevaba en Tejas parecían haber aumentado su belleza. Era una mujer que se enorgullecía de su aspecto y tenía cuidado no sólo de llevar una ropa llamativa sino también de resultar llamativa en su

comportamiento.

Rachel se dirigía en línea recta hacia Rye cuando de repente vio a Lillian.

—¡Lillian! —exclamó, deteniéndose sorprendida, cambiando súbitamente la expresión de su rostro—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—He venido para conocer a tu novio.

—Mentirosa.

Le dolió la rabia que había en la voz de Rachel, pero antes de que pudiera articular palabra, aquélla pareció calmarse.

—Lillian dice que ha venido a conocerte, Chad —dijo, con una sonrisa fría.

Lillian sabía lo que se avecinaba. Incluso así, se levantó y dio la mano a Chad. Chad Parrish era guapo y más joven y suave que Rye.

—Hola, Chad. Encantada de conocerte.

—Sí, Chad, estoy segura de que dice la verdad. Mi hermana conoce muy pocos hombres —comentó Raquel, y las mejillas de su hermana enrojecieron violentamente—. Pero la abuela no ha terminado con el aspecto de Lillian. Le puso un corrector en los dientes para colocárselos. Hizo que la operaran de la nariz y le da clases de cómo comportarse para convertirla en un maniquí.

Lillian miró avergonzada a Chad y luego a su hermana.

—Rachel, es sufic…

—El problema es que Lillian nunca llegará a ser como mi abuela quiere que sea —continuó la hermana, con una voz que se hacía más desafiante por momentos—. Pero es porque mi padre tuvo una aventura un año antes de casarse con mi madre. Lillian es el fruto de esa aventura.

Lillian dio un suspiro.

—Así que, en vez de ser hija única, siempre he tenido que soportar a esta hermana extraña.

Lillian apenas captaba el sentido de las palabras de Rachel, pero era evidente que estaba furiosa y quería avergonzarla delante de aquellos dos hombres. Como siempre, no sabía cómo tratar a Rachel de una manera efectiva, así que trató de tranquilizarla.

—Creo que tendríamos que hablar en privado.

—Creo que sería mejor que habláramos en público, hipócrita. Has venido a Tejas porque la abuela te ha enviado. ¡Te está utilizando para que vengas a asustarme con la herencia! Estás aquí

porque crees que, si lo consigues, la abuela te lo agradecerá y, por fin, te querrá un poco. Pero eso nunca va a suceder.

—Rocky, ya es suficiente —dijo Chad, agarrándola suavemente del brazo.

—¡No, no es suficiente!

Lillian se quedó muda por el dolor y la incredulidad que le producían las palabras de su hermana. Era cierto que entre ella y Rachel la diferencia era abismal.

—Alguien tenía que haberte dicho la verdad hace mucho tiempo y ponerte así en el lugar que mereces —continuó Rachel—. Pero entonces Eugenia no habría contado con tu devoción. En teoría, nadie tenía que decirte que eras hija ilegítima de papá, ni que puso a mi madre la condición de que te aceptara como a su propia hija, si quería casarse con él.

Lillian estaba tan aturdida de lo que su hermana decía que apenas podía entender.

—¿Qué?

—Eres una estúpida, siempre tan educada y tan limpia. Como si tu comportamiento pudiera hacer que fueras mejor que los demás.

Lillian seguía inmóvil, sin apenas respirar. El hecho de haber descubierto aquellas verdades escandalosas, delante de unos desconocidos, la avergonzaba tanto que sentía deseos de vomitar. ¡Ella y Rachel no eran de la misma madre! ¿Cómo es que Rachel sabía algo tan importante y ella no?

Y, por otro lado, intuía que su hermana decía la verdad. Los misterios que habían envenenado continuamente su vida, de repente estallaron en su mente. Y es que su madre siempre había favorecido a Rachel. La había tratado con cariño y ternura, mientras que apenas había demostrado afecto hacia ella. Aquello habría destrozado a Lillian, pero su padre la había tratado siempre con mucho cuidado y había contratado siempre a dos niñeras, una para cada una de sus hijas.

Rachel había sido la favorita de su madre, pero Lillian había sido la de su padre. Lillian tenía ocho años cuando por primera vez sintió aquella diferencia brutal y devastadora. Y ese mismo año sus padres murieron en un accidente de avión. Sin embargo, descubrir la verdad sobre su madre…

—Sujetadla alguno, antes de que se desmaye —dijo

burlonamente Rachel.

Lillian notó apenas que Chad se había puesto a su lado y que Rye se había levantado bruscamente.

—¿Señorita Lillian? —dijo suavemente Chad.

Lillian pareció escuchar entre niebla. Se volvió y vio el rostro atractivo de Chad. El afecto en sus ojos oscuros, era algo a lo que ella no estaba acostumbrada. Le extrañó que un desconocido pudiera sentir eso por ella.

—Es… estoy bien —balbuceó.

—Chad, quizá la señorita Lillian quiera descansar en su habitación —sugirió Rye, con voz grave.

Lillian hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No, gracias. Me gustaría hablar con Rachel en privado.

Rachel se sonrojó.

—Ya he dicho todo lo que tenía que decirte, ahora puedes seguir siendo la niña buena de siempre. Ve y llama a Eugenia. Dile que ella y sus amigas recibirán una invitación de boda dentro de una o dos semanas.

Dicho lo cual, Rachel se dio la vuelta y salió.

Capítulo 5

La cocina, la casa al completo, parecía temblar después de que Rachel se fuera hacia el vestíbulo. El sonido de un portazo fue el punto final y lo más adecuado para la escena que acababa de suceder.

El silencio en la cocina fue largo y tenso. Lillian estaba tan hundida que no era capaz de mirar a ninguno de los hermanos.

Finalmente levantó la barbilla un segundo.

—Parece ser que mi hermana deseaba airear ciertos asuntos familiares. Lo siento.

—¿Señorita Lillian? —dijo Chad—. ¿Le gustaría tomar una taza de café? Puede que le ayude a relajarse.

—Puede que la señorita Lilly necesite algo más fuerte —murmuró Rye.

—No, gracias —dijo despacio. Luego miró hacia Rye, con una sombra en los ojos.

—¿Quiere sentarse? —preguntó Chad, agarrándola del brazo cariñosamente. Ella se apartó ligeramente para no sentir el contacto.

—No, estoy bien.

—Todavía está pálida, señorita Lillian. Quizá necesite descansar un poco mientras que yo hablo con Rocky. Siento que haya tenido esa… rabieta. No sé lo que le pasa a veces. No debería haberla tratado así.

Era tan amable con ella, tan educado, que Lillian casi sintió remordimientos. Había ido allí a separar a su hermana y a ese

hombre porque Eugenia creía que no era suficiente para su nieta favorita. Pero Lillian sólo había necesitado unos minutos para descubrir que era al revés, que su hermana nunca sería suficientemente buena para él.

—Gracias por su amabilidad, señor Parrish…

—Chad —corrigió, con una sonrisa.

Lillian asintió y trató de sonreír.

—Gracias, Chad, se me pasará.

—¿Está segura?

—Yo la cuidaré —interrumpió Rye.

Lillian miró de reojo a éste.

—Espero que podamos superar pronto esta pequeña crisis, señorita Lillian. Deseo de verdad que su visita sea agradable.

No podía evitar sentirse encantada con aquel Chad Parrish. La sonrisa que salió de sus labios no fue forzada.

—Gracias, a mí también me gustaría.

—Nos veremos luego —dijo, saliendo de la cocina hacia donde Rachel había ido.

Entonces se quedaron solos Rye y ella.

—Admito que nunca habría imaginado algo así.

—¿Perdón?

—Nunca pensé que intentaría separarlos seduciendo a Chad —declaró.

Lillian lo miró un segundo, luego, al entender sus palabras, se sonrojó.

—Como estoy segura de que usted puede ver, no creo que yo tenga nada que pueda separar a alguien de mi hermana.

—Ya veo que le gusta que la adulen, como a todas las princesas —comentó cínicamente—. A mi hermano le gustan normalmente las rubias. Además, se comporta como un bobo cuando ve a una mujer algo angustiada. Debería haber echado alguna lagrimita y haberse dejado caer en sus brazos.

Lillian se ruborizó al recordar la noche anterior.

—No tengo la costumbre de manipular a nadie con mis lágrimas, señor Parrish. ¿Le importa si uso el teléfono?

—¿Qué, va a comunicárselo a alguien?

—Si no lo hago, será Eugenia quien llame de un momento a otro. Usaré mi tarjeta para evitarle el gasto.

La expresión de Rye se hizo más dura.

—Marque el número y deje su tarjeta para otro sitio.

—Llevo esta tarjeta para este de tipo de ocasiones.

—Es usted mi invitada.

Lillian lo miró con escepticismo.

—Soy una intrusa, señor Parrish. Así que utilizaré mi tarjeta.

—Lo que usted quiera. Hay un teléfono en el estudio. En el pasillo del ala este, la primera puerta a la izquierda.

Rye se giró, agarró su sombrero de la percha y se dirigió al patio a través de las puertas correderas. Lillian lo observó mientras atravesaba el patio hacia la reja.

* * *

El ala este del rancho era igual que el oeste, donde estaban la habitación de Rye, la de ella, la de Joey y otras cuatro más. Al estudio se entraba por la primera puerta a la izquierda y más allá se veían otras cuatro puertas, una de las cuales, pensó, debía dar al cuarto de Dovey.

La abuela Eugenia, sorprendentemente, se mostró bastante tolerante con el informe de Lillian.

—Me da la impresión de que Rachel está dando más importancia a este asunto que a cualquier otra cosa en su vida —comentó Eugenia, con verdadero orgullo—. Ella puede ser algo testaruda, pero es una persona brillante.

Al darse cuenta de que su abuela daba por zanjada la conversación, Lillian quiso añadir algo más.

—Rachel comentó algo que quiero hablar contigo, abuela —se atrevió a decirle, con voz firme.

—¿Y qué es? —quiso saber la anciana, volviendo a su habitual tono brusco.

Lillian se dio cuenta de que, si se andaba con rodeos, su abuela la cortaría inmediatamente, así que decidió ir directamente al grano.

—Rachel me contó que papá tuvo una aventura amorosa y que yo no soy hija natural de Margaret. Me dijo que papá le pidió a Margaret que me adoptase como si fuera hija suya.

Se oyó tal silencio que Lillian pensó que la comunicación se había cortado.

—¿Es cierto? —preguntó con gran esfuerzo.

—Rachel necesita que le den una buena lección. Dile que espero que esté a mano cuando llame mañana. Me enfadaré mucho si no es así. Házselo saber —añadió con un tono frío y algo crispado. Eugenia tenía un temperamento todavía más irascible que Rachel.

El hecho de que Eugenia hubiera ignorado su pregunta la dejó algo sorprendida.

—¿Pero qué hay de…?

—Hablaré contigo también mañana.

Se cortó la comunicación. Lillian colgó el auriculas lentamente. El nudo de temor que se había formado en su garganta comenzaba a apretarse de un modo doloroso.

Eugenia estaba furiosa con ella. No con esa clase de furia que estalla de pronto para desahogarse, sino con otra clase mucho más peligrosa que se va forjando en silencio hasta que un día estalla. Lillian había sido testigo de algunos enfados de ese tipo de su abuela y le daba miedo pensar que Eugenia pudiera enfrentarse a ella de ese modo tan terrible.

Casi eran las dos cuando Lillian abandonó el estudio. No parecía haber nadie por ese lado de la casa, aunque se podía oír la televisión de la cocina. Estaba en el salón pensando en si debía ir a buscar a su hermana, cuando oyó sus botas que se acercaban desde la parte opuesta de la casa.

Al entrar en el salón, Rachel miró a su hermana para luego continuar su camino hacia la puerta principal. Llevaba un bolso colgado del hombro y un cigarrillo encendido en la mano.

Lillian sabía que era inútil tratar de hablar con ella, al ver que todavía estaba enfadada. Así que se limitó a mirar cómo salía por la puerta dejándola abierta. Lillian se acercó para cerrarla.

Cuando alcanzó la puerta, vio cómo Rachel montaba en un pequeño y reluciente coche. Lo puso en marcha y comenzó a revolucionarlo sonoramente. Miró hacia la casa y, al ver a Lillian de pie en la puerta, sonrió de un modo afectado.

El motor volvió a rugir, pero esta vez el coche arrancó, levantando gravilla con la ruedas y saliendo disparado hacia el camino de entrada. Lillian estaba ya cerrando la puerta cuando se

oyó el ruido del claxon, después, un golpe seco y, finalmente, el quejido de lo que parecía un animal.

Lillian volvió a abrir la puerta, para ver a Buster agitándose sobre el suelo, bajo una nube de polvo, mientras el coche de Rachel se alejaba a toda velocidad. El perro estaba tratando de ponerse en pie, con su oscuro pelaje cubierto de polvo.

Lillian se echó a llorar. Se volvió para llamar a Dovey y, luego, corrió hacia el pobre animal que se estaba retorciendo en el suelo.

Se podía ver el dolor reflejado en los ojos de Buster, mientras jadeaba agonizante. La muchacha se puso de rodillas, tratando de sujetarlo. Lillian volvió la cabeza hacia la casa y llamó otra vez a Dovey.

El que llegó fue Joey que, al bordear la casa, la vio agachada sobre el perro. Lillian se apartó un poco para que pudiera ver que Buster estaba herido.

—Joey, busca a Rye —le ordenó, intentando que se mantuviera apartado del perro. Sin embargo, el niño echó a correr hacia ellos —. ¡No! ¡Por favor, vete a llamar a Rye, deprisa!

Pero Joey sólo podía ver a Buster. Parecía que no había escuchado ni una sola palabra de lo que ella le había dicho. Afortunadamente, Dovey llegó corriendo a tiempo para interceptar al niño antes de que llegara hasta el perro.

Luego, los acontecimiento se dispararon. Rye apareció de repente, echó a Lillian a un lado y se puso de rodillas para ver cómo se encontraba el perro. Se oyó el sonido de un motor y Lillian pudo ver que era uno de los peones del rancho que llegaba con una furgoneta.

Con la ayuda del peón, y utilizando una manta a modo de camilla, Rye puso a Buster en la parte trasera de la furgoneta. Joey se escapó de Dovey y se sentó al lado del perro, dentro del vehículo.

—Necesito a alguien que conduzca o que ayude con el perro —dijo Rye, mirando a Dovey.

Lillian miró al aterrorizado niño.

—Yo ayudaré al perro —dijo ella, al tiempo que trató de subirse a la furgoneta.

—Ése no es sitio para una princesa —le recriminó Rye, mientras la sujetaba de un brazo.

—Tampoco es lugar para un niño —replicó ella, soltándose y

subiendo al lado del perro.

Rye cerró la puerta trasera y se dirigió al asiento del conductor. En poco tiempo estaban ya en la autopista. Lillian se sintió mejor al ver que el perro todavía estaba vivo y que iban en busca de ayuda.

—¡Por favor, Buster, no te mueras! —suplicó Joey, apoyando su cabeza sobre el cuello del perro.

Lillian notó que le escocían los ojos, mientras sostenía firmemente al perro y ponía una mano sobre el pequeño hombro de Joey, intentando consolarlo.

* * *

-Pero es que yo quiero ir con él —insistió Joey, mientras Lillian trataba de evitar que el niño siguiera a Rye hacia la sala de operaciones del veterinario.

—Por favor. Quiero saber si está bien —continuó Joey, intentando no llorar. Sin embargo, las lágrimas asomaban ya en sus ojos.

Como no podía negarse, sujetó firmemente al chico por el brazo, mientras se dirigían hacia donde estaban Rye y el veterinario.

Cuando llegaron al lado de la sala en la que estaban examinando a Buster, tomó al niño en brazos y éste se abrazó a ella, al oír cómo se quejaba el perro.

—Vamos a hacerle alguna radiografía —explicó el veterinario.

—Bueno, si el médico quiere hacerle radiografías, es que todavía hay esperanza —le susurró a Joey.

—No se puede morir… —dijo el niño con un hilo de voz.

—Volved a la sala de espera. Harán todo lo que se pueda —les dijo Rye, al verlos de pie en la puerta.

El niño protestó, pero Lillian le condujo hasta la sala de espera. Allí, el niño se tiró sobre un sillón y se echó a llorar con la cabeza tapada. Ella se sentó a su lado y trató de consolarlo.

—Van a hacer todo lo que se pueda, cariño —le dijo. El niño se volvió hacia ella y apoyó la cabeza sobre su hombro, mientras la abrazaba, sollozando.

Lillian lo sostuvo cariñosamente, hasta que Joey dejó de llorar y permanecieron sentados juntos, en silencio. Ella se sorprendió de

sentir hacia el niño tanta ternura.

Joey Parrish era un niño muy dulce. Guapo y educado, sería el orgullo de cualquier padre. Al acordarse de que el niño era huérfano, Lillian se entristeció. Ella sabía perfectamente cuánto podía sufrir un niño con la muerte de su padre. Al menos ella había tenido una hermana; Joey, ni eso.

Con ganas de llorar, se puso a implorar a Dios en silencio para que Buster no muriese y evitar así, que el niño tuviera que soportar otra pérdida.

* * *

Rye vio a Lillian y a Joey desde el final del pasillo. Joey tenía la cabeza apoyada en el regazo de Lillian.

—¿Cómo se llamaba tu perro? —Estaba preguntando Joey.

—Tootles —respondió Lillian, con una sonrisa.

Joey se incorporó un poco para poder mirarla a la cara.

—¿Tootles? —preguntó extrañado, pensando, sin duda, que era un nombre de lo más estúpido.

—Así es.

—¿Y pudiste mantener a tu perro cuando murieron tus padres?

Lillian pareció algo incómoda, pero sonrió. Rye pensó que la sonrisa era algo forzada.

—No. Mi abuela no me permitió mantener a Tootles conmigo.

—¿Y volviste a ver a Tootles después de eso?

—No, mi abuela pensó que era mejor que yo no supiera dónde se encontraba.

Joey se quedó mirándola fijamente a la cara, pensando que le estaba ocultando algo. Pero Lillian continuó.

—Al menos, tú sabrás dónde está Buster, cuando te vayas a vivir con tu tía. Tus primos cuidarán de que esté bien en el rancho y tú lo podrás visitar de vez en cuando.

Joey suspiró y apoyó la cabeza sobre el hombro de ella.

—¿Y si no pueden hacerlo?

Lillian lo abrazó.

—Tenemos que tener esperanza. El veterinario está ahora con él, así que debemos confiar.

El suspiro de Joey, apoyado en el regazo de Lillian, mientras ella le pasaba sus dedos por el pelo, produjo en Rye un cúmulo de fuertes sensaciones. Joey estaba cubierto de polvo al haber estado junto al perro y las ropas de Lillian estaban en ese momento tan sucias como las de Joey. Las lágrimas, mezcladas con el polvo, les habían dejado oscuras manchas en sus rostros, sin que ninguno de los dos se diera cuenta de ello.

* * *

A Lillian no parecía importarle estar sucia, ni despeinada, ni que el niño estuviera igual. Por lo que parecía, ninguno de los dos se había ido a lavar y ya llevaban cerca de una hora allí.

Al oírles hablar parecían madre e hijo. Lillian contándole cosas de su infancia, intentando ayudarlo.

Ese tipo de cosas nunca las había hecho la madre de Rye, pero prefirió no acordarse de eso. Actualmente, él era un hombre. Tan hombre como para darse cuenta de que la excesiva ternura de Lillian no era buena para su pequeño primo. Joey era vulnerable, por supuesto, al instinto maternal de ella. Pero Lillian tendría que volverse a Nueva York, y no era recomendable formar excesivos vínculos entre ellos.

—¿Joey? —les interrumpió Rye.

La súbita ansiedad de los rostros de Joey y Lillian, al mirarlo, le dejó impresionado. Si no los hubiera conocido, habría jurado que eran madre e hijo.

—No os hagáis demasiadas ilusiones —advirtió Rye—; pero el veterinario dice que existe la posibilidad de que salga adelante.

Los rostros de ambos parecieron iluminarse con la noticia. Se pusieron de pie.

—¿Podrá venir a casa con nosotros? —preguntó ilusionado Joey.

—El veterinario está todavía ocupado con él. Tendrá que pasar la noche aquí, mañana nos podrán decir algo más.

—¿Puedo verlo ahora? —Miró hacia arriba Joey.

Rye dijo que no con la cabeza.

—El médico tiene que estar una hora más con él. Mientras tanto podemos lavarnos un poco e ir a tomar un helado. Luego,

volveremos aquí.

—¿Helado?

Rye asintió y señaló con el dedo hacia el baño.

—Después de que te hayas lavado.

Deseoso de tomar el helado y de ver al perro, el niño se dirigió al baño.

Lillian lo observó alejarse, mientras sentía el dolor de ver cómo se disipaba la magia de la hora que habían pasado juntos. Rye se fue detrás del niño.

—Estate quieto y levanta la barbilla —le oyó decir a Rye, mientras se lo imaginaba con una toalla de papel, intentando limpiar la cara del chico.

Rye y Joey volvieron al rato.

—Esperaremos a que Lillian se lave la cara y las manos —dijo Joey, como si se hubiera dado cuenta de que también ella necesitaba asearse—. Venga, date prisa, Lillian.

Lillian sonrió al chico.

—Me daré prisa —le aseguró. Luego se dirigió hacia el baño y cerró la puerta.

Su imagen reflejada en el espejo le impactó. No recordaba haber estado tan llena de polvo y despeinada en toda su vida. Utilizó un montón de toallas de papel para sacudirse el polvo de la ropa. Quería darse prisa, pensando en la impaciencia de Joey. Se lavó la cara y los brazos con jabón y salió rápidamente del baño para reunirse con Rye y Joey en el vestíbulo.

Rye tomó a Joey de la mano y condujo al chico hacia la puerta mientras Lillian los seguía. Su evidente esfuerzo para separarla de ellos dos, reforzó la idea de que ella era una intrusa.

Pero una vez que salieron, Joey detuvo a Rye. Esperó hasta que Lillian los alcanzó, tomó su mano y la unió a la de Rye. Joey parecía ser el único que iba encantado de que anduvieran los tres dados de la mano, bajando por la acera de la calle Dairy Queen.

Capítulo 6

Aquella noche cenaron de nuevo los tres sólos. Joey, que estaba menos inhibido por la presencia de Lillian, estuvo hablando mucho, sin darse cuenta de la tensión entre su primo Rye y la muchacha. El niño fue el primero en terminar.

—¿Puedo poner algún videojuego, Rye?

—De acuerdo, pero no te pases de tiempo.

El niño dio un suspiro, compungido.

—Eso me decía la tía Jenny. ¿No podemos quitar aquí esa regla?

—Tienes quince minutos más, pero sólo esta noche.

—¡Gracias, Rye!

Se quedaron solos y el silencio pareció levantar un murmullo en torno a ellos. La presencia de Joey había sido como una protección. Una vez que se escuchó en la distancia la televisión y la música del juego, Rye alzó los ojos hacia Lillian.

—No quiero que mime y trate al niño como hoy en el veterinario. Tampoco quiero que escuche cada palabra que dice como si fuera el niño más listo que ha conocido.

Lillian miró a Rye, sorprendida por la expresión sombría de su rostro.

—¿De qué habla?

—Estoy hablando de mimarlo, llorar y contarle historias tristes —gruñó, tirando la servilleta al lado de su plato.

Las mejillas de Lillian se tiñeron de un color vivo, mientras Rye echaba hacia atrás su silla y se levantaba.

—Y ahora que estamos solos, ¿cómo demonios atropello Rocky

al perro sin enterarse?

Lillian lo miró aturdida.

—¿Qué le pasa? —dijo, suavemente.

La pregunta pareció enfadarlo más.

—No me pasa nada. Lo que pasa es que está jugando a ser la madre del niño, cuando sabe que saldrá de su vida en la primera oportunidad que tenga.

Lillian se levantó temblando, incapaz de seguir sentada.

—Creí que lo entendía. El niño estaba destrozado y usted no llegó hasta casi después de una hora. Habría sido cruel no consolarlo.

—La amabilidad también puede ser cruel.

—No le entiendo. Me dejó con un niño destrozado a mi cuidado y ahora me critica por atenderlo.

—Pero usted no sólo lo atendió, ¿verdad? No, le puso en su regazo, lloró con él por su perro y le contó historias que le habían pasado a ust…

—¿Y qué hay de malo en ello?

—Sé que usted es amable, señorita. Que nunca ha tenido un pensamiento o un impulso que no se refiriera a usted misma. Probablemente, le hacía sentirse bien contarle sus problemas, le hacía sentirse más mujer, pero el niño es muy sensible. Mire cómo no se ha separado de usted desde entonces. Y todo porque no se ha molestado en pensar qué pasará con él cuando recoja sus maletas y se vaya de aquí.

Lillian permaneció unos minutos sin poder decir nada. Estuvo a punto de soltar una risa histérica, pero en vez de ello sonrió, con un aplomo que era puro teatro.

—No parece que sea mi día, ¿verdad? Por otro lado, es una verdadera pena que mi hermana no quiera casarse con usted, señor Parrish. Particularmente cuando los dos parecen ser distintas caras de una misma moneda. Es una pena que su hermano sea el que tenga que sufrir. Él parece bastante educado.

Lillian vio cómo las mejillas de Rye se oscurecían. Sus ojos azules brillaron.

—¿Sabe su hermana que ha atropellado al perro? —insistió.

—No lo sé exactamente, pero sí sé que ella tocó el claxon para que el perro se apartara —explicó, encogiéndose de hombros—. El

coche es pequeño y, si golpeas a un perro de ese tamaño, creo que sientes el impacto y miras al espejo retrovisor.

El rostro de Rye parecía una máscara de piedra.

—Entonces, cree que sí sabe que golpeó al perro, pero no quiso parar.

—Estoy diciendo exactamente eso, señor Parrish. Y por eso pagaré yo la factura del veterinario, si mi hermana…

—No va a hacerlo.

—Sí voy a hacerlo —repitió, desafiante—. Me siento fatal por lo que ella hizo. Si su hermano cree que no tiene nada que ver con la relación entre ellos, la factura, sea lo que sea, será justo que la pague yo. La pena es que sea el pobre Buster el que sufra.

Lillian se quedó en silencio. Odiaba las discusiones, pero, al parecer, vivía en un mundo en el que continuamente tenía que tratar con gente a la que le gustaban. En ese momento se dio cuenta sorprendida de que había logrado callar a Rye Parrish.

Estaba furioso, pero en silencio. Se miraron el uno al otro con cautela.

Las últimas veinticuatro horas habían sido las más traumáticas de su vida de adulta y estaba destrozada. Quería marcharse de allí y encontrar una habitación en un motel en cualquier parte. Pero necesitaba estar allí cuando su hermana volviera aquella noche. Ambas tenían que estar presentes cuando Eugenia llamara. Luego podría escapar de ese lugar de bárbaros y volver a Nueva York con su hermana.

—Estaré en mi habitación toda la tarde. Le agradecería que me avisara cuando llegue Rachel.

* * *

Rye se dirigió a la habitación de Joey. Comenzó a leerle La isla del tesoro y, antes de que terminara la primera página, el niño se quedó dormido. Era el truco que utilizaba siempre para dormirlo: intentar que se quedara quieto unos minutos. De esa manera, aquel verano le había leído ya un buen número de cuentos clásicos.

Después fue hacia el salón. Estaba oscuro y el reloj daba las horas desde su rincón. Dovey se había ido hacia su habitación del

ala este hacía rato. Rye sabía que Lillian estaba despierta porque debajo de la puerta se veía una línea de luz.

Le sorprendía que quisiera seguir durmiendo en aquella habitación después de lo ocurrido con la serpiente. Quizá aquellos días extraños y la discusión con su hermana la habían endurecido.

Se dirigió hacia el mueble bar y sacó un vaso de aspecto sólido. Sacó dos hielos, los puso dentro y luego añadió *whisky*.

Se tomó el *whisky* en el patio, mirando el cielo lleno de estrellas. Eran tantas y brillaban de tal forma que, si te quedabas un rato mirándolas, parecía que iban a arrastrarte hacia arriba.

Rye quiso aquella noche ser arrastrado a algún lugar. Creía que había superado el abandono de su madre, pero estaba equivocado. Su enfado con Lillian aquella tarde así lo demostraba.

Pensó en ella y se puso nervioso. Ella provocaba en él sentimientos que no tenían nada que ver con su madre. Eran sentimientos tiernos, sensuales y peligrosos que le debilitaban, igual que habían debilitado a su padre y a su hermano.

Pero a él no iban a destruirle. A ellos sí que los había acabado por destruir, y a él, si no reaccionaba, le ocurriría lo mismo. A él y a otra generación de niños con el apellido Parrish.

El ruido de una puerta interrumpió sus pensamientos. Se giró y vio la suave tela de las cortinas de la habitación de Lillian, a través de las puertas de cristal. La muchacha estaba asegurándose de que la puerta estaba bien cerrada. Después de lo que había pasado la noche anterior, era normal.

Las luces de la habitación de la muchacha seguían encendidas y Rye podía ver su silueta. Tiró el hielo, casi derretido, dejó el vaso en una mesa baja y se quedó observando.

Lillian separó las cortinas y se acercó al cristal para mirar la noche. Rye podía ver claramente su cara; ella parecía disgustada por no poder ver nada desde la habitación.

Rye la observó y luego volvió la vista hacia el cielo que parecía extenderse eternamente sobre Tejas. Miró de nuevo hacia la puerta de cristal y vio a Lillian apretarse contra el cristal, con las manos alrededor de los ojos, para intentar ver el cielo. Quería ver las estrellas y, después de la experiencia de la noche anterior, probablemente no se atrevía a salir y mirar desde fuera.

Verla así hizo a Rye estremecerse. El calor interno, que

reconoció como deseo, comenzó a latir despacio por su cuerpo. La excitación que había experimentado la noche anterior le invadió de nuevo, al mirarla desde allí, arropado por las sombras. El recuerdo de lo que había sentido sobre ella, de la suavidad y calor de su piel, se movió dentro de él, como un líquido que lo inundara por dentro.

Lillian soltó las cortinas y se apartó de las puertas. Su silueta se alejó.

No se había cambiado todavía para meterse en la cama. Seguía con la blusa blanca y los pantalones de color verde con los que había cenado. A Rye le enfadó que no llevara el camisón de satén.

El recuerdo de su cuerpo apretándose contra el suyo, de sus senos en su mano, le torturaba. Los labios de Lillian parecían pétalos suaves y Rye no se había quedado satisfecho de la dulzura de su boca. Al recordarlo, su deseo aumentó.

Lillian Renard sería una agradable manera de pasar una noche de verano. La seguridad de que ella nunca se enamoraría de él hacía la situación todavía más atractiva. El deseo que sentía por ella no significaba nada o casi nada. Él había sentido deseo por otras mujeres, lo había satisfecho, las había satisfecho a ellas y, luego, había sido capaz de decir adiós sin mayor problema.

Con Lillian sería igual. Ese deseo profundo e inquietante no significaba nada.

Como si el honor de la familia Parrish estuviera en juego, Rye fue hacia las puertas de cristal y se detuvo. Vaciló un segundo, contemplando su silueta a través de las cortinas, luego llamó al cristal.

—¿Quién está ahí?

—Soy yo.

—¿Ha llegado Rachel a casa?

—No ha vuelto todavía —respondió, haciendo una pausa—. La noche está clara. No hay luna y la temperatura es agradable. Quizá te gustaría ver cómo es aquí el cielo por la noche antes de marcharte.

La muchacha se acercó a las puertas, pero se detuvo.

—Me dan miedo… las serpientes. ¿No es peligroso salir después de que anochezca?

—Lo de ayer noche no es habitual. Además, Buster debió encontrar la serpiente lejos de aquí.

—¡Oh! Gracias, pero creo que daré un paseo… más tarde.

Lillian parpadeó ante el silencio que siguió a sus palabras. No podía decir más claramente que no quería salir con él. Escuchó una blasfemia y el sonido de las botas de Rye en la piedra al alejarse.

Inmediatamente lo pensó mejor. ¿Y si su ofrecimiento lo había hecho como un símbolo de paz? No estaba muy segura, porque su abuela y su hermana no habían tenido muchos gestos así con ella.

Además, Rye no tenía por qué ser amable. De hecho, ya había demostrado que no se sentía obligado a serlo. De manera que su gesto quería decir que iba a tratarla mejor. Si él decidía ser más amable, ella quizá le respondiera de la misma manera.

Lillian abrió la puerta y salió.

—¿Rye? —El hombre estaba a punto de entrar en la cocina—. Creo que me gustaría ver las estrellas ahora, antes de que se haga demasiado tarde.

Rye se detuvo y se dio la vuelta.

—Vamos, entonces.

Lillian salió y cerró las puertas de su dormitorio. Después de estar acostumbrada a la luz del interior, la noche estaba tan oscura que apenas podía ver. Escuchó el sonido de las botas del ganadero sobre las losas de piedra y, a continuación, la tomaron del brazo.

La condujo hacia el fondo del patio, lejos de las luces de la piscina que iluminaban tenuemente el agua. Las otras luces de la casa eran las de la habitación de Lillian y una luz débil de la cocina. Lillian iba despacio, como asustada por algo.

—¿Qué pasa? —preguntó Rye, deteniéndose.

—No puedo ver bien.

—Tus ojos todavía no se han acostumbrado. Ciérralos un momento.

Ella vaciló un segundo y, luego, los cerró. Quiso apartarse de él y se relajó cuando Rye la soltó inmediatamente. El roce de su mano fuerte y dura sobre su piel había sido eléctrico.

Rye se apartó un poco y ella se relajó aún más. Finalmente, abrió los ojos y miró hacia arriba.

—¡Oh, Dios…! —exclamó en un susurro, al ver el cielo estrellado sobre su cabeza. Se giró lentamente, como intentando abarcar con los ojos la oscura cúpula.

—¿Sabes dónde está la Osa Mayor? —preguntó Rye, con una voz

ronca, casi sensual.

—Allí, con la Osa Menor y Venus.

Rye contempló el rostro de Lillian. Podía distinguir cada una de sus facciones, mientras ella señalaba algunas constelaciones. Lo hacía con un entusiasmo que envolvió a ambos.

—No puedo creer que sean tan brillantes aquí —susurró, admirada—. Y cómo hay tantas…

Lillian estaba tan absorta en las estrellas que no se dio cuenta al principio de lo cerca que estaba Rye de ella. Después de estar mirando hacia arriba un rato, estuvo a punto de perder el equilibrio y estiró una mano, buscando apoyo. Tocó el pecho de Rye.

—¡Oh! Lo sien…

Rye puso su mano sobre la de ella y ésta se volvió y miró su rostro en sombra. El pasó la otra mano por su cintura y la atrajo hacia sí. El calor de su cuerpo masculino pareció atravesar la ropa y quemarla.

Lillian notó que las rodillas se le aflojaban.

—Lo siento. Me he mareado al mirar hacia arriba tanto tiempo —explicó, tratando de apartarse de él.

Pero, en vez de soltarla, Rye la apretó más. Lillian lo miró sorprendida y muerta de miedo cuando intuyó que la iba a besar. Giró la cabeza en el último segundo y sus labios aterrizaron a un lado de su cuello.

Como si la piel suave de su cuello hubiera sido su primera intención, Rye apartó el pelo y comenzó a dar mordisquitos suaves allí. Lillian contuvo el aire al sentir que los mordisquitos se hacían cada vez más agresivos y pasionales.

Las sensaciones que la invadieron eran intensas. Notar la mano grande de él sobre su pecho hizo que su sangre pareciera volverse más espesa y dulce. Sorprendida por el placer que sentía, llevó las manos al pecho de Rye, y luego a sus hombros anchos para besar sus mejillas. Seguidamente, posó los labios en el cabello de Rye, luego en la oreja. Y entonces, notó que su corazón latía tan deprisa que iba a estallar dentro de su pecho.

De repente, necesitaba sentir su boca sobre la de ella. El deseo de experimentar, de nuevo, el maravilloso beso que había recibido de él la noche anterior la hizo casi agresiva.

—Por favor —suplicó, con una voz que apenas reconocía—. Por

favor, te necesito.

Lillian deslizó sus dedos entre su cabello y lo agarró para guiarlo hacia su boca.

Rye levantó la cabeza y sus labios se estrellaron contra la boca de Lillian. Al mismo tiempo, soltó sus pechos y la muchacha murmuró su disgusto. Entonces, cuando él se agachó para llevarla en brazos, estuvo a punto de desmayarse.

—Terminemos esto dentro —susurró Rye.

Un montón de emociones que Lillian apenas sabía identificar, estallaron dentro de ella. Alegría, lascivia, terror y amor se mezclaron, pero ella estaba demasiado aturdida para distinguirlas. Lo besó en la mandíbula, en las orejas, en el cuello, mientras él la llevaba en brazos.

Rye abrió la puerta de cristal que comunicaba el patio con su dormitorio y la cerró. Antes de llegar a la cama, se detuvo y la besó de nuevo. Pero esa vez sus labios eran más seductores que dominantes, más persuasivos que agresivos.

Lillian lo besó a su vez sin darse cuenta de que tenía las pestañas llenas de lágrimas o de que había desesperación en el modo de besarlo.

Para ella su cariño, su pasión, la convertía en una mujer. Le estaba diciendo con sus labios, con su cuerpo, con su sexualidad, que ella era deseable, incluso, quizá, atractiva. El hecho de que él fuera un hombre guapo y viril la hacía elevarse por encima de su sexualidad, siempre reprimida hasta entonces.

Y ese descubrimiento ensanchó su corazón. Lillian lo abrazó con fuerza e intentó responder a aquel beso con toda su alma.

Y, de repente, ella sintió que los besos acababan, que él, que jugaba con sus labios como si le costara separarse de ellos, iba a romper el contacto, que todo se iba a terminar.

Pensó que le habría enfadado de alguna manera. ¿Había estado demasiado apasionada? ¿O demasiado poco? Finalmente sintió la inmovilidad de él, la terrible quietud que precede a la tormenta.

Rye la dejó despacio en el suelo. Lillian lo soltó y se apartó cuando sus pies llegaron al suelo.

—¿Qué pasa? —preguntó temblando, aterrorizada de la posible respuesta de él.

—Todo.

Las palabras penetraron en su corazón con la precisión de la hoja de un cuchillo. Asintió, aunque la habitación estaba a oscuras y era probable que no la viera.

—Lo entiendo, nos conocemos hace poco más de veinticuatro horas. No es muy apropiado que pase nada tan rápidamente —dijo Lillian.

—Eso es, cariño. Si nos metiéramos en la cama ahora mismo, para mí sólo sería algo sexual; para ti, una boda en sociedad y un anillo de diamantes —declaró, tuteándola por vez primera.

Lillian contempló su rostro en sombra, sorprendida de lo inteligente que era, aunque sorprendida de ver lo confundido que estaba con ella.

—Así que, a menos que quieras meterte en esa cama y hacer el amor con un hombre que no te recordará una semana después de que te hayas ido, será mejor que vuelvas a tu dormitorio.

El silencio cayó sobre ellos como una lona que los separaba irremediablemente.

Lillian estaba humillada, avergonzada. Había estado a punto de desnudarse frente a un hombre que no sentía nada por ella. Había estado a punto de enamorarse de un hombre por el simple hecho de sentir sus manos sobre ella.

Era doloroso pensar que podía haber hecho el amor con él para, a la mañana siguiente, ser ignorada. Permaneció rígida, intentando borrar el dolor y la vergüenza que sentía por dentro. Tenía que hacerse fuerte, tenía que recuperar un poco de la dignidad que acababa de tirar por la borda.

—Gracias por dejarlo todo claro, señor Parrish. Y ahora creo que es mejor que vuelva a mi cuarto. Buenas noches.

Y se dio la vuelta con dificultad, como si fuera incapaz de moverse, para dirigirse hacia la puerta que conectaba ambos dormitorios. Incluso en la oscuridad, sintió sus ojos siguiendo cada paso que daba.

Entró en su dormitorio y cerró la puerta. Luego, se quedó un tiempo apoyada en ella, temblando.

* * *

Él quería haberla seducido y haberse demostrado a sí mismo que era inmune a ella.

El problema llegó cuando se dio cuenta de que Lillian era, evidentemente, virgen. Lo había descubierto por la manera en que lo había acariciado. Recordó el comentario de su hermana Rocky sobre la dificultad que tenía Lillian de conocer hombres. Quizá no hubiera tenido nunca novio.

No sería noble seducir a una mujer como ésa y luego rechazarla. No, aunque esa mujer fuera una copia exacta de su cruel madre.

Rye se desnudó y se tumbó en la cama, mientras intentaba pensar en los parecidos que su madre tenía con Lillian. Para su sorpresa, era Rocky y no Lillian quien más se parecía a Rena Parrish.

Capítulo 7

Lillian no durmió muy bien. Lo ocurrido con Rye la tuvo inquieta toda la noche. Recordó cada segundo bajo las estrellas y, luego, el horrible momento en que la había rechazado.

Le sorprendía que la hubiera besado de aquel modo y que luego le dijera que no significaba nada para él. Por eso era sorprendente, también, que hubiera mostrado la consideración de avisarla a tiempo.

El recuerdo de lo cerca que había estado de ofrecerse a él la hizo estremecerse. Era casi un desconocido y un anfitrión grosero y mal educado. ¿Cómo podía haber respondido a él de aquel modo?

A las siete de la mañana, Lillian se levantó y se vistió. Todavía seguía pensando en los acontecimientos pasados. ¿Por qué había respondido a Rye de aquella manera? ¿Intentaba encontrar cariño?

Por otro lado, ella nunca había experimentado una atracción así con ningún hombre. Él era la antítesis de los hombres educados y cultos que había conocido siempre.

¿Por eso la atraía? ¿Porque era masculino y arrogante? Mientras se arreglaba la cara y se cepillaba el pelo, se dio cuenta de que la prepotencia, la agresividad y la arrogancia, no eran necesariamente negativos para ella. Considerando la familia de la que ella procedía, era difícil que un hombre dócil y tranquilo la atrajera y mucho más que tuviera el carácter necesario para enfrentarse a Eugenia.

Lillian observó su reflejo. Sus pensamientos se detuvieron en su abuela. Eugenia se había enfadado mucho al saber los planes de boda de Rachel, pero ahora que ésta se negaba a volver a su casa y

que había revelado a Lillian la historia sobre su madre verdadera, el enfado de Eugenia sería mucho peor.

En lugar de intentar analizar las razones por las que se sentía fuertemente atraída por Rye, debería de pensar un poco más en lo que Rachel había dicho sobre las circunstancias de su nacimiento. Por otro lado, no estaba segura de si quería pensar mucho en aquello todavía, ya que Eugenia no se lo había confirmado.

Aunque sería un alivio pensar que la incapacidad que Margaret Renard había tenido para amarla, había sido debida a otras razones y no a que ella hubiera sido una niña rara. Si era cierto que Margaret se había visto obligada a aceptar a la hija de otra mujer, explicaría parte de la infancia desgraciada de Lillian. Explicaría la frialdad y el abandono de Margaret, los intentos de su padre de compensar aquello, el favoritismo de Eugenia hacia la hija legítima de la mujer con la que su hijo se había casado…

Los golpes que oyó en la puerta interrumpieron sus pensamientos.

—¿Sí?

—¿Está despierta, señorita Lilly? —dijo la voz de Joey.

El corazón de la muchacha saltó de alegría. ¿Cómo esperaba Rye que ella no hiciera caso a alguien que, como ella, era huésped en la misma casa? Lillian se acercó a la puerta y giró el pomo.

—Despierta y lista para el desayuno —declaró, con regocijo—. ¿Has comido tú ya?

—Sí, he comido con Rye, pero me tomaré un dónut mientras usted desayuna.

—¿Qué clase de dónut?

—Un dónut que engorda y es malo para los dientes, como dice mi tía Jenny.

Lillian soltó una carcajada y tomó a Joey por el hombro.

—Ah, entonces de los ricos.

¿Cómo podía ella ignorar a ese niño? Pensó, mientras iban los dos hacia la cocina, Joey sin dejar de hablar de lo que haría cuando Buster se recuperara.

Era evidente que echaba de menos el cariño de una mujer en su vida, aunque eso no significaba que la viera como un sustituto de su madre y fuera a sufrir cuando ella se marchara.

Desayunaron tranquilamente y Dovey les contó, mientras, que

Chad había vuelto a primeras horas de la mañana. Rachel no había vuelto ni había llamado. Dovey opinó que se habría quedado en un hotel de la ciudad, como había hecho otras veces, y preguntó a Lillian si quería las guías de teléfono para buscarla.

Lo que Lillian secretamente deseaba era que su impredecible hermana se hubiera ido al aeropuerto y hubiera tomado un vuelo a Nueva York. Seguramente, sabía que había atropellado a Buster y era lógico que hubiera pensado en la casa de su abuela, donde estaría bien protegida y escaparía de las consecuencias de sus actos. Eso simplificaría las cosas para todos.

La primera llamada que hizo después de desayunar fue al aeropuerto. Ninguna Rachel o Rocky Renard había hecho reservas o comprado un billete aquella mañana o el día anterior. A continuación, Lillian llamó a los seis hoteles y moteles que Dovey dijo que estaban a distancia razonable del rancho. En ninguno aparecía el nombre de Rachel.

Cuando terminó las llamadas, estaba preocupada. Raquel vivía de manera arriesgada y siempre pensaba que podía enfrentarse a cualquier situación. Por eso mismo, Lillian pensaba que podía estar en peligro. En estos tiempos eran frecuentes los asesinatos de mujeres, aunque a Rachel parecía no importarle.

Lillian se echó hacia atrás en la silla de madera y piel del despacho de Rye y trató de imaginar dónde podría estar su hermana. ¿Tendría amigos en la zona?

De repente, el teléfono sonó, sobresaltándola. Al parecer contestó Dovey, porque enseguida dejó de sonar. Lillian se levantó, cerró la guía de teléfonos y la dejó en la mesa. Luego, cuando iba a salir por la puerta, escuchó a Dovey.

—Es para usted, señorita Lillian. Es una llamada de larga distancia.

Lillian fue corriendo hacia el teléfono.

—Gracias, Dovey —dijo, nerviosa ante la idea de hablar con su abuela. Había llamado más temprano que lo que esperaba y, desgraciadamente, Rachel no estaba.

—Buenos días, abuela —comenzó a decir, intentando que su voz sonara tranquila y amable.

—¿Dónde está Rachel? —preguntó Eugenia, sin hacer caso a su saludo.

Parecía inevitable que su primer pensamiento fuese siempre Rachel. Lillian no hizo caso de su desaire.

—Como ya te dije ayer, Rachel se ha enfadado con mi visita. Abandonó el rancho poco después de hablar conmigo y todavía no ha vuelto. —Lillian no le contó a Eugenia que Rachel había atropellado al perro de Joey. A su abuela le daría igual ese detalle.

—¿Y dónde está? —quiso saber Eugenia.

Lillian se presionó la sien con dedos temblorosos. Eugenia estaba furiosa.

—Nadie parece saberlo. Yo he comprobado los hoteles y los moteles de la zona. Además, los Parrish son muy conocidos. Estoy segura de que, si hubiera pasado algo, nos lo habrían notificado inmediatamente.

A pesar de que no estaba segura de que fuera verdad lo que había dicho, quiso convencer a su abuela de que así era. Los hermanos Parrish tenían tanta influencia en esa región como su abuela en la suya.

—También he comprobado la posibilidad de que hubiera tomado un vuelo para regresar a casa para verte —añadió con tacto.

El silencio que mantenía su abuela le pesaba como una losa.

Cuando Eugenia habló finalmente, su voz sonó algo fría.

—Así que ayer manejaste la situación torpemente. Y, como resultado, la situación ha empeorado. Incluso Rachel ha desaparecido.

Lillian sintió la crítica como si le dieran una bofetada.

—Lo siento, abuela —se disculpó. Sintió que las palabras le amargaban la boca—. Rachel está resentida conmigo. Quizá hubiera sido mejor enviar a otra persona.

—No era posible enviar a nadie más —aseguró Eugenia—. Especialmente, cuando la joven Rachel necesitaba una representación gráfica de la importancia de ser desheredada. No se da cuenta de que el hecho de perder su privilegiado modo de vida podría ser desastroso para ella. Al fin y al cabo, el mundo es un lugar sombrío y cruel.

A Lillian se le contrajo el corazón. Presentía lo que se le venía encima. Eugenia siguió hablando como si le estuviera dictando una carta a un extraño.

—Yo creo que Rachel volverá a ser sensata cuando se dé cuenta

de lo difícil que es, para ti, no tener dinero ni recursos propios.

—¿Abuela? —dijo con voz apenas audible.

Eugenia continuó.

—A partir de este momento no disfrutarás de mi ayuda económica ni de ninguna otra.

Esa afirmación, expresada con total tranquilidad, hizo que le diera un vuelco el corazón. Era como si Eugenia no se diera cuenta del trauma que podía significar eso para su nieta.

—He cancelado tus tarjetas de crédito, además de abr cerrado tu cuenta bancaria. Tus ahorros e inversiones propias te han sido transferidos. En poco tiempo no tendrás ningún activo, hasta que cumplas los veinticinco. Para entonces, podrás disponer de los fondos que tu padre depositó para ti.

—Tus pertenencias personales, por supuesto, siguen siendo tuyas, incluyendo las joyas, así como el dinero y cheques de viaje que tengas ahora en tu poder. En unos pocos días te enviaré quinientos dólares. Eso será suficiente para que compres un billete de avión para que vayas adonde desees. Quizá tengas algún amigo al que puedas visitar para un tiempo indefinido. Luego, si yo fuese tú, empezaría a buscarme un marido, ya que quedan dos largos años hasta que cumplas los veinticinco.

Todo le estaba dando vueltas. Lillian apenas se podía mantener en pie. Se agarró firmemente al borde de la mesa. La voz culta de Eugenia continuó de un modo implacable.

—Sin embargo, si consigues que tu hermana rompa su compromiso y vuelva a Nueva York, tu situación puede mejorar. Pero te advierto que cuantos más días permanezca en Tejas, menos inclinada me sentiré a ser generosa contigo.

Lillian intentó sentarse en la silla que había junto al escritorio. Se sentía muy débil y trataba de calmar su agitado corazón. El miedo le hacía sentir náuseas.

—Mientras tanto, subsistirás con tus propios medios, igual que lo tendrá que hacer Rachel si persiste en no entrar en razón. El detective que he contratado se lo dejará claro cuando la encuentre. A propósito —añadió Eugenia—, tu hermana se ha registrado con el absurdo nombre de Smythe, lo que explica que no la pudieras encontrar.

Lillian cerró los ojos con fuerza. Eugenia había sabido todo el

tiempo dónde estaba su favorita. Pensó con amargura que debería haberlo sabido. El dolor que sentía era tan intenso que apenas podía aguantarlo.

La voz enérgica de Eugenia la volvió en sí.

—Lillian, ¿estás ahí? A menos que me indiques alguna dirección, enviaré tus cosas a…

—¿Es verdad lo que dijo Rachel acerca de mi madre? —le interrumpió. Eugenia, seguramente, estaba a punto de poner fin a la conversación. Pero no debía de hacerlo antes de aclarar ciertas cosas a Lillian—. Seguramente deberías responder unas cuantas preguntas antes de… —Se le quebró la voz con la emoción.

Hubo un silencio tenso.

—Tu padre tuvo una aventura con una inútil dependienta el mismo año que se casó con Margaret. Yo la pagué para que se fuera, ella aceptó el dinero, pero te envió a tu padre y se quedó en Nueva York el tiempo preciso para arreglar la delegación de tu tutelaje. Una vez se arregló el asunto legal, tu padre insistió en traerte con nosotros. Te presentó a Margaret y a mí, con la orden de que te aceptáramos en la familia, lo que enfadó tanto a Margaret que perdió el hijo que estaba esperando.

—¿Cómo se llamaba mi madre? —quiso saber Lillian.

—Eso no importa ya, Lillian —dijo, algo crispada—. No tenía familia y falleció hace tiempo.

Eugenia hizo una pausa, como para cambiar de tema, pero Lillian ya había oído suficiente; así que colgó el auriculas.

Luego, apoyó los codos en el escritorio y descansó la frente sobre la palma de las manos. La cabeza le daba vueltas y le dolía todo el cuerpo.

¿Qué iba a hacer? ¿Cómo iba a vivir? Se avergonzó de lo poco preparada que estaba para subsistir por su cuenta. La había dejado destrozada saber que no significaba nada para su abuela. Que sólo quería utilizarla para darle una lección a Rachel.

En ese momento, Lillian se sintió como la más insignificante y atemorizada criatura del planeta; estaba desesperada y sola.

* * *

Su cabeza comenzó a funcionar de nuevo. Tenía que hacer algo; pensar algún plan. Se dirigió apresurada hacia su habitación para recoger su bolso. Volcó su contenido sobre la cama para comprobar cuánto dinero había en su cartera. Las tarjetas de crédito ya no le servían, pero tenía trescientos dólares en cheques de viaje. Con los quinientos que le enviaría Eugenia dentro de unos días y el dinero en metálico que le quedaba, tenía algo menos de mil dólares.

Mil dólares, esa cantidad sólo serviría para tirar unos pocos días en Nueva York. Por fortuna, había lugares más baratos para vivir. Una pequeña ciudad de Tejas, por ejemplo. Controlando los gastos, mil dólares podían servirle para unas semanas.

Se llevó la cartera al estudio. Abrió la guía telefónica, y llamó a algunos moteles para preguntar sus tarifas. Eligió uno de los más baratos y reservó una habitación. El motel no tendría por qué saber que la tarjeta de crédito, cuyo número había dicho, había sido cancelada, ya que ella pagaría la habitación en metálico.

Una vez hecho esto, volvió a la habitación para hacer el equipaje. Se empezaba a sentir algo mejor, pero le temblaban las manos cuando sacó las maletas fuera del armario. La botella de coñac añejo que había traído como regalo para sus anfitriones, todavía estaba en la caja de madera que ella había envuelto con papel azul brillante. Lo único que faltaba era añadirle el lazo que traía para sujetar la tarjeta de agradecimiento que solía escribir cuando abandonaba una casa a la que había sido invitada.

Lillian se sentó a escribir una nota. Estaba tan cansada que la letra era apenas legible. Las lágrimas asomaron a sus ojos, pero no quiso dejarlas brotar. No iba a llorar, al menos en ese momento.

Todavía quedaban demasiadas cosas por hacer.

Eran casi las diez de la mañana cuando terminó de hacer el equipaje y de preparar el regalo con la nota, estaba ya dispuesta a llevar las maletas hasta la puerta principal cuando oyó un golpe en el cristal de la puerta de estilo francés.

Como había abierto las cortinas aquella mañana, antes de desayunar, para disfrutar de la vista del patio, cualquiera que hubiera andado por los alrededores podría haber visto lo que ella estaba haciendo. Había estado tan preocupada pensando en lo que iba a hacer que no había reparado en la cortinas en absoluto.

Vio a Rye de pie en la puerta, con la mirada fija en las maletas

puestas sobre la cama. Lillian se lo quedó mirando, sin sorprenderse cuando abrió la puerta y entró sin esperar a que ella le diera permiso.

Sin decirle ni una palabra, se dirigió hacia la cómoda donde ella había dejado el regalo con la nota. Tomó la nota, la leyó y la arrojó encima de la cómoda. Luego se giró hacia ella, la miró a los ojos con tal intensidad que le pareció que podía leer en su alma.

—Así que se va.

Lillian se quedó de pie, tan tensa que sintió que le dolía todo el cuerpo.

—Sí. Así es. Mi ab… Eugenia llamó. Rachel se ha quedado en un motel en la ciudad. Yo he reservado una habitación y, ahora, necesito un vehículo para trasladarme. ¿Podría conseguirme uno?

—¿Significa eso que se ha roto el compromiso?

A pesar de que su expresión era severa, el leve brillo de sus ojos reflejaba su alegría.

Lillian negó con la cabeza.

—No lo sé, todavía —se encogió de hombros—. Aunque no creo que pueda ir más lejos. Rachel será desheredada si se casa. No creo que ella se atreva a eso. Además, su hermano no es hombre para ella, y no es que haya nada malo en él. Parece agradable.

Lillian paró y se mordió la lengua. Comenzó a balbucear. Rye la miró frunciendo el ceño.

—¿Qué hay en la caja?

—Coñac. No me acuerdo de qué marca.

Sus ojos se apartaron de la cara de ella como si hubiera visto algo y no supiera lo que era.

—Le estoy agradecido.

Lillian sintió que sus nervios estaban a punto de estallar.

—Gracias por haberme acogido.

Él seguía con la mirada fija en ella, como si sospechara algo, fijándose en sus puños cerrados o en cómo le temblaba el labio inferior.

—¿Está lista para salir?

Ella asintió, apartando la vista de él. Se dio cuenta de que la invadía la torpeza habitual de las ocasiones en que estaba en dificultades, se dirigió hacia la cama y recogió una maleta de tamaño mediano.

Pero Rye estaba ya a su lado y se la quitó.

—Puede llevar su bolso y una maleta pequeña.

Dicho esto, fue a recoger el resto del equipaje, obligándola a separarse para que no chocaran. Ella tomó una maleta pequeña y su bolso y se adelantó a él para abrirle la puerta. Cuando la alcanzaron, ella la abrió, pero él le dijo que se detuviera.

—Quizá quiera despedirse de Dovey y el chico. Chad no está por aquí en estos momentos, pero ellos están en el patio.

El simple recuerdo de esa pequeña cortesía la asustó, no estaba lo bastante bien para darse cuenta de que debía de comportarse con educación, pero lo haría de un modo automático.

—Por supuesto. Tardaré un minuto —dejó el bolso y la maleta, dirigiéndose a la cocina; luego, salió al patio.

Dovey y Joey estaban comiendo grandes mazorcas. Al oír la puerta, miraron en su dirección.

—Hola, Lilly —le saludó Joey—. ¿Quieres una mazorca?

Lillian les sonrió, esperando que ninguno de ellos la mirara de la forma que lo había hecho Rye, como adivinando lo que ella sentía.

—No suelo comer así el maíz —le contestó. De hecho, sólo había comido maíz una vez en su vida y no en casa de Eugenia, claro está.

—Entonces, debería probarlo —le dijo Dovey, complicando lo que ella quería que fuera una breve despedida.

Dijo que no con la cabeza con verdadero pesar.

—Estoy segura de que así es; sobre todo, con lo bien que cocinas. Pero tengo que irme.

Dovey la miró y asintió.

—Me imaginé que la llamada de su abuela era importante.

Lillian sintió que los ojos la escocían.

—Lo era. Quería daros las gracias por vuestra hospitalidad y felicitarte otra vez por tus comidas. Han sido maravillosas.

Luego miró a Joey que estaba de pie, observándola en silencio.

—Y contigo me he divertido mucho desayunando esta mañana, Joey. Siento no estar aquí para ver a Buster cuando vuelva a casa, pero estoy segura que se recuperará completamente. Y tú cuidarás de él hasta que así sea, ¿no es así?

—Así es. Adiós, señorita Lilly.

La cara del niño fue un verdadero consuelo para su dolido corazón.

—Adiós, Joey —evitó volverse hacia Dovey para decirle adiós porque, de pronto, sintió que no podía hablar.

Se dio la vuelta y escapó hacia la cocina. Se dirigió a la puerta principal. Una vez allí, se detuvo para arreglarse un poco. Ya no estaban ni el bolso ni la maleta, así que no tenía excusas para permanecer allí más tiempo. Salió, cerrando la puerta detrás de ella.

* * *

Rye la llevó al motel que ella le había dicho y esperó en el coche hasta que se registró y volvió con la llave de la habitación. A pesar de que ella quería que Rye se creyera que había quedado con su hermana allí, sabía que él se daría cuenta de que Rachel nunca había ido a un sitio tan barato como ése.

Aunque, como él no dijo nada y la acompañó con el equipaje hasta la puerta, ella empezó a pensar que no sospechaba nada. Sin embargo, una vez allí, se giró hacia ella con el rostro contraído y la mirada fija en ella.

—Gracias por traerme a la ciudad —le dijo tranquilamente, esperando que él se marchara.

—¿Dónde está Rachel?

La pregunta le hizo sentir un escalofrío.

—¿Quién sabe? —contestó, encogiéndose de hombros—. Como tiene coche, habrá salido a dar una vuelta. Seguro que vuelve pronto.

Rye se acercó a ella lentamente. Los ojos le brillaban. Seguro que sospechaba algo. Ella apartó la mirada, mientras trataba de tranquilizarse.

No debía dejarle descubrir que la habían desheredado. Por lo menos, no en ese momento. No deseaba que nadie se apenara por ella y no podía dejar que él pensara que ella esperaba ayuda de su parte, debido a que estaba en su casa cuando la noticia había llegado.

Esperó hasta el último momento, hasta que él se paró justo delante de ella, antes de mirarlo y tenderle la mano para despedirse.

—Gracias de nuevo —dijo, intentando mantener una sonrisa en

sus labios—. Ha sido muy amable al alojarme en su casa y al traerme a la ciudad, cargando mi equipaje.

Lillian se calló antes de comenzar a balbucear. Estaba a punto de derrumbarse. La invadían el miedo y el dolor.

La repentina impresión de que Rye Parrish representaba cierta seguridad para ella la dolió internamente, estaba más asustada de lo que había estado en toda su vida; el descubrimiento de las circunstancias de su nacimiento y el rechazo de su familia le destrozaban el corazón, pero no podía dejar que ese hombre lo descubriera.

A pesar de que la necesidad de conseguir la ayuda y la protección de alguien comenzaba a ser demasiado fuerte como para contenerla, no podía dejar que ese alguien fuera Rye.

Además, quizá él no sintiera ninguna pena por ella. A lo mejor la despreciaba o se burlaba de su confesión. Se daba cuenta de que él había hecho demasiados comentarios negativos acerca de su clase como para arriesgarse.

Al sentir su pequeña y fría mano envuelta por el calor de la de él le dio un sobresalto. Casi se había olvidado de que se la había ofrecido para despedirse. Intentó retroceder, pero la mano que él tenía libre la tomó por la espalda y la sujetó suavemente.

Se inclino hacia ella. Lillian se quedó algo tensa, sin poder creérselo, con los ojos muy abiertos, mirándolo a la cara, hasta que sintió su aliento sobre los labios. Cerró los ojos, mientras la boca de él se posaba suavemente sobre la suya.

Él se retiró demasiado rápido y ella se quedó inclinada hacia él sin poder mantener el equilibrio.

—Adiós, Lilly —le dijo—. No vuelvas a Tejas.

Y se marchó, rozándola al salir de la habitación, sin que ella pudiera recuperar el aliento. El ruido de la puerta al cerrarse la sobresaltó.

Se dirigió a la ventana y observó cómo se marchaba, sin poder apartar los ojos hasta que desapareció.

Capítulo 8

Lillian no podía dejar de pensar en que tenía que hacer un plan para sobrevivir. Tan pronto como deshizo las maletas para que no se arrugara la ropa, salió de su habitación para adentrarse en el opresivo calor de la ciudad. Fue al quiosco que había al lado del motel, compró un periódico y volvió a la habitación para buscar en los anuncios de ofertas de trabajo.

No tenía ni idea de lo que podría hacer para mantenerse, ya que nunca había tenido que preocuparse de eso. Sabía utilizar el ordenador y tenía nociones de mecanografía, pero no tenía experiencia en ninguna otra tarea que tuviera que realizar una secretaria. Había hecho algún trabajo como voluntaria, pero eso se limitaba a ayudar a organizar funciones benéficas. No sabía cómo podía conseguir que esas habilidades le sirvieran para conseguir un trabajo.

Los anuncios de ofertas de trabajo ocupaban dos columnas y media dentro del fino periódico, pero casi todos se referían a trabajos relacionados con la agricultura. Pensó en diferentes posibilidades, para decidirse, finalmente, a buscar en el periódico la sección de alquileres de habitaciones o apartamentos. Tampoco allí encontró demasiada oferta.

Luego, se puso a buscar el listín de teléfonos por los cajones de la habitación, para intentar buscar otro tipo de trabajo; finalmente, decidió buscar en las Páginas Amarillas. Era ya por la tarde cuando se puso a llamar por teléfono a varios sitios.

A las siete, la preocupación y la inquietud la llevaron a salir de

la habitación. Había refrescado. A pesar de que ya había pasado la hora de comer, no tenía nada de hambre. Todavía quedaban dos horas de sol, así que decidió dar un paseo por la pequeña ciudad para relajarse un poco y prepararse para tomar más decisiones.

Al día siguiente encontraría un trabajo y un lugar para vivir. Y si no era al día siguiente, sería al otro. Se esforzó por mantener la calma y ser optimista. La gente solía encontrar trabajo, alquilar apartamentos y hacer todo por sí misma.

Ella también podría hacerlo. Ella tenía que hacerlo.

* * *

Era como si estuviera gafada.

Durante lo tres días siguientes, echó instancias en cuatro oficinas y fue entrevistada para dos vacantes, había mirado en todos los restaurante y bares por los que había pasado para buscar trabajo como camarera, pero en ningún sitio había vacantes. También había buscado empleo en uno de los dos bancos de la ciudad, y nada.

Al final del cuarto día se encontraba terriblemente preocupada. Además, el motel, por barato que fuese, le costaba bastante dinero. Eugenia todavía no le había enviado los quinientos dólares; Lillian llamaba dos veces al día al despacho local de la Western Union para comprobarlo. A propósito, también había buscado trabajo en los tres moteles de la ciudad, incluido el suyo, y tampoco había habido suerte.

Era viernes, el último día laborable de la semana. Si no encontraba nada, tendría que esperar todo el fin de semana antes de ponerse a buscar de nuevo. A la siete de la mañana se dirigió al quiosco para comprar el periódico, y luego volvió corriendo a su habitación con él.

Se le vino el alma al suelo cuando vio que no había ninguna oferta de trabajo nueva, había echado instancias en todos, salvo en los relacionados con la agricultura y otro, que decía así:

Se necesita chica que sirva comidas, bebida y sonrisas en un popular club nocturno. Ayuda que seas maravillosa,

pero nos conformamos que seas honrada, trabajadora y educada con los clientes. Contactar con Roy o Louise en el Uncle
Pepper's
Country Music Revue; todas las tardes.

Un club nocturno. Por lo que ella sabía, esos sitios no eran muy respetables. Más bien eran bares donde había peleas entre borrachos y redadas de policía. Casi ninguna mujer iría a un lugar de ese estilo y, mucho menos, trabajaría allí.

Además, era fácil que la descubrieran trabajando en el club. Rachel frecuentaba los bares; quizá, también lo hacían Rye y Chad. Si ya la avergonzaba el hecho de haber sido desheredada, mucho más lo haría el que la descubrieran trabajando en un antro de ese estilo.

Apoyó la frente sobre sus manos y se quedó mirando fijamente el anuncio. Nadie más podía contratarla. A decir verdad, una extraña en la ciudad, al filo de los veintitrés años, difícilmente iba a conseguir otro tipo de trabajo, así que no estaba en condiciones de despreciar ninguna oferta.

«Si consigues que tu hermana rompa su compromiso y vuelva a Nueva York, tu situación puede mejorar. Pero te advierto que cuantos más días permanezca en Tejas, menos inclinada me sentiré a ser generosa contigo… Tu padre tuvo una aventura con una inútil dependienta…».

Lillian luchó consigo misma durante unos instantes, al volverle a impactar el recuerdo de esas palabras. Eugenia había expresado sus sentimientos de un modo brutalmente claro. No sólo quería que Lillian devolviese a Rachel a Nueva York, también deseaba desahogar su rabia por el escándalo con su otra nieta, a la que tenía que haber soportado tantos años. Una mujer que guarda rencor a alguien, al que tuvo que ayudar cuando era una niña desvalida, durante tantos años, no es fácil que se pudiera ablandar más tarde.

Lillian se obligó a releer el anuncio. El orgullo solo lo podía tener la gente con dinero. A pesar de que podría acceder al dinero de su padre dentro de dos años, en estos momentos tenía menos de trescientos dólares. Porque no creía que Eugenia le mandara ya los quinientos dólares que le había prometido. Por lo que se quedaría

sin dinero antes de cobrar su primer sueldo.

La desesperación la ayudó a decidirse. Se había fijado en el Uncle
Pepper's
yendo por la autopista. Era un gran edificio, con la mitad de él restaurada, que se notaba que tenía ya sus años. El letrero, al estilo de Las Vegas, estaba situado en lo alto de la parte restaurada: *Smokey Rose en directo este viernes y sábado por la noche*. No sólo era uno de los edificios más grandes de la ciudad y sus alrededores, sino que tenía un enorme aparcamiento de arena. Quizá no fuese tan malo como parecía.

Lo bueno de trabajar de noche era que tendría los días libres para buscar algo mejor. Además, si el sitio tenía una buena clientela de gente la mitad de generosa que los que se movían en el círculo de los Renard, seguramente ganaría bastante más del salario mínimo.

Lillian volvió a buscar en las Páginas Amarillas, por si se le había pasado algún posible trabajo. Al final, tuvo que aceptar que no le quedaba otra elección. Fue un largo y bochornoso paseo el que dio hasta la autopista.

* * *

Rye terminó de trabajar hacia las seis. Joey estaba en la casa de un vecino y se quedaría a dormir con sus hijos, así que tenía toda la noche del sábado para él. La estridente voz femenina que provenía del patio le puso de mal humor.

—Ya sabes que odio esa forma de hablar, propia de un vaquero —estaba diciendo Rocky.

Rocky había vuelto al rancho el día después de que él llevara a Lillian a la ciudad. Había intentado hacerles creer que no sabía que había atropellado a Buster. Cuando Chad se enfrentó a ella, por mentirosa, Rocky se puso a llorar y a gritar.

Desde entonces, no habían parado de pelearse. Y siempre que se enfadaban, ella trataba de apartar a Chad de su trabajo y de conseguir que sólo estuviera pendiente de ella. Afortunadamente, Chad estaba empezando a cansarse de todo eso.

Dentro de poco, Rocky saldría de su vida. De hecho, no sabía por qué Rocky seguía aguantando allí. Odiaba el rancho, odiaba estar alejada del mundo civilizado y de la cultura; palabras extrañas, proviniendo de una muchacha que disfrutaba con los tacos y las vulgaridades.

El hecho de que ella y Lillian fueran sólo medio hermanas, explicaba que fueran tan diferentes.

Al acudir esos pensamientos a su mente, comenzó a acordarse de Lillian. Podía sentir aún la suavidad de sus labios cuando él la besó para despedirse, podía sentir el femenino temblor de su mano cuando la tomó entre las suyas.

Recordó sus ojos, tan grandes y de un azul trágico, aquel día.

No podía entender de dónde provenía la tragedia. Seguro que no del hecho de abandonar el rancho Parrish, ya que su estancia allí había sido una pesadilla. El modo en el que se había comportado él con ella, criticándola, al principio, y sin poder quitarle las manos de encima después.

A pesar de que había presentido que había algo que no marchaba bien, el día que la llevó a la ciudad, la había dejado marchar de todas maneras. Sin embargo, no sabía que podía significar una tragedia para una chica que había estado mimada toda su vida. Además, aunque se comportara de un modo distinto al que él esperaba, el estilo de vida y valores de ella eran totalmente distintos de los suyos.

Actualmente, Lillian estaría ya de vuelta en Nueva York, de vuelta a su inútil y superficial estilo de vida. Había sido algo cruel con ella al decirle que no volviera a Tejas; en realidad, lo que quería haber dicho es que Tejas no era lugar para ella y que él prefería que así fuera.

Se avergonzó al confesarse a sí mismo que esa preferencia se debía a que, ella, era una tentación para él.

Algo impaciente, se apartó de la mesa y se levantó. No había ido al Uncle
Pepper’s
desde hacía algunas semanas. Quizá, lo que necesitaba era salir más y encontrar a una chica especial.

A pesar de que no solía buscar esposa en los bares, el Uncle
Pepper’s

era diferente. Era el único sitio decente que los solteros podían encontrar en cientos de millas; además, había bandas de música *country* que tocaban en directo y se podía bailar. Todo el mundo iba allí, y todo el mundo se lo pasaba bien.

Necesitaba pasar un buen rato para olvidarse de las cosas que habían sucedido últimamente. Si la noche fuese especialmente buena, conocería a alguna chica. Ese tipo de chica que le haría olvidarse de Lillian Renard en cuanto la sacara a bailar.

* * *

-¡Ahora llévalo, Lil!

Louise Pepper, el copropietario del Uncle
Pepper's
, le sonrió y levantó su pulgar, mientras ella gritaba para hacerse oír por encima de la música *country*.

Lillian sonrió a su jefe, pero toda su atención se centraba en la bandeja de bebidas que no paraba de balancearse a medida que se separaba de la barra y avanzaba entre la multitud. La mesa a la que se dirigía parecía estar a kilómetros de distancia.

Como era nueva, le habían asignado el área de mesas peor, la más alejada de la cocina y la barra. Como no tenía experiencia, dos de sus compañeros la estaban ayudando a cubrir su área.

Lillian se sentía algo frustrada por su lentitud, por su desconocimiento de los precios de bebidas y comidas y porque, al estar la música demasiado alta, tenía problemas para entenderse con los clientes. Louise le aseguró que pronto se acostumbraría a leer en los labios de la gente y a memorizar los pedidos.

Mientras tanto, se mareaba con la cantidad de clientes que entraban. A veces había tantos que le era difícil caminar entre ellos con la bandeja. Si no hubiera ido el día anterior a familiarizarse con el lugar, se habría perdido la primera noche.

El viernes por la noche, al marcharse a casa, se había llevado la lista de precios para aprendérsela de memoria. Pero al día siguiente, justo antes de empezar a trabajar, Louise le había informado de un par de cambios: dos productos cambiaban el precio y había que añadir tres productos nuevos. Lillian ya había cobrado a un cliente,

antes de saber el nuevo precio, y había tenido que poner la diferencia de su bolsillo.

Le volvió a pasar lo mismo dos veces más. La última esbozó una sonrisa y trató de no enfadarse. Dejó la bandeja llena de copas en una mesa donde había tres parejas, y pensó que era lo único que había hecho bien en toda la noche. Tomó el dinero y les cobró rápidamente, dándoles las gracias cuando ellos le dejaron una propina generosa.

La cantidad de propinas que iba recibiendo la animaron. Continuó hacia otras dos mesas para preguntarles qué querían, antes de volver a la barra.

* * *

Rye contempló a la rubia que había al otro lado de la sala. Unos amigos suyos le habían dicho que era la camarera nueva. Un grupo de música, Smokey Rose, tocaba en ese momento y el lugar estaba abarrotado. Había tanto humo y la distancia era tan grande, además de la gente, que no pudo verla bien para formarse una opinión.

Se acercaría más tarde. En ese momento, Sheila Barnett, una de las solteras más guapas del lugar, estaba sentada en una mesa cercana con unas amigas. Era maestra y la hija de un ganadero. Por lo tanto, nacida en el lugar que Rye amaba y educada en los mismos valores que él. Era la mujer perfecta.

Rye la sacó a bailar, pero cuando llegaron a la pista y la tomó en sus brazos, se dio cuenta de que no tenía ningún interés en ella. Le molestó darse cuenta de que, de repente, prefería las rubias. Sí, le gustaban las rubias discretas, que no eran tan seguras como esa morena alta y atractiva que se pegaba a él con una familiaridad que le dejó frío.

* * *

A eso de la media noche, la clientela del Uncle Pepper's

comenzó a disminuir. Rye consiguió para entonces un sitio en la parte de la que se encargaba la nueva camarera. Aunque estaba más cerca de ella en ese momento, siempre que conseguía verla, estaba de espaldas.

Así que disfrutó contemplando la espalda. Era pequeña y la ropa que llevaba resaltaba su silueta contorneada.

A pesar del estilo informal y provocativo de la ropa, ella la llevaba con una majestad y estilo indudables. Caminaba con la dignidad y el encanto de una universitaria, pero los mechones de pelo rubio que se escapaban de su moño, sugería una femineidad que llamó la atención de Rye. Le recordó a Lillian.

De repente, se enfadó consigo mismo y, justo en ese momento, cuando iba a mirar hacia otro lado, ella giró la cabeza y mostró su perfil. La impresión fue como un puñetazo en el estómago.

No se dio cuenta de que se había medio levantado para verla mejor, hasta que uno de sus amigos hizo un comentario.

—¿Qué, mirando a la nueva camarera? Se llama Lilly.

Rye miró a su amigo.

—¿Qué?

—Lilly. Es de Nueva York —repitió Will, desde el otro lado de la mesa—. Así que todavía no sabe lo que hace, pero hemos votado por perdonarla, porque es muy guapa y dulce.

Rye se quedó mirando a su amigo y se sentó despacio.

Will hizo un gesto en la dirección de Lillian y Rye miró hacia ella.

—Aquí viene. Llámala y pide otra ronda —sugirió Will.

Rye observó a Lillian haciéndose paso entre las mesas. Llevaba unos pendientes de plata y turquesa y su rostro estaba perfectamente maquillado, aunque no a la manera discreta y clásica que él había conocido.

En ese momento, para disgusto de Rye, sus pestañas estaban cubiertas de rimel negro. Llevaba sombra de ojos azul y colorete, el color de los labios era tan rojo como su blusa y realzaba la forma de su boca. Parecía mayor, mucho más atractiva, y él, sin saber por qué, estaba furioso.

No se daba cuenta de que la había tomado por la cintura al pasar, hasta que ella se detuvo bruscamente y sus ojos azules se encontraron con los de él. Fue entonces cuando Rye vio el

cansancio en sus ojos y la sorpresa al reconocerlo. El color de sus mejillas se hizo más intenso, por debajo del maquillaje.

Intentó soltarse de él, pero éste no la dejó ir. En vez de ello, la acercó más y, mientras la miraba, observaba los cambios que se producían en ella.

Lillian primero se sintió aturdida, luego atemorizada. Ése era el momento que ella había temido. Había confiado en que Uncle Pepper's fuera lo suficientemente grande como para pasar desapercibida. Además, el maquillaje que Louise le había sugerido era tan poco habitual en ella, que había pensado que incluso sería como un disfraz.

Pero al ver la mirada enfadada de Rye, supo que no había ninguna esperanza de poder engañarle. La atracción entre ellos era demasiado fuerte. No entendía lo que pasaba, no entendía su intensidad. Pero allí estaba, tan real y fuerte como la mano que agarraba su cintura. Por primera vez en toda la noche, se alegró de que el grupo de música tocara tan alto.

—¿Qué le pongo? —le preguntó, con alivio de saber que el temblor en su voz no podría notarse con el ruido del local.

—¿Qué está haciendo aquí? —preguntó Rye, con el ceño fruncido.

—Estoy trabajando. ¿Qué le pongo?

—Puedes traernos otra ronda de cervezas, Lilly —dijo Will, gritando.

Lillian volvió la cabeza y sonrió al vaquero.

—Ahora mismo.

Contó rápidamente el número de hombres que había en la mesa y se giró para marcharse. Pero Rye no la dejaba ir. Lillian se sonrojó y forzó una sonrisa a los demás que parecían hipnotizados por el silencio entre ella y Rye.

—Por favor, tengo que ir por las bebidas.

Como si no quisiera dejar que se marchara, la soltó despacio. Nada más hacerlo, ella salió corriendo hacia la barra. Cuando volvió con las cervezas, Rye contempló, con una mueca, cómo ponía las jarras frente a cada uno de los hombres. Will pagó la ronda con un billete y le dijo que se quedara con el cambio. Lillian le dio las gracias y se marchó apresuradamente.

Después de eso, la expresión del rostro de Rye parecía de piedra. Como estaba en la zona que ella tenía que atender, podía verla continuamente. De manera que Lillian le pilló varias veces observándola.

Cuando se marchó, Lillian se sintió aliviada. Poco después, el grupo de música terminó de tocar y Roy anunció que iban a cerrar en breve. Cuando el último cliente salió por la puerta, Lillian estaba tan cansada que apenas podía ver con claridad.

Le dolían los pies y los tenía hinchados. Le dolía la cabeza y los ojos le picaban del humo de los cigarrillos. La ropa le olía a tabaco, a comida y a alcohol, y deseaba darse una ducha lo antes posible.

Afortunadamente, después de que Louise la hubiera contratado, ella le había preguntado si sabía de habitaciones o apartamentos que alquilaran. Louise le había enseñado un apartamento amueblado que había encima del club y a Lillian le había parecido bien.

Los muebles era baratos y los electrodomésticos también, pero funcionaban perfectamente y todo estaba bastante limpio. Impaciente por cambiarse allí, había hecho dos viajes aquella mañana para llevar sus cosas desde el motel, luego había comprado un juego de sábanas y toallas, una manta, una almohada y detergente para la ropa.

Salió deprisa, con la imagen de las sábanas limpias de su cama en el segundo piso. El aparcamiento estaba todavía iluminado y había algunos clientes que todavía no se habían ido, así que no tenía miedo de que nadie la molestara a pesar de la hora tardía.

Llevaba únicamente andados unos cuantos pasos, después de cerrar la puerta del club nocturno, cuando vio una furgoneta aparcada justo donde arrancaban las escaleras que iban a su apartamento. Apoyado en ella, un vaquero alto con los brazos cruzados, parecía esperar. El sombrero le tapaba la cara, pero cuando la vio y se incorporó, supo que era Rye.

Lillian se puso tensa. Se sentía tan atraída por él que le alegró que la esperara, pero, por otro lado, estaba tan avergonzada de su situación que en ese momento prefería no verlo. Además, parecía enfadado en el club nocturno. ¿Qué podría querer? Como la bloqueaba el camino, tuvo que parar al llegar a su altura.

—Hay un restaurante abierto toda la noche cerca —refunfuñó.

Si era una invitación, lo había hecho de una manera grosera. De repente, no pudo mirarlo a los ojos, pero intuyó que Rye trataba de disculparse en cierto modo por su comportamiento anterior.

—Lo siento —dijo ella, esquivándolo para intentar seguir su camino.

Él la agarró suavemente y ella se detuvo.

—Ha pasado algo, ¿verdad?

La pregunta hizo que estallara en ella una explosión de emociones. Si hubiera dicho algo desagradable, ella podría haberlo soportado. Pero sentir su mano agarrándola suavemente y escuchar la preocupación en su voz, grave y dura, la hizo estremecerse y perder el control severo que normalmente ejercía sobre sí misma.

Tardó unos segundos en recuperarse y poder contestar.

—La otra noche me dijo que me olvidaría en una semana —dijo, incapaz de evitar que su voz se hiciera más aguda y temblorosa con cada palabra—. Desearía que lo hiciera.

Los dedos de él acariciaron su brazo y se apretaron con más fuerza. Ella trató de no hacer caso de las sensaciones que le provocaba, pero era imposible.

—Tenemos que hablar. Déjame que te invite a desayunar —dijo, tuteándola.

—Quizá no tenga hambre —respondió ella, desafiante—. Y estoy cansada. Mi ropa huele mal, yo huelo…

—Entonces, dúchate rápidamente y cámbiate de ropa. Te esperaré. Vamos, Lilly —añadió.

Lillian quena negarse, pero él estaba tan cerca, que podía sentir su aliento caliente sobre la cara.

—Por favor —insistió.

Ella apartó la mejilla de sus labios. Todavía podía pensar con claridad.

—¿Por qué?

—Me gustaría hablar contigo.

—No sé si tenemos algo más que decir —aseguró en voz baja.

—Podemos desayunar. ¿Dónde vas? ¿Al motel?

Lillian hizo un gesto negativo con la cabeza, un tanto remisa a revelar dónde vivía.

—Arriba. He alquilado el apartamento del segundo piso.

Notó que Rye se ponía rígido, notó su disgusto.

—No lo apruebas tampoco —dijo, apartándose—. Creo que es mejor que olvidemos lo del desayuno. Adiós.

Él volvió a agarrarla del brazo.

—Lo siento.

La sinceridad de sus palabras hizo que lo mirara de nuevo. Buscó sus ojos en la sombra, bajo el ala del sombrero.

—No dices eso muy a menudo.

—No.

La aceptación cayó sobre ellos. Lillian contempló los rasgos duros de su rostro, la fijeza de su mirada. Era un hombre duro y orgulloso. También era rígido en sus pensamientos, como ella. Antes de ponerse a trabajar allí, ella tenía sus propias opiniones sobre los clubes nocturnos y el tipo de mujeres que trabajaban allí. Sabía que su elección había sido peligrosa, que no quería trabajar en un bar y, menos, vivir encima de uno. ¿Pensaría él lo mismo?

—Estoy cansada. Si no me recupero con la ducha, tendrás que ir a desayunar solo —dijo, viendo que los labios de Rye se torcían en una mueca—. También puedo cambiar de opinión por otras razones —añadió.

—Puedes.

Se quedaron un momento mirándose el uno al otro, luego se dio la vuelta y fue hacia las escaleras. Rye la siguió y, en el último momento, la sobrepasó para abrirle la puerta.

Una vez dentro, Lillian encendió la lámpara del pequeño salón y dejó el bolso en la mesa de la cocina.

—¿Quieres tomar algo fresco?

—Gracias.

La muchacha se lavó las manos y le puso un vaso con hielo y agua mineral con gas.

Lo dejó allí y se metió en la habitación. Cerró la puerta y fue a la ducha. Se quitó el maquillaje y los pendientes, luego se quitó la ropa y se metió en la ducha. El agua estaba caliente y se relajó, pero después de secarse, estaba tan dormida que apenas podía mantener los ojos abiertos. Cuando se sentó sobre la cama para secarse el pelo, se sintió todavía peor.

Y, después de secarse el pelo, estaba medio dormida. La semana había sido bastante agitada y su nuevo trabajo mucho más. No estaba acostumbrada al ruido y había tenido que estar de pie

muchas horas en las últimas dos noches. Le dolía todo y necesitaba dormir, tanto que apenas podía pensar. Necesitaba poner la cabeza sobre la almohada un momento, relajar todo el cuerpo…

Rye oyó que el secador se apagaba y el completo silencio de la habitación durante unos segundos. La esperó diez minutos, luego se levantó y fue hacia el dormitorio.

Al no oír nada al otro lado, dio un golpecito en la puerta.

—¿Lillian?

Nadie contestó, así que abrió la puerta.

Lillian estaba tumbada en la cama. Estaba dormida tan profundamente que no le había oído entrar y acercarse a la cama. Agarró el secador de pelo, lo desenchufó y lo dejó sobre la mesita de noche.

Luego se agachó para despertarla suavemente. Ella se movió un poco, pero siguió profundamente dormida. Rye la tomó entonces en sus brazos, luego retiró la manta y la sábana y cubrió con ellas a la muchacha.

Lo que más le costó fue colocarle bien la bata, dejándosela puesta; especialmente, cuando vio que debajo no llevaba nada. Cuando se despertara, la bata estaría desabrochada y abierta, pero no se permitió utilizarlo como excusa. Le colocó la cabeza sobre la almohada y contempló su cara. Su cutis era perfecto, suave y sin imperfecciones. Las cejas y las pestañas eran tan claras como su cabello. El rubor de sus mejillas le daba un aspecto saludable y el color de sus labios era sonrosado y carnoso. No le gustaba nada el maquillaje con el que la había visto aquella noche; sobre todo, después de verla al natural.

De repente, sintió un deseo de protegerla que casi le hirió.

—¿Qué pasa, Lilly? —murmuró.

Entonces acarició con un dedo su mejilla. Incapaz de resistirse, se inclinó y la besó en la frente, luego le dio otro beso en los labios.

—Buenas noches, Princesa —dijo, antes de apagar la luz y salir del dormitorio.

Llevó el vaso y la botella de agua mineral a la nevera; era lo único que había en ella. Finalmente salió del apartamento.

Al día siguiente, descubriría por qué una mujer como Lillian Renard estaba trabajando en un club nocturno y viviendo en un apartamento barato. Si tenía algo que ver con Rocky, él y su

hermano iban a tener una conversación seria.

Capítulo 9

Rye se acostó aquella noche muy tarde, pero se levantó temprano. Le gustaba madrugar y, aunque era domingo, intentó trabajar lo más posible antes del mediodía. Quería estar en el apartamento de Lillian a la una. Pensaba llevar algo de comida fría que Dovey le estaba preparando. Se la tomarían juntos y, luego, se enteraría de lo que pasaba.

Estaba dejando el caballo en el establo y a punto de quitarle la silla, cuando llegó Joey muy excitado.

—¡Rye, ven rápido!

Joey corría hacia el establo. Como sabía que no debía asustar al caballo, se detuvo, y siguió caminando apresuradamente hasta llegar adonde Rye se encontraba.

—Dovey dice que vayas a casa. Ha llegado un camión enorme desde Nueva York. Quiere saber qué hay que hacer con ello —explicó Joey excitado.

—¿De Nueva York? —repitió Rye, frunciendo el ceño.

El ganadero llamó a uno de los muchachos para que se encargara de la tarea y fue hacia la casa, con Joey corriendo a su lado.

—¿Cómo sabes que es de Nueva York? —preguntó Rye, acariciando cariñosamente el pelo del niño.

—Lo ha dicho el conductor. Y ha dicho que lo que hay en el camión es para la señorita Lillian. ¿Qué será, Rye?

—Veremos —dijo, pensativo.

Rye rodeó la casa para llegar a la entrada. El camión era enorme

y el conductor estaba de pie al lado de la cabina.

—Traigo un encargo para la señorita Lillian Renard.

—No está aquí ahora. ¿Qué es?

—Aquí dice que son sus cosas personales, exceptuando sus joyas. Creo que estas llegarán en breve.

Rye asintió, como si fuera lo normal.

—¿El camión está lleno?

—Así es, señor. Casi todo está en cajas. Hay algunas cosas grandes, cuadros y cosas así, que han sido embaladas para el viaje.

—¿Por qué no entran usted y su compañero un momento? —dijo Rye—. Mi cocinero puede ofrecerles un bocadillo y algo de beber, mientras yo veo cómo sacar todo.

—Muy bien —dijo el conductor, dirigiéndose hacia su compañero—. Se lo agradecemos, ha sido un largo viaje.

Rye fue hacia la casa. Encargó a Joey que hablara con Dovey y señaló a los transportistas la dirección de la cocina. Luego, él se dirigió hacia el salón para buscar a Rocky.

Estaba en una mecedora en el patio. No llevaba más que unas gafas de sol y la parte de abajo del bikini, cosa que molestó a Rye. Agarró una toalla que había en una silla y se la tiró sobre el pecho.

—¡Cúbrete! Hay un niño de siete años en la casa —gruñó.

Rocky esbozó una sonrisa y se quitó la toalla de encima.

—También hay un tejano alto y fuerte.

Rye intentó no hacer caso del comentario.

—Acaba de llegar un camión desde Nueva York. El conductor dice que son las pertenencias de Lillian.

Rocky continuó sonriendo provocativamente.

—Probablemente. También a mí me ha amenazado Eugenia con desheredarme si me caso con Chad —dijo, con una risita—. Ha desheredado a la buenecita de mi hermana para asustarme. Si ese camión está de verdad lleno de las cosas de Lillian, es que mi abuela tiene verdadero talento para el arte dramático. ¿Y dónde está la pesada de mi hermanastra? Si sigue en el mismo motel, manda el camión para allá. Yo también iré, así podré dar a mi abuela todos los detalles.

De repente, Rye notó un movimiento a su izquierda. No le extrañó ver a su hermano que estaba ya demasiado enfadado. Se miraron fijamente a los ojos.

—¿Es ésta la mujer de tus sueños, hermano? —preguntó en voz baja Rye.

El rostro de Chad se sonrojó y la boca se hizo una línea tensa.

—Eso pensaba —dijo, mirando a Rachel, tan insensible a su desnudez como su hermano mayor—. Creo que puede volver loco a un hombre. Se irá hoy. Tú vete a ver ese camión.

Rye asintió. Se dio la vuelta y abrió las puertas de cristal que daban a la cocina, aliviado al ver que las persianas estaban bajadas.

Habló brevemente con los transportistas y con Dovey; luego, fue a su cuarto para ducharse.

* * *

Lillian comenzó a despertarse hacia el mediodía. Se giró para esquivar la luz del sol que entraba por la ventana y, luego, se quedó mirando el cinturón de su bata. Todavía adormilada, lo apartó. Luego intuyó que algo raro pasaba y eso la despertó por completo.

Recordó escenas de la noche anterior. Rye fue con ella a su apartamento y se quedó esperando mientras ella se duchaba. Se incorporó súbitamente y miró la bata que se había puesto después de la ducha. La puerta del dormitorio todavía estaba abierta. Se levantó y fue corriendo al salón.

—¿Rye?

¿Se había quedado dormida? Fue corriendo hacia la cocina y vio que también estaba vacía. A continuación, se aseguró de que la puerta estaba bien cerrada y de que en el aparcamiento no estaba su camioneta.

Necesitaba borrar un sentimiento extraño de inquietud, de manera que fue a vestirse. Era domingo y el Uncle
Pepper’s
no abría, así que tenía todo un largo día por delante.

* * *

Rye aparcó la furgoneta al lado de la entrada que llevaba al

segundo piso y apagó el motor. Salió de la cabina y se inclinó para sacar la cesta de comida que Dovey había preparado. Después, cerró la puerta y fue hacia el maletero para sacar las bebidas.

Pulsó el timbre del telefonillo y enseguida contestó Lillian.

—¿Sí?

—Soy Rye. He traído comida.

Esperó a oír el sonido que abría la puerta y luego subió.

La muchacha abrió la puerta del apartamento y esperó a que Rye llegara. La cesta que llevaba parecía pesada y ella se apartó, mientras le abría la puerta.

—Espero que no hayas comido todavía —dijo, mientras dejaba la cesta en la mesa y las bebidas en el suelo—. Dovey nos ha preparado una comida fría.

—¿Por qué lo ha hecho? —preguntó Lillian, contemplando cómo se quitaba el sombrero y se pasaba la mano por el cabello negro.

—Porque es un cocinero estupendo y le dije que lo hiciera —dijo, dejando el sombrero en una silla y abriendo la cesta.

Lillian contempló divertida cómo sacaba paquetes con platos, cubiertos y vasos de plástico de colores. Luego, sacó varios recipientes que contenían diferentes tipos de ensalada, carne fría, salsas y una hogaza de pan. Incluso había una fuente grande con un bizcocho de chocolate para el postre.

Cuando terminó, abrió el recipiente de las bebidas. Había varios zumos de fruta y otros refrescos, entre cubitos de hielo.

—¡Pero si es un festín! —dijo, sonriendo Lillian.

—A menos que prefieras ir al restaurante que te dije ayer.

—¿Estás bromeando? No tengo ninguna preferencia por comer de restaurante, sobre todo, si el que hace la comida es Dovey.

—¿Sabes cocinar?

La pregunta recordó a Lillian que a Rye no le gustaban mucho las mujeres de su clase. Imaginaba que él pensaría que las mujeres ricas estaban demasiado mimadas como para saber hacer nada. Y, en su caso, tenía razón.

Hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Siempre hemos tenido cocineros. Sé cocer algunas cosas, pero dudo que alguien pueda alimentarse sólo de alimentos hervidos.

—Y, entonces, ¿qué vas a hacer ahora?

La pregunta cayó como un peso. Lillian trató de controlarse, ya

que, evidentemente, él sabía ya que había perdido toda su fortuna.

—Me imagino que aprenderé a cocinar.

Rye sonrió y luego tomó el paquete de platos.

—Yo pondré la mesa y tú abrirás los recipientes.

Lillian, encantada, destapó todo, colocando la comida en la pequeña mesa. Luego se sentaron uno en frente de otro.

Rye sirvió la bebida en los vasos de plástico, mientras Lillian observaba esa nueva faceta de él.

—¿Por qué?

—¿A qué te refieres? —preguntó él.

—¿Por qué estás siendo tan… amable?

El rostro de Rye se ensombreció y sus ojos brillaron. El corazón de Lillian se contrajo.

—Creo que nos hemos equivocado el uno con el otro, y ha sido culpa mía.

—¿Por qué? —dijo ella.

—Al principio, tú me recordabas a alguien. Alguien a quien desprecio. Ahora me doy cuenta de que estaba equivocado, tú no eres como aquella persona. Eso lo explica todo. —Rye hizo un gesto a la comida—. Por eso he venido a comer contigo, me gustaría que supieras que no soy tan estúpido.

Los ojos azules de Rye brillaron con una intensidad perfecta y Lillian reconoció en ello una parte esencial de su personalidad. Por alguna razón, él se estaba abriendo a ella. Eso la complacía, a la vez que la aterrorizaba. Un hombre como Rye Parrish, esperaría que la confianza fuera mutua.

—¿Era ella…? —Lillian no estaba segura de si era apropiado preguntarle detalles. Por otro lado, se imaginaba que era una mujer.

—Sí, era una mujer —confirmó—. Era mi madre.

Los labios de Lillian se separaron sorprendidos. Rye lo había dicho con una voz baja y dura que demostraba claramente su emoción.

—Era una vividora de Dallas. Rica, mimada y guapa. Mi padre se volvió loco por ella. Cuando yo nací, ella juró que no quería tener más hijos y se negó a tener relaciones sexuales con él. Años después, cuando mi padre la amenazó con limitarle el dinero que podía gastar, debido a que le estaba arruinando, ella le sedujo para que cambiara de opinión. Él cayó en la trampa, pero ella se quedó

otra vez embarazada, e intentó abortar. Mi padre lo impidió, dándole dinero para que continuase con el embarazo.

Como si le sorprendiera decir aquello, Rye siguió contando todo despacio, con frecuentes silencios.

—No puedo recordar una caricia o un beso de ella, no recuerdo una palabra amable. Aprendí palabrotas por qué mi madre me las decía. Yo siempre estaba demasiado sucio para que ella me tocara, era demasiado ruidoso para que me dejara estar con ella durante el día… Un día vi que abofeteaba repetidamente a Chad, que tenía por entonces un año, por derramar su zumo de naranja. Mi padre también lo vio, pero él estaba tan enamorado que lo único que hizo fue contratar a la mujer del capataz para que nos cuidara durante el día hasta que él llegara por la noche.

La voz grave de Rye era un murmullo amargo.

—Nos abandonó antes de que Chad tuviera dos años. Se divorció de nuestro padre y le dejó prácticamente, arruinado. Después, él volvió a recuperarse, con mucho esfuerzo, pero nunca dejó de amarla, nunca dejó de desear que volviera.

Se hizo un silencio pesado en la habitación. Lillian lo miró, horrorizada por su historia, y sorprendida de que le contara aquello. Le dolía la difícil infancia de Rye, la manera en que había sido rechazado y, finalmente, abandonado por una mujer que debería de haberlos amado con toda el alma y sin condiciones.

—Lo siento —balbuceó Lillian.

Rye clavó sus intensos ojos sobre los de Lillian. Ella sintió su rabia, la herida todavía sin cerrar de una madre cruel y un padre egoísta. Cuando agarró la mano de ella, Lillian sintió el dolor que Rye sentía. De repente, supo que la crueldad y dureza que había visto anteriormente en aquel hombre, tenían una explicación. Saber que aquellos sentimientos oscuros no iban a dirigirse nunca más contra ella, era un alivio.

—Será mejor que comamos —refunfuñó—. No he venido aquí para hablar.

—Me alegra que me lo cuentes. Gracias.

Rye apretó la mano de Lillian un segundo antes de soltarla. Se sirvieron y comieron en silencio. Luego, cuando ambos estaban relajados, Lillian preguntó a Rye por Joey y Buster.

—Buster cojea todavía, debido a los puntos de la pata delantera.

Joey le ha hecho una cama en un rincón de la cocina, para que no se sienta solo y, a la vez, no esté fuera donde podría meterse en nuevos problemas. Además, cada vez que le dejamos fuera, se va derecho a la piscina. La semana pasada se mojó uno de los puntos y van a tener que volvérselo a curar.

Lillian esbozó una sonrisa, luego se limpió con la servilleta y se echó hacia atrás, para dar un trago a su refresco. Rye contemplaba su rostro. Y Lillian pudo observar que la expresión sombría de su rostro se había suavizado.

—Lillian, tengo noticias que quizá te enfaden —declaró con suavidad—. Estoy seguro de que tienen que ver con que te hayas quedado aquí a vivir y trabajes en el club.

Lillian trató de sostener la mirada, pero no fue capaz. Bajó la vista hacia su vaso para, a continuación, posarla sobre el resto de la mesa.

—He sido… —comenzó, pero sus palabras murieron en sus labios. No quería explicar que había sido desheredada, le disgustaba la palabra—. Esta semana ha sido estupenda —continuó, con falsa valentía—. He encontrado trabajo. Quizá no sea el trabajo de mi vida, pero es un trabajo honrado. He encontrado un lugar para vivir que puedo pagar…

Intentó mirar a Rye y luchó por controlar sus emociones. Tenía un miedo espantoso a perder el poco control que tenía sobre su dolor y miedos. No quería llorar.

Sabía por experiencia que las lágrimas la hacían menos atractiva para la familia y los amigos. Nunca nadie la había ayudado a superar su dolor, ni siquiera su querido padre, que la dejaba a la niñera cuando no estaba alegre y cariñosa. Así pues, desde pequeña, había aprendido a guardarse el dolor y los disgustos para ella sola.

Además, corría el riesgo de estropear la atmósfera que se estaba creando entre ella y ese tejano duro por el que se sentía fuertemente atraída. No podría soportar ver cómo el interés de Rye se desvanecía.

Pero la mirada de Rye era tan intensa que a Lillian le dolían los ojos.

—Rachel ha dicho que tu abuela te ha desheredado. Si eso es cierto, no es nuevo para mí, Lillian.

Lillian se quedó helada. Un estremecimiento encogió su corazón

y la hizo temblar desde la cabeza a los pies. Intentó decir algo, pero no era capaz de expresar sus sentimientos en palabras.

—Me imagino que lo entiendes… No puedo hablar ahora de ello —dijo, sin poder evitar un sollozo—. Te lo contaré algún día, cuando ya no me pueda hacer daño.

Lo miraba, intentando sonreír, como si no le importara nada. Lo miraba fijamente, intentando controlar la tensión de su cuerpo, hasta que la fuerte emoción que sentía pasara… Contemplaba su rostro duro y atractivo, lo veía borroso…

De repente, se levantó y comenzó a tapar los recipientes de plástico, a meterlos en la cesta ordenadamente. Notó que Rye también se había levantado, que se acercaba y que sus manos grandes se cerraban sobre las de ella.

—Lo siento.

Lillian alzó la vista y esbozó una sonrisa.

—No te preocupes; no es culpa tuya. Me has dicho que tenías noticias, ¿cuáles?

—Ya te las diré en otro momento.

—No, prefiero saberlas ahora —dijo, sin poder mirarlo a los ojos.

—Tu abuela ha mandado tus cosas.

—¿Dónde están? —quiso saber, recordando que, efectivamente, su abuela había dicho que lo haría.

—En el rancho. Está todo bien guardado hasta que tengas tiempo de ir por ello. No molesta, así que no hay prisa.

Los ojos se le llenaron de lágrimas. Se soltó de Rye y tomó una servilleta de papel que se puso en la boca.

—Disculpa.

Entonces, salió corriendo hacia su dormitorio y se metió en el cuarto de baño, cerrando la puerta. Tuvo la buena idea de abrir el grifo, para hacer ruido y que no se oyera su llanto. Un fuerte golpe en la puerta la sobresaltó.

—¿Lillian?

—Estoy bien. Por favor… déjame unos minutos sola.

Su ruego pareció surtir efecto, porque Rye no volvió a llamar de nuevo.

Ya no se controló más; dejó que su llanto saliera de sus labios, de su corazón. Le dolía la traición. No podía recordar haber

desobedecido a su abuela jamás. En ese momento, le parecía imposible no sentirse celosa de Raquel. Rachel, que siempre había sido una persona caprichosa e insensata, gracias a la educación de su madre. Rachel, que siempre se comportaba de manera extravagante y exagerada, a ojos de Eugenia, era perfecta.

¿Había sido Lillian enviada a enmendar a Rachel? En ese momento supo que Eugenia nunca esperaría algo así. Lillian había sido desheredada porque Eugenia se había cansado de ella; nunca había querido a la nieta que había sido forzada a aceptar.

La oportunidad que se le presentó de enviar a Lillian a Tejas, y luego retirarle su apoyo financiero, era una venganza demasiado atractiva para dejarla pasar. ¿Qué mejor forma de vengarse que enviarla a una zona donde apenas conocía a nadie y donde había tan pocos medios para sobrevivir económicamente?

La verdad era cruel. ¿Para qué llorar por ser desheredada por aquella bruja? Finalmente, se detuvo y se secó con una toalla. Luego, levantó el rostro para mirarse en el espejo.

Eugenia Renard no merecía su llanto. De repente, se sintió liberada del continuo esfuerzo de luchar por el amor y la aprobación de su abuela. Lo que había pasado era lo mejor. Vendría una época difícil, pero tenía trabajo, un lugar para vivir, y la posibilidad de un amigo en Rye. Podía incluso hacer más amigos, amigos a su gusto, y no al de Eugenia. Dentro de dos años, ella tendría acceso al dinero que su padre la había dejado y no tendría que preocuparse nunca más por el dinero.

Mientras tanto, no tendría que luchar patética y sumisamente para arrancar a su abuela el cariño y la aprobación que siempre le había negado. Nunca más tendría que soportar el mal trato de ella, ni ser el blanco de sus iras. Por primera vez desde la traumática llamada en la que la desheredó, Lillian se dio cuenta de la liberación tan inmensa que le había supuesto todo el asunto.

Ese pensamiento la emocionó y la alegró súbitamente. Tuvo una sensación de serenidad que se abrió paso y suavizó sus heridas. Hasta ese momento, nunca se había dado cuenta de lo opresiva que era la vida al lado de su abuela.

Era una persona que tenía un lugar en el mundo; de repente, era una persona feliz.

Sin todavía saber qué pensar de esos sentimientos e impresiones,

demasiado precavida por naturaleza para abandonarse a ellos, Lillian tapó el lavabo y se lavó la cara. Luego se puso un poco de colorete.

¿Seguiría Rye allí? Ella no quería haber tardado tanto y sabía que todavía no estaba tan fuerte como para no hundirse si Rye se había cansado de esperar y se había ido.

Una vez que se hubo asegurado de estar de nuevo presentable, estaba a punto de salir, cuando volvió a oír un golpe en la puerta.

—¿Lillian, estás bien?

La pregunta emocionó a Lillian. ¿Le importaba de verdad su estado?

—¿Lilly?

—Estoy bien —dijo, sin abrir la puerta.

—¿Puedo hacer algo?

La idea de que Rye Parrish pudiera ser un amigo verdadero y fiel la llenó de un sentimiento cálido y seguro. Entonces, abrió la puerta despacio.

Intentó esbozar una sonrisa.

—¿Te sientes mejor?

—Sí.

—Tienes mejor aspecto —remarcó él. Luego, tomó un mechón de su pelo claro y se lo colocó en su sitio. La miró fijamente un rato y Lillian se sintió desnuda—. Pareces más tranquila.

—Siento haber tardado tanto. No quería…

Rye calló sus labios con un dedo.

—No tienes por qué justificarte. Sólo estaba… preocupado. No puedes evitar sentir cierta impotencia cuando quieres consolar a alguien y no te deja.

—Es un riesgo, ¿me entiendes? Mucha gente finge que les importas, pero en realidad les das igual. Dios te libre de ponerles alguna vez a prueba.

—Hay muchos canallas a los que no les importas. A otros, les importas, pero no saben qué hacer. —Rye suavizó su tono y continuó—. Me da la sensación de que has conocido siempre el tipo de gente equivocada, Lilly. Quizá cambie tu suerte ahora.

Lillian apartó la mirada de aquellos maravillosos ojos. La inseguridad de toda una vida estalló.

—¿Crees que podría quedarme aquí?

—Puedes hacer lo que quieras, Lillian —dijo, tomándola de la mano.

Lillian apretó la mano de Rye tímidamente.

—¿Por qué no vamos al rancho? Puedes nadar, si quieres, y podemos cenar allí. Y, cuando el calor disminuya, podemos montar a caballo. Veremos la puesta de sol y esperaremos a que salgan las estrellas.

—¿Y Rachel?

—Lo último que sé de ella es que hoy se va del rancho.

—¿Han roto el compromiso?

—Creo que Chad sí. ¿Y de todas maneras, crees que eso cambia en algo tu situación?

Lillian hizo un gesto negativo con la cabeza y miró hacia otro lado.

—No, creo que era la oportunidad que Eugenia estaba esperando. Incluso aunque cambie de opinión en cuanto a mi herencia, no volveré a su casa. No después de todo esto.

Antes de que la tristeza penetrara de nuevo su corazón, Lillian miró fijamente a Rye.

—¿Por qué quedarme obedeciendo sus órdenes? ¿Ir allí para hacer qué? —explicó, con una sonrisa forzada.

Rye se acercó y la besó suavemente. Se quedó impresionada por la suavidad y le acarició con la mano su fuerte mandíbula.

Terminaron de besarse al mismo tiempo. Lillian se quedó un rato con los ojos cerrados, saboreando la sensación. Luego abrió los ojos y miró hacia otro lado, ya consciente.

En ese momento se dio cuenta de que estaba enamorada de Rye Parrish.

Capítulo 10

Cuando llegaron a la entrada del rancho aquella tarde, el primero en verlos fue Joey.

—¡Dovey, es la señorita Lilly!

La alegría del niño encantó a Lillian, que se sintió bien recibida. Antes de que Rye cerrara la puerta, Joey corrió hacia ella y luego se detuvo bruscamente, algo inquieto. Cuando Lillian sonrió y se inclinó, él se abrazó a ella un segundo, para apartarse enseguida, como si aquel gesto no fuera muy apropiado en un hombre.

—¿Ha venido a ver sus cosas, señorita Lilly? —preguntó.

—También he venido a visitaros. ¿Qué tal sigue Buster?

Entonces, Joey la condujo a la cocina, pero antes de que llegaran, Buster fue a recibirlos moviendo el rabo y ladrando alegremente.

—Aquí está, Buster —dijo Joey a su perro, luego agarró al animal por la cabeza—. Te dije que Rye la traería otra vez —el perro continuó moviéndose, como si el peso del niño fuera tan ligero como una pluma—. ¡Oh, Rye, que no se para!

Buster consiguió acercarse a Lillian, e intentó saltar. Como una de sus patas delanteras tenía puntos que le llegaban hasta el hombro y la mayoría del cuerpo estaba vendado, Buster no podía moverse con soltura. Aún así, consiguió saltar sobre Lillian y la hizo tambalearse.

Rye fue a rescatarla, agarrando al perro por el pecho y haciendo que se pusiera en el suelo con mucho cuidado de los puntos. Buster aulló suavemente, aunque no se sabía si era de dolor o de la

excitación. Su lengua lamía a las tres personas que más quería.

—Vamos, Buster —murmuró Rye, acariciándolo suavemente, tratando de llevarlo a su sitio con la ayuda de Joey.

Buster se giró para mirar suplicante a Lillian. La muchacha no pudo evitar soltar una carcajada ante la comicidad de su cara. Le daba pena el animal, así que se arrodilló junto a él y le ayudó a tumbarse.

Éste, agotado por la actividad, dejó la cabeza en la almohada y se quedó completamente quieto. Lillian le frotó las orejas y, luego, la cabeza. Buster dio un suspiro y cerró los ojos, moviendo continuamente el rabo contra el suelo.

—Creo que este perro está loco por la señorita Lillian —dijo Dovey—. No hay duda.

—¿Qué quiere decir loco? —quiso saber el niño, mirando a Rye.

Lillian sintió la mirada de Rye sobre ella y, a su vez, lo miró. Como si él hubiera estado esperando conseguir su atención.

—Estar loco por alguien, quiere decir que te has enamorado de esa persona. No es algo que tú sepas que va a ocurrir, pero así es.

—¿Buster está enamorado de Lillian?

Rye dejó de mirar a Lillian, para contestar al niño.

—En la manera en que los perros aman a las personas, sí.

—Oh —dijo el niño pensativo, mirando a su perro—. Entonces, Lillian tendría que quedarse a vivir aquí para que Buster sea feliz.

—Puede que sí.

Afortunadamente, Joey mismo cambió de tema, diciendo a Rye que había hecho sus deberes y preguntándole si podían ir dos amigos al rancho para bañarse en la piscina. Lillian se relajó mientras escuchaba a Rye darle todas las instrucciones para el uso de la piscina.

Las cosas habían cambiado dramáticamente entre ella y Rye, pero no estaba segura de lo que eso podía llegar a significar. Declinó la invitación de bañarse, pero se sentaron en la sombra, bebiendo té helado, mientras vigilaban a Joey y sus amigos, que estaban jugando en el agua.

Rye era el perfecto anfitrión. Más tarde, le enseñó las habitaciones que no se usaban y donde estaban sus cosas, recordándole, de nuevo, que no molestaban.

Supieron, por Dovey, que Rachel había recogido las maletas y se

había marchado para siempre. Todos imaginaban que habría tomado el primer avión. Chad, una vez solo, se había retirado a una de las habitaciones que había en el otro ala del rancho. Para pensar, según Dovey.

La cena fue un caos agradable, por la presencia de Joey y de los dos niños. Después, Dovey se quedó con ellos, mientras que Rye y Lillian se iban a montar a caballo. Contemplaron la puesta de sol desde una ensenada y, luego, volvieron despacio, mientras las estrellas salían poco a poco.

Para Lillian, el día resultó maravilloso. La posibilidad de relajarse y disfrutar de las cosas más sencillas era un placer inesperado. La vida era mucho más lenta allí y, en ese momento, no había ya tensiones entre ella y Rye, por lo que pudo relajarse por primera vez en mucho tiempo.

Aunque todavía le dolía haber sido rechazada por su familia, la consolaba estar con Rye, contemplar las travesuras de los niños y las de Buster, así como alimentarse de los exquisitos platos de Dovey.

Cuando llegó la hora de marcharse a casa, se puso triste. Rye le dio un apasionado beso de despedida y se sintió tremendamente sola cuando éste se marchó escaleras abajo, dejándola en el apartamento.

Lillian se dio cuenta, cuando lo miraba bajar las escaleras, que no estaba enamorándose del tejano por la sencilla razón de que ya estaba enamorada.

* * *

Lillian se fue adaptando poco a poco a su nueva vida. Los días laborables, la clientela del Uncle

Pepper’s

era mucho más reducida. El grupo de música que solía tocar con regularidad, Otis, era muy bueno y Lillian comenzó a disfrutar de la música *country* que tocaban.

Como todo estaba más tranquilo, era más fácil oír los pedidos, memorizarlos y relajarse con los clientes. Aunque la mayoría eran ganaderos o agricultores, a Lillian enseguida le gustó su amabilidad

y simpatía.

Incluso se hizo amiga de las mujeres con las que trabajaba. Le encantó ser incluida en los cotilleos que se traían sobre los clientes y sus familias, maridos y novios. Para alguien que había tenido amigos siempre elegidos por otra persona, la repentina libertad de hacerlos por sí misma, era excitante.

Mientras, pasaba cada vez más tiempo con Parrish en el rancho. La primera semana, Rye fue a la ciudad el domingo y el jueves, que eran sus días libres, para llevársela al rancho. Luego, comenzó a ir también algunas tardes, antes de ir a trabajar.

No quería que sus cosas les molestaran, así que se llevaba algunas cajas al apartamento cada vez que iba al rancho. Casi todo era ropa, ordenada según la estación. Eugenia le había enviado todo.

Ordenó los vestidos, los zapatos y las joyas y separó las cosas que no quería volver a utilizar más. Preguntó en el trabajo si había algún lugar para donarlos, pero le dijeron que los llevara a un mercadillo que había en una ciudad cercana.

El mercadillo en cuestión resultó ser una actividad de caridad en la que Lillian disfrutó inmensamente con sus nuevos amigos. Además, como había puesto precios baratos, cuando llegó la noche, había vendido todo y volvió a casa con una sorprendente cantidad de dinero.

Eugenia había prometido enviarle quinientos dólares, pero como ya estaba ganando un sueldo, se los envió de vuelta. Sus joyas caras llegaron poco después.

Lillian se iba adaptando bastante bien y estaba construyéndose una vida a su medida. Estaba más feliz que nunca y cada día que pasaba con Rye se sentía más enamorada.

* * *

Llevaba trabajando en el Uncle Pepper's cuatro semanas, cuando una mañana recibió una llamada telefónica de Nueva York. Era la secretaria personal de su abuela, Harriet Davies.

—Lillian, querida, tu abuela está gravemente enferma.

—¿Qué le pasa?

—Ya sabes que tenía el corazón delicado desde hace años —declaró la señora Davies—. Ha tenido un ataque y quiere verte. He arreglado todo para que vaya a recogerte un avión privado al aeropuerto de Tejas. Te llevará directamente a Nueva York. Allister te irá a recoger y te traerá a casa.

Lillian se incorporó alarmada; estaba en la cama. Si tenía que ir a Nueva York con tanta urgencia, era porque su abuela debía de estar muy enferma.

—¿Está tan grave? —preguntó, algo emocionada.

—La señora está muy enferma. Date prisa, Lillian, es urgente.

La muchacha no dijo nada; le venían a la mente muchos recuerdos y se sintió culpable.

—¿Lillian?

—Estoy aquí.

—Tu avión llegará hacia la una, al mismo aeropuerto al que llegaste. El piloto te llamará por el altavoz —continuó, de una manera eficiente y autoritaria—. Como ahora son las siete de la mañana, tienes tiempo suficiente para recoger todo y llegar al aeropuerto.

—Sí, allí estaré.

—Muy bien. Tienes el teléfono nuestro, por si hay algún problema. Que tengas un buen viaje.

Colgó el teléfono, y se quedó pensativa; luego, llamó al rancho.

Fue un alivio que Dovey contestara inmediatamente y le pasara el teléfono a Rye.

—¿Qué pasa, cielo?

Lillian sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas. Le explicó brevemente lo sucedido, y Rye dijo que llegaría enseguida.

Mientras recogía sus cosas, se dio cuenta de que tenía miedo de dejar Tejas. Al principio, pensó que era por que temía la enfermedad de su abuela, pero cuando Rye apareció, supo que era porque no quería separarse de él.

Le iba a echar mucho de menos. Aún así, trató de comportarse con valentía. La llevó a desayunar y, luego, pararon en el rancho, ya que estaba de camino al aeropuerto.

Lillian no quería irse tan repentinamente, sin decir a Joey por

qué tenía que marcharse.

—¿Podemos ir Rye y yo contigo, Lilly?

La pregunta le rompió el corazón. No pudo evitar abrazarlo fuertemente unos segundos.

—No, cariño, esta vez no. Los hospitales no son lugares divertidos para los niños —dijo, acariciando su mejilla—. Pero os llamaré a ti y a Rye todos los días, y no estaré fuera más que lo necesario.

—Pero pronto será el juicio para saber si Rye puede adoptarme y tú no vas a estar —le recordó. El corazón de Lillian se contrajo—. Y mi cumpleaños será poco después.

—Lo sé, cariño. Espero estar de vuelta para entonces; lo intentaré, aunque no puedo prometerte nada. No sé cuánto tiempo estará mi abuela enferma.

Joey se abrazó y apretó su carita contra la de ella.

—Todos vamos a echarte de menos.

—Yo también voy a echaros de menos.

Lillian hizo una llamada rápida a Louise para contarle la situación.

—No te preocupes, mujer, vete a ver a tu abuela —respondió Louise, para alivio suyo.

Se fueron hacia el aeropuerto temprano y tomaron algo por el camino. Rye iba serio, Joey sumiso, aunque llorando de vez en cuando y Lillian destrozada. No sabía cómo podía haber llegado a querer tanto a Rye y a Joey. No quería dejarlos, pero sabía que tenía que ir a Nueva York.

Cuando llegaron al aeropuerto, se sentía tan preocupada y tan culpable que tenía el estómago revuelto. Fue Rye quien la tranquilizó. Mandó a Joey al bar, que se veía desde donde estaban ellos, y la abrazó. La besó tiernamente.

—No te preocupes por nada —aconsejó con voz ronca—. Joey y yo no queremos que te vayas; sin embargo, tampoco queremos que te quedes aquí sintiéndote mal. Tu abuela está enferma y te quiere ver, entiendo que tengas que irte.

Lillian lo miró con los ojos húmedos.

—Gracias por tu comprensión.

—Soy un hombre verdaderamente comprensivo —dijo, con una mueca.

Lillian lo abrazó. Enseguida la llamaron por el altavoz y le dijeron cuál era su avión. Llevaron entre los tres su equipaje y, mientras el piloto aterrizaba, ella intentó despedirse.

Abrazó al pequeño Joey y luego dejó que Rye la tomara en sus brazos para decirle su último adiós. Finalmente, se marchó.

* * *

El pequeño hospital privado estaba decorado con un gusto exquisito.

Eugenia, según la enfermera, descansaba en una de las elegantes habitaciones privadas. Lillian se alegró de que su abuela no estuviera en la sala de cuidados intensivos. Llamó discretamente a la puerta y la señora Davies respondió casi inmediatamente.

—Lillian, por fin has llegado —exclamó, en un murmullo—. Espera un momento, veré si está lista para recibirte.

La puerta se cerró con un ruido agudo. Lillian esperó nerviosa. Temía ver a Eugenia, no sólo porque estuviera enferma, sino también por enfrentarse a la mujer que la había desheredado.

Finalmente, la señora Davies volvió y abrió la puerta para que entrara. Lillian fue derecha a la cama. Eugenia estaba inmóvil; a su lado, un monitor reflejaba los latidos de su corazón. El pelo de su abuela estaba bien peinado y arreglado; su rostro, pálido, aunque con un toque de color en los labios y dos rosetones de colorete en las mejillas. A Lillian no le extrañó que Eugenia estuviera maquillada, siempre cuidaba mucho de su aspecto.

La señora Davies hizo un gesto y Lillian se aproximó a la cama. Tocó tímidamente la mano, bien arreglada, que yacía sobre la colcha.

Como Eugenia era una persona fría y poco cariñosa por naturaleza, Lillian se sintió incómoda al tomarla de la mano. Recordó en ese instante lo fácil y maravilloso que era acariciar a Joey, tocar su pelo negro, besarlo en las mejillas y abrazarlo. ¿Cómo era posible que su abuela no hubiera abrazado y besado a sus nietas cuando eran pequeñas? ¿Cómo podría Lillian expresar su cariño y preocupación por una anciana que consideraba estúpidos los gestos de afecto?

—¿Lillian? —dijo en un murmullo, sin su fuerte voz habitual.

—Estoy aquí, abuela. ¿Cómo estás?

Eugenia movió la cabeza y alzó los ojos hacia la muchacha.

—¿Lillian?

—Sí, abuela.

La anciana abrió los ojos. La inteligencia que Lillian había visto siempre en los ojos de su abuela brilló con más intensidad que nunca, pero la impresión se desvaneció y Lillian pensó que lo debía de haber imaginado.

Los párpados de Eugenia se abrieron y cerraron varias veces. Era como si sus ojos azules tuvieran que hacer un gran esfuerzo para enfocarla.

—Lillian…

Se sintió alarmada al ver que la fortaleza de Eugenia parecía haber desaparecido. Agarró la delicada mano de su abuela y miró con ansiedad a la señora Davies, que permanecía de pie al otro lado de la cama.

La señora Davies sacudió su cabeza con gesto triste.

—Se ha desmayado otra vez, la pobre. Casi no le quedan ya fuerzas…

—¿Qué dice el médico? —preguntó Lillian con delicadeza.

—Que quizá con el tiempo y los buenos cuidados… —La voz de la señora Davies se desvaneció—. Él prefiere no hacer predicciones.

Lillian la miró, algo impaciente.

—Quiero hablar con él ahora mismo.

La señora Davies levantó sus cejas, mientras hacía un gesto entre asentir y negar.

—Quizá mañana.

—Entonces, hablaré con las enfermeras —insistió Lillian.

La señora Davies hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Hay órdenes estrictas de no discutir el caso de tu abuela con nadie. Ya sabes cómo es la prensa, siempre ávida de noticias y que, en este caso, podría dañar los intereses económicos de la familia Renard. Tienes que confiar en que tu abuela está siendo tratada por gente muy competente y que yo velaré porque ella esté bien, igual que he hecho hasta ahora.

La señora Davies miró con preocupación la pálida cara de Eugenia.

—Allister puede llevarte a casa esta tarde. No hay necesidad de que esperes aquí, ya que yo te informaré de cualquier cosa que ocurra. Vuelve mañana que, esperemos, se encuentre ya más descansada para entonces y, quizá, también más fuerte.

Lillian miró a su abuela con ansiedad.

—Preferiría quedarme.

—Lillian, ya sabes que Eugenia odia ver a nadie cuando no se encuentra bien —argumentó la señora Davies—. Por favor, vuelve mañana, que ya estará mejor. Así, podrá saber que vienes, una vez se despierte. A ella no le gustará que estés toda la noche merodeando por aquí.

Lillian sabía que la señora Davies llevaba razón. Volvió a mirar a la anciana.

—¿Me hará saber inmediatamente cualquier cambio, ya sea a peor o a mejor? —preguntó inquieta.

La señora Davies asintió.

—Te doy mi palabra —una débil sonrisa suavizó su serio rostro —. Y, ahora, vamos. Allister te llevará a casa. El cocinero ha preparado una cena con varios de tus platos favoritos.

Lillian apretó cariñosamente la mano de su abuela.

—Buenas noches, abuela. Te quiero —dijo, con voz suave, a la vez que dejaba la mano de la anciana sobre la colcha. No se atrevió a darle a su abuela un beso en la mejilla—. Buenas noches, señora Davies —añadió, dándose la vuelta para marcharse.

—¿Lillian? —La llamó la señora Davies, haciendo que ella se detuviese y se diera la vuelta—. Bienvenida a casa —volviendo a sonreírle, de esa manera tan rígida en que lo hacía, quizá por la falta de práctica.

—Gracias. Buenas noches.

—Buenas noches, Lillian.

Salió de la habitación, mientras tenía que hacer verdaderos esfuerzos para no llorar. La preocupación hizo que su andar hacia el ascensor fuera algo plomizo. Luego bajó a encontrarse con Allister. La limusina la condujo hasta el lujoso ático en que vivía Eugenia. El paseo por la ciudad le pareció eterno y no prestó el menor interés al trayecto, perdida en la nebulosa de señales urbanas que se veía a través de la ventana.

* * *

—Me decepcionas, Harriet. De pronto, me haces dudar si has estado conspirando a mis espaldas todo este tiempo.

Eugenia Renard estaba sentada en la cama del hospital, como si fuera el trono, con su bata de color azul y el sobrecama de seda sobre su regazo, colocado con precisión militar. Se estaba observando en un pequeño espejo de mano.

—No fui yo quien pensó ese plan —se defendió Harriet Davies con un candor que no se correspondía a sus cuarenta años.

—Hmmm —dijo Eugenia, mientras apartaba el espejo para mirar a su ayudante—. Y tú, ¿no lo apruebas?

—Ya sabes que no. Envías a esa chica a Tejas y la desheredas. Y ahora, te entristeces porque no apruebas el estilo de vida que lleva ni al hombre del que se ha enamorado. Me parece que ya no tienes ningún derecho a opinar sobre lo que haga Lillian.

Eugenia frunció el ceño.

—Siempre te pones a favor de Lillian.

Harriet Davies estiró los hombros, levantando la barbilla.

—Es normal ponerse a favor de una persona tan dulce y razonable. Lillian es la nieta que más hubieras debido valorar, Eugenia. A pesar de que la desheredases, ha bastado una llamada para que viniera de inmediato, preocupada únicamente por tu enfermedad.

Harriet tomó aliento y siguió hablando, algo sarcástica.

—Por otra parte, Rachel, tu favorita, ha sido tan generosa como para dejarnos un número de teléfono de California, donde, alguien que conoce a alguien que quizá sepa dónde se encuentra ella, podría dejarle un mensaje, sólo en el caso de que tu situación empeore definitivamente.

El rostro de Eugenia enrojeció.

—¡Ya es suficiente!

—Sí, ya es suficiente, Eugenia. Sólo continuaré esta charada por poco tiempo. Esta mentira es tan horrible que mi alma podría condenarse, pero tengo una deuda que pagarte desde hace mucho tiempo. En dos semanas, consideraré esa deuda saldada. Recibirás, entonces, mi carta de dimisión.

Harriet se puso las manos en la cintura y levantó las cejas.

* * *

-Lo siento, no he podido llamar antes. Me llevó más tiempo del que pensaba estar a solas un rato. ¿Está Joey despierto todavía? —preguntó Lillian a Rye a última hora de la tarde.

—Así es, estaba esperando tu llamada —le dijo Rye, y Lillian sintió remordimientos al oír su hablar lento y cansino. Echaba de menos su acento de Tejas—. Aquí está.

—¿Lilly? ¿Estás en Nueva York? Rye me dio un mapa para que le echase un vistazo —dijo Joey con entusiasmo y luego, le empezó a describir el mapa de los Estados Unidos que Rye había colgado en su habitación—. Hemos traído aquí un teléfono por si llamabas a la hora en la que ya estoy en la cama.

Lillian sonrió con la charla del niño. Cuando acabó de contarle todo lo que había pasado en el rancho desde el momento en el que ella se había marchado hasta ese preciso instante, se despidió de ella algo triste.

Después, Rye se volvió a poner al teléfono para preguntarle por Eugenia.

—Sabré algo más cuando hable mañana con el médico. La señora Davies, su secretaria personal, no quiso entrar en detalles. Quizá la abuela quiera hablar conmigo directamente. —Lillian se quedó pensativa, luego, continuó en voz baja—. Sí, puede que así sea. Estaba tan débil esta tarde que apenas podía hablar, Rye. Pero abrió los ojos y dijo mi nombre, así que ya sabe que estoy aquí.

El resto de la conversación giró sobre el mismo tema. Lillian se dio cuenta de que nadie había mencionado a su hermana al preguntarle Rye si Rachel se encontraba también allí.

—A decir verdad, no he pensado en ella ni por un momento —confesó Lillian, sintiéndose un poco culpable—. Lo preguntaré, pero no debe de estar aquí, en el ático, porque si no ya me habría enterado de su presencia.

Poco después de eso, la conversación fue decayendo y Lillian se despidió de Rye. Una vez colgó, se fue a la cama. Estuvo despierta en la oscuridad un buen rato, pero su mente estaba más ocupada

con Rye, Joey y Tejas que con su abuela o su hermana.

* * *

Para alivio de Lillian, el estado de Eugenia comenzó a mejorar. Por la mañana, encontró a Eugenia en el hospital, ya despierta y sentada en una silla. Por supuesto, Eugenia enseguida se cansó. La señora Davies y una enfermera la ayudaron para que volviera a la cama.

Lillian no pudo hablar con el médico, ya que éste había realizado su ronda poco antes de las seis. La enfermera privada le dijo en el pasillo que la súbita mejoría de Eugenia había dejado sorprendido al doctor. Sugirió que quizá se debiera a la llegada de Lillian.

La noticia de que su abuela, que nunca la había querido especialmente, se había sentido reanimada con su presencia, reavivó la lejana esperanza de su infancia de que su abuela la quería.

Pero esa noche se sintió algo herida con la respuesta de Rye, al confesárselo.

—Ten cuidado, Lillian.

—¿No piensas que la enfermedad ha podido hacer que cambie su actitud hacia mí? —le preguntó.

—Espero que así sea, cariño, pero no confío en ella —le dijo con franqueza—. Lo siento.

La simple sugerencia de que la mejoría de Eugenia podía tener otra causa que la llegada de ella, la hirió como si le dijera que no era digna de ser querida.

—Me preocupo mucho por ti y no quiero que nada pueda dañarte —se excusó Rye.

Pero ella se sentía tan desanimada que no pudo recobrar, del todo, la intimidad que había alcanzado con él antes de la discusión.

Durante los dos días siguientes, la salud de Eugenia mejoró tanto que pudo volver a casa. Por supuesto, la señora Davies arregló con alguna enfermera particular la posibilidad de que estuvieran siempre localizables, por lo que Eugenia estaría casi tan atendida como en el hospital.

Mientras tanto, durante la semana y media que Lillian llevaba en Nueva York, las charlas telefónicas que mantenía a diario con Rye habían ido deteriorándose progresivamente. Él parecía no entender por qué quería quedarse ella un poco más, hasta que pasara del todo la crisis de su abuela. Eugenia se entristecía mucho cada vez que se hablaba de la posibilidad de que Lillian regresara a Tejas, así que ella quería esperar hasta que estuviera completamente recuperada para soportar la pena.

Al final de la segunda semana, Rye parecía impaciente por su regreso. Le contó que todos habían sentido mucho que no pudiera haber asistido al juicio, debido a lo lejos que estaba. Pero las cosas habían ido bien, y Rye había conseguido la custodia legal de Joey.

Lillian le aseguró a Rye que estaba deseando volver a Tejas y que estaba preparando a Eugenia para ello. Incluso si su abuela no estaba todavía suficientemente bien para encajar que volviera definitivamente, podía, por lo menos, hacerles una visita para la fiesta de cumpleaños de Joey y quedarse unos días. Sólo quedaba una semana para la fiesta, contando desde el próximo domingo. Ya había conseguido los billetes de avión y el regalo, así que no tenía duda de que mantendría su palabra.

Le chocó que Rye pareciera no creerla.

—Lilly —le dijo, con voz grave—. Yo sé lo que el hogar significa para una persona, incluso si ese hogar está en Nueva York.

Hizo una pausa y Lillian sintió que se le aceleraba el corazón.

—Rye…

—No, cariño, déjame terminar —lo interrumpió—. Quizá no sepas realmente lo que deseas. Puede ser que al tener que volver a Nueva York por lo de tu abuela hayas recordado lo que era tu vida allí. A lo mejor, ya es tarde.

—No, Rye… —le respondió rápidamente.

—No te estoy culpando, Lilly. Ciertas cosas sería mejor que no sucedieran.

—Estás equivocado —insistió, apretando fuertemente el auricular.

—Quizá deberías pensártelo algo más —dijo Rye—. Ahora necesito irme a dormir. Tengo trabajo mañana temprano —añadió algo brusco—. Buenas noches. Cuídate.

Lillian se quedó un rato con el auricular en la mano, antes de

poder colgar. Él no había esperado a que ella pudiera responder. Parecía como si se hubiera sentido obligado a decir lo que pensaba para, luego, colgar, antes de que ella pudiera defenderse.

«Ciertas cosas sería mejor que no sucedieran». El recuerdo de esas palabras hizo que le doliera el corazón. Lillian, de pronto, se dio cuenta de lo que había sucedido. Seguramente, Rye se había acordado del matrimonio de sus padres, de los malos tratos y posterior abandono por parte de su madre.

Rye debía estar preocupado por la posibilidad de que ella estuviera alargando su estancia en Nueva York, para poder llevar el mismo estilo de vida que su madre. Si él pensaba que la historia se iba a repetir, iba a ser difícil convencerle de lo contrario. Especialmente, si él había decidido que lo mejor era poner fin a su relación, como parecía haber hecho esa noche.

Lillian iba a llamarlo de nuevo, pero se detuvo y colgó. Estaba justificando todo mediante el pasado de Rye y la importancia del recuerdo de su madre.

¿Y si se equivocaba? Quizá Rye había perdido el interés por ella. Lillian se reclinó en la silla mientras la inseguridad la atormentaba. Todo había sucedido tan rápido entre ellos…

¿Qué sucedería si la larga estancia de ella en Nueva York había supuesto, secretamente, un alivio para Rye? Quizá se había dado cuenta que ella ya no le importaba nada, y por eso le había dicho que debía de pensar las cosas con más calma.

«Quizá no sepas realmente lo que deseas», le había dicho.

Si el interés de Rye por ella estaba decayendo, la sugerencia de que ella estaba postergando la vuelta a Tejas porque prefería el estilo de vida de Nueva York, suponía una fácil salida para terminar su relación.

Lillian se sintió muy deprimida.

Capítulo 11

El día siguiente pasó muy despacio. A las diez de la noche, Lillian fue a su habitación para llamar a Tejas.

—Señorita Lillian, el jefe y Joey se han ido a casa de Nelson esta noche para hacer una barbacoa —le explicó Dovey—. Me dijo que no les esperara hasta tarde. Joey se quedará allí a dormir con los niños, así que él no tiene prisa por venir.

—Gracias, Dovey. No lo sabía.

—Seguro que se lo había mencionado. ¿Cómo está su abuela?

—Va recuperándose poco a poco, Dovey. ¿Cómo va todo en el rancho?

—Como siempre, en esta época del año, con mucho polvo y calor. Espero que vuelva pronto.

—Yo también espero volver pronto. Intentaré llamar mañana por la noche. Di a Rye y a Joey que los echo de menos y que espero que se lo hayan pasado bien.

—Se lo diré, señorita Lillian. Cuídese.

—Tú también, Dovey.

Colgó el auricular con un sentimiento terrible de soledad.

* * *

Por la mañana temprano llamaron al Rancho Parrish. Rye estaba trabajando en su estudio, así que respondió enseguida.

—¿Señor Parrish? Soy Louise Pepper, de Uncle

Pepper’s
. Ha pasado algo en el apartamento que le alquilé a Lillian Renard; la he llamado al teléfono que me dejó y nadie contesta. Como creo que es amiga suya, quizá sepa usted algo.

—¿Qué ha pasado?

—Al llegar Roy y yo al bar hace unos minutos, hemos visto que había aparcado un camión en la entrada. Han recogido las cosas de Lilly y las están cargando en el camión. Cuando les he preguntado qué pasaba, uno de ellos me ha enseñado su identificación y me ha dicho que Lilly les ha enviado para recoger todo y dejar las llaves del apartamento. Como no me ha llamado y yo no he podido contactar con ella, he preferido llamarlo.

—No sé nada. Si, como parece, todo es legal, no hay nada que hacer. Si le parece algo sospechoso, llame al *sheriff*.

—Roy cree que debería… Espere un minuto, señor Parrish.

Rye oyó que Louise hablaba con Roy, que debía de estar junto a ella.

—Escuche. Roy está mirando el correo y acaba de ver una carta de Lilly. Dice que tiene que dejar el trabajo por el bien de la salud de su abuela. Envía un cheque para pagar el alquiler y los gastos. Añade, además, que ha mandado un camión para recoger todas sus cosas. Creo que Roy y yo nos hemos puesto nerviosos sin motivo. Siento haberlo molestado.

—No se preocupe —refunfuñó Rye y colgó el teléfono, enfadado.

La rabia llenó por completo su mente. Tomó el teléfono, marcó el número que Lillian le había dado y colgó, al oír que contestaban.

* * *

Las tres noches siguientes las llamadas de Lillian al rancho Parrish fueron atendidas por un contestador automático.

—Os echo de menos, espero que sigáis bien —fueron las cariñosas palabras de Lillian.

Palabras que no provocaron ninguna respuesta.

Al cuarto día, no pudo evitar sentir que algo iba mal. O Rye estaba enfadado porque no había vuelto a Tejas, o había perdido todo interés por ella.

Lillian le había dicho que compraría un billete de avión para volver a Tejas antes del cumpleaños de Joey. Ya debía de haber recibido el regalo que le había enviado por correo urgente; ¿por qué no la creía?

Pero quizá estaba equivocada. Quizá Rye había dejado de pensar en ella. Su vuelta a Nueva York, y la vida relajada que él creía que estaba teniendo, podría haber provocado un cambio en sus sentimientos al recordarle a su madre.

¿Cómo si no se podía explicar ese comportamiento repentinamente esquivo?

El dolor que sentía pareció vaciar de aire sus pulmones. Estaba enamorada de Rye y había pensado que él estaba enamorado de ella. Se había imaginado volver a Tejas, seguir con su trabajo y con su apartamento, mientras que ellos seguían conociéndose más profundamente.

Aunque su vida en Tejas había comenzado de una manera forzada, más adelante, las cosas se habían desarrollado bastante bien. Pero si Rye no la quería, no podía imaginarse vivir allí, cerca de él y, a la vez, sintiéndose marginada de su vida. En cuanto al pequeño Joey… al que tan unida se sentía…

—Lillian, cariño, por favor, ven a mi lado —fueron las palabras de Eugenia que la obligaron a dejar sus pensamientos e ir hacia el vestíbulo.

* * *

-Lillian, no seas pesada. Estoy cada día más fuerte. Llevo preparando esta fiesta semanas y no voy a cancelarla.

—¿Qué dice el médico?

—Dice que haga lo que me apetezca. A mí me apetece hacer esto y quiero que tú me ayudes a hacer de anfitriona. No creo que vaya a haber ningún problema —dijo Eugenia, haciendo una pausa y mirando a la señora Davies—. Y como la señora Davies ha consentido en continuar trabajando conmigo, ella será la que supervise todo.

Lillian esbozó una sonrisa. Aquella semana habían discutido y Harriet Davies había comunicado a Eugenia su deseo de dejar el

trabajo. Eugenia había estado todo un día tratando de convencer a su secretaria de toda la vida para que aceptara continuar con ella.

Lillian no sabía exactamente por qué habían discutido ni entendía cómo Eugenia se había rebajado para convencer a una subordinada de que no se marchara. Había algo raro en todo ello.

—Creo que no te has comprado un traje nuevo. ¿Qué llevarás, tu traje de seda color crema?

Lillian hizo un gesto negativo con la cabeza.

—El traje de seda está en Tejas.

Eugenia lo desmintió.

—No, querida, está en el armario de invierno. Si no quieres llevar ése, tendrás que comprarte uno mañana temprano. Esta fiesta es muy importante para mí.

Cayó un silencio repentino sobre las tres mujeres. Lillian notó una expresión de sorpresa en la cara de Eugenia, seguida de otra de fastidio.

La señora Davies alzó una mano, como para atraer la atención de Eugenia, pero cuando Lillian miró, la levantó un poco más y se tocó el pelo, como si hubiera sido un gesto automático.

Eugenia, entonces, hizo un sonido extraño, pero, cuando Lillian se volvió hacia ella, su rostro se mostraba indiferente.

—El traje de seda de color crema está en el armario de invierno, Harriet se olvidó de mandártelo.

Lillian se quedó pensativa.

—Harriet casi nunca comete fallos, así que le perdonaremos éste. Mañana tienes que ir muy guapa; hay gente que quiero que conozcas.

La sospecha de que algo no marchaba bien aumentaba en Lillian. Eugenia siguió hablando de diferentes cosas y la muchacha continuó pensando en el traje de seda. Estaba segura de que lo había dejado en el apartamento de Tejas. O Eugenia estaba equivocada o pasaba algo. El extraño comportamiento de su abuela y los gestos de la señora Davies para llamar la atención de Eugenia, hicieron que Lillian deseara ir inmediatamente a buscar el vestido en cuestión.

La señora Davies, de repente, se excusó por salir. Lillian esperó unos segundos; luego, también se levantó para salir.

—Te traeré un café —dijo, para disimular.

Una vez que cerró la puerta, avanzó por el vestíbulo hacia el armario donde guardaban la ropa de invierno. Fue despacio y tratando de no hacer ruido. Cuando llegó, la señora Davies cerraba la puerta del armario. Estaba cerrándolo con llave, cuando Lillian la sujetó por el brazo.

La señora Davies se sobresaltó y la miró, pero inmediatamente sacó la llave de la cerradura y se apartó. Lillian abrió la puerta y encendió una pequeña luz que había en un rincón.

Allí, colocada en varios estantes, estaba la ropa que ella había dejado en Tejas, incluyendo el traje de seda. Las cajas que había en la parte inferior contendrían, probablemente, todo lo demás.

—Bueno, señora Davies, al parecer mi abuela no ha dejado de hacer planes.

* * *

—Por favor, Rye, ¿puedo llamar a Lilly? Tengo que contarle lo de Buster y el cachorro.

La cara de Rye parecía una máscara. Como su corazón. El remordimiento que sintió le revolvió el estómago. Nunca debió haber dejado que Joey y Lillian se hicieran tan amigos. Había sido un estúpido y, como Lillian no iba a volver, Joey estaba destrozado.

—Lillian está muy ocupada con su abuela, Joey. Le es difícil contestar el teléfono.

La excusa no le parecía muy apropiada, sobre todo, cuando Lilly le había dicho que la anciana iba recuperándose poco a poco. Había sospechado algo cuando la mujer se recuperó milagrosamente y las sospechas se habían confirmado cuando, dos semanas más tarde, la pobre abuelita no podía todavía quedarse sola con un batallón de enfermeras y criados. Luego, Lillian había mandado recoger sus cosas…

Tenía que preparar a Joey despacio. Encontraría el modo de hacerlo gradualmente.

Aquella noche, Rye se quedó más tiempo del habitual con el niño. Jugaron con el vídeo y abrieron una bolsa de caramelos. Finalmente, el niño se duchó y Rye vigiló que se cepillara bien los dientes. Le leyó otro capítulo de *La isla del Tesoro*, y se quedó con él

hasta asegurarse de que estaba bien dormido.

Luego fue al despacho y llamó a Lillian, pero nadie contestó. Luego fue hacia el mueble bar, tomó una botella e iba a abrirla, cuando el teléfono sonó.

* * *

-Lillian, insisto en que seas amable esta noche —suplicó Eugenia la noche de la fiesta, mirando a su nieta por el espejo.

Lillian trataba de hacerse tirabuzones usando unas tenazas calientes.

—¿No soy siempre un modelo de amabilidad y represión, abuela? —preguntó con calma.

Eugenia dio un golpe en el suelo con el bastón.

—He actuado por el bien de tus intereses, jovencita. Un ganadero no es un buen partido, ni para tu hermana ni para ti. Y estabas trabajando en un bar, en un club donde se tocaban canciones que hablaban de la vida de los vaqueros que besan a sus caballos, duermen con sus perros y engañan a sus mujeres. No tengo palabras para decirte lo mucho que sufrí cuando lo supe. ¡Dios, si alguien supiera eso!

Lillian terminó de arreglarse el pelo y miró a su abuela.

—Guárdate de insultar a la gente que me ha ayudado y de criticar la vida que tú me forzaste a llevar, Eugenia. Y te advierto que si dices una palabra más de la vida que llevaba en Tejas, me quedaré a la fiesta, pero contaré al senador, a su hijo y a todo el que quiera escuchar, mis noches en el Uncle
Pepper's
sirviendo copas. Puedo incluso inventarme algunos detalles, como que tenía que bailar sobre las mesas, o la noche en que gané el concurso de Miss Camiseta. Es mentira, por supuesto, pero como soy tu nieta, creo que sería capaz de hacerlo, por lo menos, igual de bien que tú en el hospital.

—¡Oh! No te atreverías, por favor, Lillian —exclamó Eugenia, tocándose el pecho.

—Entonces, tampoco te atrevas tú, abuela.

* * *

Lillian estaba demasiado enfadada todavía, así que se dio la vuelta bruscamente y salió del cuarto.

* * *

Lillian estaba destrozada. Iba a quedarse a la fiesta, sólo porque su vuelo no salía hasta el día siguiente por la mañana.

No había hecho planes peligrosos. Llevaba las últimas veinticuatro horas fantaseando, pero era demasiado educada como para seguir sus fantasías.

Una vez que descubrió que habían recogido todas sus cosas de Tejas, se imaginó el resto. Cuando se enfrentó a su abuela, Eugenia lo confesó todo. Había utilizado su estancia en el hospital por un problema nada grave, su úlcera, como excusa. También había confesado que tenía todos los teléfonos de la casa vigilados para evitar las llamadas de Rye.

Lillian había estado a punto de llamarlo varias veces, pero se lo había pensado mejor. Su última conversación telefónica había sido bastante deprimente y Lillian, además, no sabía si querría hablar con ella o no.

Volaría al día siguiente a Tejas para ir a la fiesta de cumpleaños de Joey, aunque no sabía si Rye la recibiría. Esperaría a llegar al pequeño aeropuerto, alquilaría un coche y, luego, se quedaría en un motel, desde donde lo llamaría. Finalmente, si él pensaba que para Joey no sería bueno que ella irrumpiera de nuevo en sus vidas, volvería al aeropuerto y se iría a cualquier parte. El problema era que sólo había un lugar en el mundo donde ella quisiera ir.

Lillian estuvo amable y sonriente en la fiesta. Trató a su abuela con indiferencia, pero de un modo que sólo ella y la señora Davies pudieron darse cuenta. Le presentaron al senador y a su hijo; tuvo que admitir, en su fuero interno, que este último era alto, guapo y bastante simpático, pero sus opiniones sobre el sexo masculino habían dado un giro de ciento ochenta grados.

Por muy cortés y jovial que se mostrara el hijo del senador, comparado con Rye, era artificial y blando. Sus manos eran demasiado suaves, no duras y fuertes como las del trabajador de un rancho. Probablemente, nunca había sudado fuera de un gimnasio, y nunca habría impresionado a una mujer con su virilidad; así como tampoco la habría vuelto loca con sus besos apasionados.

Nunca habría pensado en adoptar a un niño solitario y triste con un perro ruidoso. Tampoco habría soportado las molestias de una amante de su hermano, sólo porque lo quería lo suficiente como para darle tiempo a que él mismo se diera cuenta.

Y como el hijo del senador nunca había sufrido emociones fuertes en su vida, nunca abriría el corazón a una mujer para permitirle que viera cuáles eran los motivos de su sufrimiento y su rabia. Nunca aprendería a ser verdaderamente fuerte.

La diferencia entre ambos hombres era abismal. Y Lillian echó de menos a Rye como nunca. Lo había echado de menos antes de que hablaran por teléfono por última vez y aquellos últimos seis días habían sido una agonía. Deseó, en ese momento, haber comprado un billete para aquella misma noche. Así, ya estaría en Tejas, y podría descubrir las posibilidades que tenía de arreglar las cosas con él. Esperar al vuelo del día siguiente le parecía algo tan duro como estar en la cárcel.

De repente, sintió que los ojos se le humedecían. Esbozó una sonrisa dirigida al hijo del senador; no podía recordar el nombre y se disculpó educadamente. Se fue hacia el vestíbulo un rato, pero, como de esa manera se le hacía el tiempo más largo, volvió a la fiesta.

* * *

Lillian estaba tan guapa que le dolieron los ojos.

El traje de seda sin mangas que llevaba era perfecto, se ceñía a su cuerpo como una lluvia brillante. Con su cabello rubio recogido sobre la cabeza, parecía una diosa.

Rye, al verla, perdió toda seguridad; olvidó por qué estaba allí. Entonces, se dio cuenta de que había pensado en ella en términos posesivos y primitivos.

Al imaginarla en su elegante salón, en medio de lo mejor de la sociedad neoyorquina, se sintió como si le hubieran robado su ángel de la guarda.

¿Podría ser Lillian Renard feliz con un mortal como él? ¿Podría satisfacerle la vida sencilla y austera que le ofrecería?

—Buenas noches, señor Parrish —dijo una voz detrás suyo, sobresaltándole—. ¿Qué está esperando?

Se dio la vuelta y frunció el ceño a la mujer.

—¿Con quién hablo?

—Harriet Davies, para servirle —dijo la mujer alegremente, dándole la mano—. Encantada de conocerlo —añadió, mirándolo intensamente con sus ojos marrones—. Es usted un hombre impresionante: tan alto, con esos hombros… y muy guapo. Las botas y el sombrero le quedan muy bien; le convierten en el hombre más alto de la fiesta, aunque dudo que alguno le cause problemas. No puedo decir lo mismo de Eugenia.

—¿Dónde está la… anciana? —refunfuñó, sin saber, a ciencia cierta, si la señora Davies era una aliada o una enemiga.

—En su trono, atendiendo a la corte —fue la seca respuesta.

Rye miró en la dirección que ella indicaba. La mujer de pelo gris con un traje de color violeta y un collar a juego no estaba en un trono, pero su posición sobre una silla blanca decorada, con la mano descansando en la madera y en su bastón de plata, eran majestuosos. Tenía un estilo que recordaba a Bette Davis y resultaba más atractiva de lo que había imaginado. Pero es que él había imaginado una bruja de cuento infantil.

Apartó los ojos de ella y buscó a Lillian.

La señora Davies se dio cuenta.

—Busque a nuestra querida Lillian. Yo le dejaré solo y ésa será la señal para que usted entre. Su aspecto y altura harán que todos lo miren y, una vez que Lillian lo vea, diga algo romántico y llévesela. Ya he recogido su bolso y hecho las maletas; se lo he dejado todo al portero. Él conseguirá un taxi —dijo la señora Davies, con voz emocionada—. Buena suerte, señor. Por favor, pórtese bien con ella.

La mujer se fue y se acercó al lugar desde donde podía ver toda la sala.

Rye no le hizo caso sobre decir algo romántico, pero sí entró y se dirigió directamente a Lillian. Todavía no había llegado a ella

cuando todo el mundo se quedó inmóvil, mirándolo. La exclamación y el grito de horror que oyó, procedente de Eugenia, le hizo detenerse en medio de la sala.

Lillian no podía creer lo que sus ojos estaban viendo. Rye estaba en medio del salón, vestido con un traje de vaquero negro, un pañuelo del mismo color en el cuello, y el sombrero inclinado sobre la frente. Era todo un hombre, todo un tejano y era el único hombre al que ella había amado. ¿Era un milagro?

Extendió su mano hacia Lillian.

—¿Estás lista para venir conmigo?

Ella escuchó las palabras, pero no podía moverse. No podía quitar los ojos de su duro rostro.

—¡Lillian! —gritó su abuela—. No te irás con ese… vaquero —gritó—. ¡Ronald! Por favor, llama a la policía.

—Ahora mismo, señora —contestó el criado, desapareciendo.

Lillian miró a Rye de nuevo. Éste, como si no le preocuparan las órdenes de Eugenia, la miró con sus intensos ojos azules, quemándola. Parecía poderoso, seguro de sí mismo y, casi, peligroso. Todos los invitados se dieron cuenta. Los hombres le dirigían miradas extrañas, pero las mujeres sonreían y lo miraban con admiración. Una o dos cuchichearon algo.

La mano de Rye se extendió hacia ella y Lillian no se dio cuenta de que había empezado a caminar hasta que dos invitados tuvieron que apartarse.

Era un sueño que se hacía realidad. Un sueño maravilloso y romántico. Mientras Lillian caminaba despacio, sentía que su amor por Rye estallaba dentro de ella. De alguna manera él se había enterado de todo, de alguna manera había descubierto las manipulaciones de Eugenia, de alguna manera ya no estaba contra ella.

Lillian levantó los ojos, mientras se aproximaba a él. Él tomó su mano y la apretó contra su cuerpo. Lillian lo miró emocionada, sin poder decir nada. La dureza de su rostro no se había borrado, pero sus ojos estaban brillantes de amor y deseo.

—Te amo, Lilly, cásate conmigo —dijo.

Sus palabras sonaron en medio del silencio, y todo el mundo pareció desvanecerse, como si quedaran sólo ellos, abrazados el uno al otro en medio de la sala.

Los ojos de Lillian se llenaron de lágrimas. Estaba tan emocionada que no era capaz de hablar. Simplemente se quedó mirándolo, fascinada, mientras él bajaba la cabeza y posaba sus labios sobre los de ella.

—Ven a casarte conmigo, Lilly. Sé mi esposa.

—Sí, sí…

Rye la apartó y tomó su mano para besarla, como un tributo silencioso.

Entonces, la tomó entre sus brazos, se dio la vuelta y caminó con seguridad desde el salón hasta el vestíbulo y, de allí, al ascensor. La multitud corrió detrás de ellos, pero se detuvieron a una distancia prudencial cuando Rye se detuvo a esperar que el ascensor llegara.

Lillian se apretó a él, girándose hacia la multitud.

—¿Pueden disculparnos al señor Parrish y a mí? —preguntó—. En el futuro, estaré en el Rancho Parrish de Tejas. Contestaré encantada cualquier carta que vaya dirigida a la señora de Rye Parrish —el ascensor llegó en ese momento—. Gracias por su amabilidad. Adiós a todos.

Lillian miró al rostro de Rye. Sus ojos brillaban contemplándola, su expresión se había suavizado, se había vuelto divertida y llena de orgullo. Se giró hacia el ascensor y se metió en él con su trofeo.

Las puertas del ascensor se cerraron, mientras se escuchaban aplausos.

Epílogo

Un mes más tarde, el rancho de los Parrish estaba atestado con los invitados de la boda. Todos los nuevos amigos de Lillian estaban allí, además de un número algo sorprendente de conocidos de Nueva York. Ni Rachel ni Eugenia habían respondido a la invitación, pero Harriet Davies había llegado hacía dos días. Los ayudó mucho con los preparativos de última hora.

Había sido muy difícil planear la boda, que se iba a desarrollar a las diez de la mañana, con tan sólo un mes de antelación, pero los había ayudado un especialista en planificación de bodas, contratado en Dallas. Chad iba a ser el padrino de Rye, y Lexie, la amiga soltera que había trabajado con Lillian en el Uncle
Pepper's
, sería la madrina de ella. Joey iba a ser el portador del anillo, mientras Dovey, no sólo había cocinado y decorado, de un modo profesional la tarta de bodas, sino que, además, había organizado la fiesta y la gran barbacoa que seguirían a la ceremonia. Buster había sido encerrado en un cobertizo.

Ya sólo quedaba una hora para que empezara la boda. El patio había sido cubierto de rosas de todos los colores. Repartidas por todas partes, supondrían la única sombra que protegería a Rye y Lillian durante la ceremonia, que se desarrollaría al lado de la piscina. Los invitados se sentarían bajo el enorme tejado y en las habitaciones, cuyas puertas se dejarían abiertas. El organista estaba ya ensayando y todo estaba preparado.

Joey estaba yendo todo el tiempo de acá para allá a toda prisa.

Pasaba corriendo de la habitación de Lillian a la de Rye, y la señora Davies le tuvo que advertir que tuviera cuidado, ya que iba a desgastar las alfombras. Pero, una vez Rye y Chad le ayudaron a ponerse el pequeño esmoquin que iba a llevar, trató de sentarse durante un rato, antes de proseguir con las carreras.

Veinte minutos antes de la ceremonia, la señora Davies estaba ayudando a Lillian a colocarse el velo, cuando se empezó a escuchar un cierto estrépito en el pasillo.

—¿Cuál es la habitación de mi nieta? —Llegó la apremiante voz de Eugenia a la habitación de Lillian. Ella y la señora Davies se miraron asustadas la una a la otra.

—¿Crees que habrá venido para intentar detener la ceremonia? —preguntó Lillian en voz baja, sin poder disimular su miedo.

La señora Davies frunció el ceño y se dirigió al pasillo, cerrando la puerta detrás de ella. Lillian se puso todavía más nerviosa. Cuando Harriet llamó a la puerta y la abrió, apenas podía aguantar más.

En ese momento, Joey se deslizó por la puerta que conectaba las habitaciones de los dos novios, al mismo tiempo que Eugenia irrumpía en la habitación desde el pasillo.

Cuando Eugenia vio al pequeño vestido con su esmoquin, frunció el ceño y se inclinó hacia adelante, apoyándose en su bastón, para poder verlo mejor. Luego, se enderezó y miró a Lillian.

—¿Quién es este niño y qué diablos está haciendo en esta habitación? —quiso saber.

Sabiendo que Joey no entendería la rudeza de su abuela, se dirigió hacia él y colocó una mano delicadamente sobre su hombro. Le sonrió para hacerle saber que no pasaba nada y miró a su abuela.

—Abuela, éste es Joey Parrish. Rye es su tutor y está haciendo gestiones para adoptarlo. Hoy va a ser el portador del anillo —dijo, mientras volvía la vista hacia el niño—. Joey, ésta es mi abuela, Eugenia.

Lillian le dio un pequeño codazo y Joey se acercó a Eugenia.

—Es un placer conocerla, señora —dijo, algo rígido, con voz mecánica; aunque, a pesar de todo, encantadora.

Las cejas de Eugenia se arquearon, mientras lo observaba.

—Sí… bueno, ya veo que lo estás, jovencito. Y así debe ser, ya que voy a ser tu bisabuela. Ahora, necesito una silla, así que ve a

buscarla.

Joey se dirigió corriendo hacia una silla que había en el otro extremo de la habitación y comenzó a arrastrarla sobre la alfombra en dirección a Eugenia.

—No, no la traigas aquí —refunfuñó ella—. Déjala allí —le dijo, señalando un lugar junto a las cristaleras de estilo francés.

Joey situó la silla obedientemente en el lugar exacto que Eugenia le había indicado.

—Ahora —le dijo—, te vas a sentar en la silla y te vas a estar calladito, para no ponerme nerviosa.

Se giró hacia Lillian que estaba algo tensa, vestida con su traje de novia. El escrutinio que su abuela le hizo de la cabeza a los pies, consiguió ponerla todavía más nerviosa. Eugenia le hizo una seña para que se diera la vuelta. Lexie se acercó para ayudarla a moverse con el largo velo.

—Y usted, la madrina —la llamó Eugenia—. ¿Cómo se llama, por favor?

Lexie miró cautelosamente a Eugenia.

—Lo siento, abuela —se adelantó Lillian—. Ésta es mi amiga Lexie Warner. Lexie, ésta es mi abuela, Eugenia Renard.

—Encantada de conocerla, señora —murmuró Lexie.

—Es usted una joven muy bonita, señorita Warner. Quizá consiga el ramo de la novia.

Lexie pareció relajarse y consiguió sonreír.

—Sí, señora. Quizá lo consiga.

Se respiraba una fuerte tensión dentro de la habitación. Eugenia se acercó un poco a Lillian. Se detuvo y se quedó mirando fijamente a Lexie de un modo que ésta entendió. Lexie se dirigió hacia las puertas de estilo francés para mirar a través de las cortinas. Una vez ella y Lillian tuvieron algo más de intimidad, Eugenia comenzó a hablar.

—Parece que definitivamente vas a casarte con ese… caballero —dijo—. Nunca me ha gustado el divorcio, así que espero que sepas que este compromiso va a ser para siempre.

—Lo sé, abuela —respondió Lillian—. Me gustaría que lo conocieras.

—Sí, quizá. Su casa es realmente impresionante. Quizá no es el paleto que yo había creído —conjeturó, levantando la barbilla—.

Me gustaría saber el nombre del fotógrafo. Quiero encargarle una colección completa de las fotos de la boda y algunas ampliaciones. No es algo muy habitual el que se case una nieta.

Lillian miró fijamente a los ojos a su abuela, mientras sentía que la invadía la emoción. Esto debía de ser lo más cercano a una bendición que Eugenia podía darle.

—¿Eso significa que das tu consentimiento?

—No necesitas mi consentimiento para casarte con ese hombre, Lillian. Sin embargo, no habría viajado hasta este lugar, dejado de la mano Dios, sólo para soportar este calor y este polvo —la voz de Eugenia se puso, en ese momento, sospechosamente ronca—. Vine para ver cómo se casaba mi hermosa nieta con el hombre al que ha elegido.

Eugenia pareció sonreír, para volver de inmediato a su severa expresión.

—Y… doy mi consentimiento, cariño. Os deseo todo lo mejor.

Lillian buscó de un modo espontáneo las manos de su abuela y se sorprendió al ver que su abuela hacía lo mismo.

—Gracias, abuela. No sabes lo que esto significa para mí —susurró.

—Sólo Dios sabe cómo te puede importar nada de lo que yo diga —susurró, dándose la vuelta. Su voz delataba su emoción—. He sido una abuela horrible.

Una lágrima rodó por la mejilla de Lillian y Eugenia se volvió con el rostro pálido.

—No llores, tonta. ¡Harriet, trae un pañuelo!

Cinco minutos después y, una vez solucionada la pequeña crisis, Chad vino a buscar a Joey. Dovey se encargó de conducir a Eugenia hasta un lugar de honor a la sombra, desde el que pudiera ver perfectamente la cara de su nieta durante la ceremonia.

De repente, un ujier abrió las puertas de estilo francés que daban paso a la habitación de Lillian. Lexie salió al patio y esperó hasta que Joey se dirigió hacia donde estaba el sacerdote, después le siguió y ocupó su sitio, junto al altar.

El organista comenzó a tocar la marcha nupcial y apareció Lillian con el corazón rebosante de felicidad.

Rye estaba ya esperando a la novia. Lillian estaba bellísima. Mientras se deslizaba regiamente hacia él envuelta en una nube de

satén, perlas y velos de seda, parecía etérea. La luz del sol reflejada en su traje era deslumbrante. Daba la impresión de que él hubiera llegado hasta el cielo para traerse la estrella más brillante.

Era como si todo lo que él había sufrido, todas las decepciones que había tenido que aguantar, se hubieran desvanecido en ese instante. Como si todas las heridas hubieran cicatrizado. Esa mujer con la que se iba a casar tenía el alma más dulce y gentil que hubiera conocido. Estar con ella le aliviaba y le alegraba. Si pudiera ofrecerle la mitad de felicidad que ella le había dado a él, no volvería a pasar un momento triste en toda su vida.

Antes de que ella alcanzara el lugar donde Rye se encontraba, éste se adelantó y tomó sus dedos. Ella se asió de su mano y Rye pudo sentir cómo temblaba. Ya juntos, avanzaron bajo el techo de rosas hacia el sacerdote para comprometer su amor y sus vidas.

Más tarde, después de la fiesta y la barbacoa, después de que Harriet Davies se hiciera con el ramo de la novia, y de que Rye y Lillian discutieran dónde iban a ir de luna de miel, Buster cavó un túnel por el que escapó del cobertizo, donde estaba encerrado, y tuvo el placer de conocer a Eugenia Renard.

FIN



Susan Fox se crió con su hermana, Janet, y su hermano, Steven, en una superficie de cerca de Des Moines, Iowa, donde, además de gatos y perros callejeros había dos caballos y ponis; su mascota favorita y confidente era Rex, su marrón y negro caballo castrado pinto.

Susan ha criado a dos hijos, Jeffrey y Patrick, y actualmente vive en una casa que ella riendo refiere como el relleno sanitario y depósito de libros. Ella escribe con la ayuda y el estorbo de cinco traviesos felinos de pelo corto: Gabby, un hablador carey percal; Buster, un sólido de león amarillo con patas blancas y las marcas faciales, y su hermana, Pixie, un calicó tricolor; Toonses, una regordeta negro y negro, y el diabólico alegremente, juguetona tigre negro Eddie, también conocido como amante de Eduardo.

Susan es una fan bookaholic y cine que ama vaqueros, rodeos, y el oeste de Estados Unidos, el pasado y el presente. Ella tiene un gran interés en contar historias de todo tipo y en la política, y ella dice los dos son a menudo intercambiables.

Susan le encanta escribir caracteres complejos en situaciones emocionalmente intensas, y se espera que sus lectores disfrutan de sus historias rancho y son elevados por sus finales felices.

Sitio web oficial: http://www.susanfox.org/